DEFECTO DE FÁBRICA

Alfonso Gutiérrez Caro

DEFECTO DE FÁBRICA

© 2013, Alfonso Gutiérrez Caro
© Edición ebook Editorial Amarante

Diseño de portada: Dto.gráfico Ed.Amarante
http://editorialamarante.es
Editorial Amarante. diciembre, 2013

A mi mujer, la luz de mis días.

1 - La caza.

El sol caía de pleno sobre la desértica cordillera donde una madre y su pequeña trataban de escapar de la muerte. Tras varias horas de fuga la palabra que definía a la perfección el estado de ambas era extenuación. Desierto y montaña, caprichosos recovecos dibujados por el tiempo y la erosión en los que buscar un refugio, un agujero que las hiciera invisibles para sus perseguidores. El predominante color ocre se difuminaba en la lejanía en un brillante espejismo que se solapaba con el despejado cielo azul. El sinuoso camino se estrechaba a cada paso, como un cuello de botella que parecía no llevar a ninguna parte. El calor, el sumo cansancio y un mal hábito obligaron a la madre a cargar a cuestas con su hija. La tierra abrasaba, la atmósfera pesaba. Cada metro era un infierno, cada bocanada de aire un alivio energético que le permitía seguir adelante contra los elementos.

A un millar de kilómetros, el mar Mediterráneo se mecía en calma ajeno a esos y otros avatares.

Sus perseguidores no estaban lejos. Aquella caza estaba durando ya demasiado. No solía ocurrir, pero de vez en cuando pasaban imprevistos, contingencias para las que había que estar preparado. De una forma o de otra, el trabajo debía hacerse. Llegados a ese punto no importa el precio material, ni el moral.

Un francotirador de musculados brazos y un rostro cuyas líneas parecían dibujadas con la punta de un cuchillo al rojo vivo se encontraba apostado en lo alto de un risco observando con su potente lente a la sufridora mujer desgarrándose a cada paso con su hija a cuestas. Con su ojo de halcón podía ver la escena como si estuviera allí mismo, casi podía sentir el sudor, el dolor, el miedo. Quizás hubiera sentido pena si no fuera porque las veía como poco menos que ganado.

La niña se abrazaba con todas sus fuerzas al cuello de la madre quien, visiblemente ahogada, tiraba con suavidad de los brazos de su niña para ir cogiendo aire. Ya no veía nada, solo tierra y piedras, monótonos pasadizos de roca y más tierra. Sentía que ni respiraba.

La túnica le hizo tropezar. Cayó de boca. La mujer no se movía, se encontraba boca abajo, con la cara hundida en la grava. El tirador vaciló, había que dilucidar si el golpe había sido o no fatal. Una bala ahorrada era una bala para el futuro.

La niña daba suaves golpecitos en la espalda de su madre como un indefenso gato asustado. Trataba de hallar respuesta, un

movimiento, una señal. El tirador pudo ver pero no oír el llanto, la explosión de lágrimas y chillidos con la que la niña expresaba su pena. Desde la confortable altitud de su risco se le escapó una sonrisilla confirmando que, definitivamente, no tenía corazón. Iba a comunicar lo visto por radio cuando algo le detuvo. La mujer conseguía darse la vuelta. Jadeaba pidiendo un tiempo muerto, descanso y reposo. Y agua, mucha agua.

Infelizmente, Alá no estaba para mundanas intercesiones. Cuando al fin la mujer consiguió ponerse en pie un estruendo rajó el aire y restalló contra su pecho, lanzándola de nuevo al suelo. Esta vez ya no se levantaría. Lo sabía, no así su hija, que le exhortaba una y otra vez a volver en pie y continuar el viaje. Un viaje a ninguna parte. La mujer usó sus últimas fuerzas, su última chispa de vida para buscar la mirada de su hija. Quería decirle tantas cosas en ese último momento que al final no pudo decirle ninguna, las palabras se aturullaron a las puertas de su boca, la luz se apagaba, el frío le conducía a un profundo estado de ensoñación. Tampoco era preciso decir nada más, un "te quiero" no habría sido más emotivo que esa postrera mirada de orgullo y bondad.

Cuando cerró los ojos el mundo entero cayó sobre la pequeña. Una excesiva carga que no merecía, pero que no podía evitar sentir. No estaba dispuesta a abandonar a su madre, aunque sabía muy bien que si permanecía allí junto a ella los "hombres malos" la atraparían y se la llevarían. No podía consentir eso, su madre no se lo habría permitido de seguir viva. No había tiempo para despedidas, así que echó un último vistazo a su adorada mamá y continuó corriendo por la estrecha garganta.

El tirador informó por walkie. No tardaría en perder de vista a la pequeña. La garganta se estrechaba cada vez más y acababa en un majestuoso monte. La niña no tuvo otra opción que internarse por una estrecha gruta, avanzando en semipenumbra de rodillas, vigilando la poca altura para no darse con la cabeza. Lo que en principio era adrenalina pura se fue tornando en un corrosivo temor que sacudía a la pequeña a cada metro que se arrastraba sobre sus despellejadas rodillas. Acudieron entonces a su mente las terribles historias y cuentos de demonios y espíritus varios con las que tanto le gustaba asustarla su primo. Pronto, allá a donde mirara, sería incapaz de encontrar un punto visible, una señal que le hiciera ver un camino lógico, una salida. Extraños ruidos e inquietantes sombras la arropaban en aquellas entrañas de tierra y humedad. Su corazón latía desbocado. Para tranquilizarse pensó en algo que nunca había tenido la oportunidad de ver, pero que conocía muy

bien por referencias y descripciones de otros: el mar. Imaginó lo que sería ver una inmensa extensión de un azul cristalino surcado por cientos y miles de olas. Aquella belleza figurada le reportaba la calma que necesitaba para desacelerar su corazón, controlar su respiración y continuar.

Ya no había papá al que obedecer ni mamá a la que seguir, estaba sola y debía elegir un camino. Qué fácil era pensarlo, pero qué complicado decidirse… Avanzando en el intenso negror, chapoteando con las manos, pudo ver como el enrarecido aire que la rodeaba se iba volviendo más fresco, más intenso. Debía seguir pues a su olfato, esa fresca sensación de que la oscuridad iba a llegar al fin a su conclusión.

“Alejaos de mí, monstruos”, gritó en su lengua. “Alejaos de mí, fantasmas”. “Voy a salir de esta cueva”, se decía una y otra vez. “Veré el mar”, repetía para sus adentros. “No me cogerán los monstruos”. “No me atraparan los fantasmas”.

Entonces vio la luz. Un potente rayo que la cegó transformando momentáneamente el mundo en un universo radiante. Una atmósfera blanca sobre la que se empezó a recortar una desafiante silueta que se arrojó sobre ella sin dar cuartel.

Absolutamente nadie oyó su desgarrador grito, ni la vio forcejear mientras la secuestraban ni cómo perdía una de sus babuchas rojas en la refriega. Como tampoco nadie la vio siendo tomada a la fuerza y llevada sobre un hombro como si de una pieza de caza se tratase. Tan solo la montaña milenaria fue testigo de un crimen más contra la vida humana.

Al final no fue un monstruo el que la cogió. Tampoco un fantasma la atrapó. No. Solo fue un hombre.

Meses después, cuando un grupo de felices y bronceados excursionistas encontraran en medio de la nada un pequeño zapato de color rojo medio corroído por el sol ninguno pudo siquiera acercarse a imaginar la historia que lo había traído hasta allí.

Simplemente sonrieron, especularon, y siguieron a lo suyo.

2 - El trabajo.

Samuel Alonso, titular de la Agencia de Detectives Aloser, sostenía en su mano derecha la fotografía de la chica más guapa que había visto en su vida. Sus ojos nunca habían estado tan abiertos, su estómago jamás había sentido tal electricidad. La retratada lucía larga melena dorada, luminosa tez, pómulos altos, nariz chata y ligeramente apuntada, encarnados labios en forma de corazón y serena mirada azul. Sí, solo era una foto, una simple y arrugada foto, pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender sentía como esa imagen podía trastocar su alma.

Parecía la deseable modelo de un anuncio de perfume caro, la actriz protagonista del último éxito de Hollywood, la chica inalcanzable que aunque se lo propusiera nunca podría dejar de contemplar. Alonso perdió la noción del tiempo admirando la imagen, buceando en aquel océano cristalino que eran sus ojos. Le reportaban una calma, una paz que hacía mucho no sentía; como por arte de un absurdo hechizo, aquella mirada impresa le transportaba a otra época de facilidad y felicidad, de amor, de sol y sonrisas, de abundancia material y espiritual.

Delante de él, escritorio bruñido mediante, tenía a una pareja de sesentones largos con visible inquietud en sus rostros y nerviosismo en sus gestos. Iban bien arreglados pero sin pasarse. El caballero vestía un desfasado traje chaqueta verde oscuro y camisa a rayas, mientras que la señora iba ataviada con una rebeca granate, blusa blanca, pañuelo negro al cuello y falda larga a juego. El cabello hacía tiempo que había emigrado de la cabeza de él, mientras que ella recogía sus canas en un notorio moño.

Era hora de hablar, de tomar debida nota y decidirse. Un trabajo era un trabajo, y más en tiempos de crisis, pero una pequeña campana que se agitaba y resonaba sin cesar en el interior de Alonso le advertía de que este no iba a ser un encargo cualquiera. Un último vistazo a la foto, su belleza era incontestable.

— ¿Cómo se llama su hija? — inquirió Alonso, dejando momentáneamente la fotografía de la chica sobre la mesa y acudiendo al pequeño bloc de notas que tenía junto a un par de bolígrafos perfectamente alineados y un abrecartas. .

— Ju—julia, se llama Julia Castro — respondió la señora con cierto tartamudeo — Tiene 22 años.

— ¿Cuánto tiempo lleva desaparecida? — volvió a preguntar Alonso, bolígrafo en mano.

— Llevamos más de seis meses sin saber nada de ella… — contestó la mujer — Aunque abandonó nuestra casa hace mucho, al menos un par de años. Pero sabíamos por donde andaba, más o menos, y cada equis tiempo volvía a casa de visita, se quedaba unos días y luego volvía a irse.

Alonso carraspeó. El boli garabateaba,

— ¿A qué se dedicaba su hija? ¿Estudiaba, trabajaba, paseaba la manta…?

— Siempre fue una cría muy lista, pero vaya usted a saber por qué nunca se interesó por los estudios. Ella era eso que llaman… ¿cómo es? — La mujer dio un suave codazo a su silencioso marido y entonces cayó — ¡Ah sí! Un espíritu libre, ¿sabe lo que le digo? — Alonso sacudió afirmativamente su cabeza — Desde muy pequeñita se iba por ahí a jugar y no volvía hasta las tantas de la noche… Por más que la castigamos ella siempre encontraba la manera de escaparse y volver a irse. Siempre fue muy revoltosa, nos ha dado muchos dolores de cabeza.

— Antes ha dicho que abandonó su hogar hace unos dos años, ¿saben dónde estableció su residencia? — preguntó el detective, mientras hacía cábalas mentales.

— Sí, fue aquí en Murcia, en un piso de esos de hippies no muy lejos de aquí, únicamente fuimos a visitarla un par de veces, debería ver qué suciedad… la mierda, — la señora se sonrojó levemente — con perdón, la porquería les comía, pero ellos estaban tan a gusto. No me gustaba nada ese sitio, pero ella era feliz allí. Vaya usted a saber por qué. Precisamente le he traído apuntada la dirección… — la señora entregó un papel al detective, iba bien preparada.

— Estupendo. ¿Y cuáles eran sus ingresos, — preguntó Alonso mientras introducía el papel en su libreta de notas — cómo podía permitirse la independencia?

— Nosotros la ayudábamos, como está mandado, es nuestra hija y no podíamos abandonarla a su suerte… Siempre nos ha tenido, y tendrá, para todo. Cuando la veíamos le daba algo de dinero. De hecho, siempre llevo un buen montón de billetes en el bolso por si nos la cruzamos por la calle… pobrecita mía.

Entonces Alonso percibió cierto movimiento espasmódico en el hombre que tenía delante.

— ¿Y qué pasa con lo otro? — interrumpió de pronto el marido con una voz metálica.

— ¿Lo otro? — repitió Alonso mordisqueando el extremo del boli.

La señora dirigió la mirada al enmoquetado suelo del despacho y

dejó a su marido que contara aquello que la avergonzaba sobremanera.

— Julia estaba metida en malas cosas…, asuntos de drogas, — comenzó a relatar el hombre, llevándose súbitamente una mano a la oreja — no solo para su consumo, sino que parece ser que también guardaba droga para otros. Creo que lo llaman "mula".

— Ajá. ¿Qué tipo de droga? — Alonso les miraba inquisitivamente — ¿Chocolate, perico, caballo, meta…?

— Nosotros no entendemos de eso… pasó una noche en el calabozo cuando la pillaron en un control con un par de bolsas grandes de pastillas. Finalmente conseguimos sacarla gracias a que no tenía antecedentes y eso, pero ya ve usted de qué nos sirvió… quizás hubiera estado mejor dentro. — el padre, un tipo muy gesticulante, se vio ligeramente emocionado — En fin, que tenía chanchullos aquí y allá, y mucho me temo que se haya metido en un lío gordo de más.

Alonso iba a hacer una pregunta más pero rápidamente se quitó la idea de la cabeza. Quería preguntarles por la policía, por el estado de la denuncia de desaparición y las pesquisas efectuadas por los agentes de la autoridad, pero la respuesta a todo eso era tan obvia que no merecía el gasto de saliva: para la ley la desaparición de una yonki con antecedentes no debía ser, ni de lejos, su caso principal en el que gastar el dinero de los contribuyentes. Más en aquellos tiempos de recortes y presupuestos escasos. Para nada. Así que el detective optó por abrir el primer cajón de su escritorio y sacar de él un paquete de tabaco, lo sacudió y se dispuso a sacar un cigarrillo cuando recordó que ya no se encontraban en los años ochenta, y que fumar un cigarrillo en una oficina estaba mal visto. Pero por preguntar no perdía nada.

— ¿Les importa que fume?

— Adelante, es su despacho. — Respondió el hombre — ¿le importa pasarme uno a mí?

— ¿Tú también? — reprimió la mujer, viendo la situación fuera de lugar.

— En absoluto. — respondió el detective mientras acercaba un pitillo a su cliente, ante la severa mirada de su señora. Levantándose ligeramente de su silla y apoyándose en la mesa le dio fuego y luego encendió el suyo. Inhaló. — Una última pregunta, ¿tiene su hija tarjeta de crédito o débito o algo con lo que se puedan rastrear sus posibles movimientos?

— No. — Respondió tajante la señora. — Julia no cree en los bancos ni en las entidades financieras. Los considera a todos unos

ladrones, los ladrones legales los llamaba…

— Tampoco le falta razón. — dijo Alonso entre una nube de humo que apenas dejaba ver su rostro — Bien, creo que ya tengo datos suficientes para empezar, pero antes de ello, quisiera decirles algo que quizás les haga cambiar de opinión respecto a este asunto. No pretendo tirar piedras sobre mi propio tejado, pero es mi deber avisarles de antemano por si luego las cosas no salen tal y como deseamos. Siendo sincero, he de confesarles que nunca me he enfrentado a un caso similar a este. Mi especialidad, bueno, en realidad la inmensa mayoría de mis trabajos, suelen ser casos de infidelidades. Bien el marido, bien la mujer, me contratan para que siga a sus parejas bajo la sospecha de que les son infieles. Yo tomo un par de fotografías, en el caso de que haya algo interesante que fotografiar, luego les entrego esas fotos, cobro y ahí termina mi trabajo. — Alonso dio una profunda calada a su cigarrillo— Por supuesto estoy plenamente cualificado para investigar el posible paradero de su hija, solo que, y dado lo especial del encargo (y la probable peligrosidad que conlleva), tendremos que convenir, digamos, una tarifa extraordinaria…

El detective arqueó sus cejas y dibujó una leve sonrisa en su rostro.

— Le pagaremos el doble de sus honorarios habituales. — Propuso el padre, cifra que satisfizo al detective, la sonrisa crecía— Creo que es lo justo…

— De acuerdo, trato hecho. — Alonso se puso de pie y alargó su mano hacia el hombre, que la estrechó, y después hacia la señora, que hizo lo propio — En esta tarjeta están tanto mi número de móvil como el de mi cuenta bancaria, si son tan amables de hacer un ingreso inicial, comenzaré con el caso lo antes que me sea posible.

— Delo por hecho. — aceptó el señor.

— Otra cosa. Busquen en casa, en su habitación, por si Julia tiene guardado o escondido algún diario, en papel o en el ordenador, o fotos, o lo que sea… Cualquier pista puede ser importante, cualquier detalle del pasado puede resultar vital. Nunca se sabe.

— Lo haremos. Muchas gracias señor Alonso — dijo la señora, ahora más visiblemente emocionada — Confió en que pueda encontrarla… Ya sé que no es la mejor hija del mundo pero, como imaginará, para nosotros es toda nuestra vida. ¿Tiene usted hijos? — preguntó tras fijarse en el anillo que el detective llevaba en el dedo anular de su mano derecha

— Ehm, no, no tengo hijos, se ve que la naturaleza es sabia, pero le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a Julia. Se lo prometo.

El anciano matrimonio abandonó el despacho. El humo de los cigarrillos lo anegaba todo, la tenue luz que entraba por las rendijas de la veneciana hacía brillar sus partículas en el aire. Alonso volvía a sentir aquella excitación, ese gusanillo en el estómago, de cuando algo importante cae en tus manos. Había pasado (y estaba pasando) penurias, pero este caso podría devolverle a la primera línea. Y, de paso, hacer incrementar sus paupérrimas arcas.

Volvió a su asiento y clavó nuevamente su mirada en la fotografía de Julia Castro. Fría, confiada, sensual… Julia parecía devolverle la mirada, trataba de decirle cosas que ni él podría saber aún. Escrutando cada centímetro de su rostro, su fértil imaginación se puso en marcha. La podía ver paseando por la calle, deteniéndose en los escaparates de las tiendas, colocándose bien el asa del su bolso, apartándose el cabello de la cara tras una suave ráfaga de aire... Una idílica escena con música de violines y tonos pastel. Entonces Julia se giró y le miró con gravedad, abrió la boca y trató de articular una palabra mientras negaba con la cabeza. Alonso lo comprendió, entendió que esa no era la Julia que debía encontrar, no habría avenidas luminosas ni chicas monas de tiendas allí dónde él iría. Poco a poco, el detective fue asumiendo que debería adentrarse en los fondos más bajos de la ciudad para hallar el mínimo indicio. Esta vez le tocaría embarrarse hasta el cuello si quería resolver el caso más importante de su carrera.

3 - Familia.

La noche atropelló a Alonso casi sin darse cuenta. Ni se sabe el tiempo que había pasado embobado mirando al techo de su despacho. Bajó la cabeza de las nubes, miró el reloj, se cambió de camisa y se puso su abrigo negro de tres cuartos. Agarró las llaves del cenicero de la entrada y cogió puerta no sin antes conectar la silenciosa alarma que le había instalado un amigo a mitad de precio y que, en teoría, le aseguraba la personación de un par de agentes de la autoridad en cinco minutos en caso de saltar. Un derroche de tecnología que le sería dado de baja si no pagaba la mensualidad en unos días. Cosa que no tenía porqué ocurrir, puesto que ahora tenía "un trabajo de verdad".

Hacía un temporal de frío y lluvias impropio de noviembre, de hecho, el cartel luminoso de la farmacia de enfrente marcaba unos insólitos 5 grados. Alonso caminó un par de calles con las manos en los bolsillos, esquivando a una señora pidiendo y un par de tipos perfumados que le invitaban a probar la cena de su local, hasta llegar a una callejuela estrecha y oscura únicamente iluminada por un cartel de neón que rezaba "Niágara". La puerta estaba cerrada aún, por primera vez había llegado antes de la hora, cosa que le sorprendió muy mucho al dueño del pub. El detective golpeó la puerta con la base del puño.

Sonrió al enjuto rostro que le abrió.

— Hola Hugo.

— ¡La madre que me parió! No me lo puedo creer… — dijo un tipo de mediana edad, entradas y barba de dos días que vestía de riguroso negro — Pasa, pasa figura, que hoy hay mucho que hacer. ¡Por fin es viernes!

El pub aún se encontraba a medias de todo: limpieza, barra, sillas apiladas. En apenas media hora abriría sus puertas al sediento público.

— Si te parece vete tras la barra y prepara todo, ¿eh? — propuso Hugo mientras se alejaba hacia la trastienda.

— Espera, *mariprisas*, antes quisiera hablarte de una cosa… — dijo Alonso, deteniendo el avance de su jefe.— Algo importante.

— ¿No me lo puedes decir luego?, ahora estamos liados de cojones…

— Son buenas noticias. ¡Adivina!

— ¿Qué, ha bajado el I.V.A.?

— He dicho que eran *buenas noticias,* no *noticias de ciencia-*

ficción.

— ¿Al fin has echado un polvo?

Samuel arqueó las cejas y negó con la cabeza.

— Venga va, te lo digo: — Alonso no podía ocultar su entusiasmo — después de meses y meses vuelvo a tener un caso… Y no una tontería cualquiera de cuernos ni nada, no, un caso de los gordos. Voy a investigar la desaparición de una joven que…

— ¿En serio?, Vaya, me alegro mucho por ti, campeón, — Hugo le dio un par de palmaditas en la espalda — pero no te montes películas, ¿eh? Ahora haz el favor y ve a…

— No me estás entendiendo, — cortó Alonso — he venido a pedirte unos días libres. No puedo compaginar una investigación con este trabajo. Pagan bien y quieren buenos y rápidos resultados.

— Eso a mí no me concierne. — el tono de Hugo iba subiendo, su ceño se iba frunciendo cada vez más — Sabes que estos días estamos a tope, no puedo darte ni una puta hora libre…

— No te lo pediría si no fuese absolutamente imprescindible. Joder, Hugo, que nos conocemos de toda la vida… se puede decir que somos familia.

— ¡Y por eso mismo estás aquí! Si no fuera por tu hermano no te tendría contratado. — Hugo comenzaba a acalorarse — Por Dios Samu, casi doblas la edad del resto de mis camareros…

— ¡Qué dices! ¡Eres un exagerado!

— Y tú un cara dura, no puedes arrastrarte, hacer que cuente contigo y luego dejarme tirado. No en plena noche, así no.

— Pues llama a otro, será por gente parada…

— Ve adentro y cámbiate. — El tono de Hugo era firme — No pienso cambiar de opinión.

Se estaban caldeando los ánimos. Habían llegado a un punto muerto y lo sabían. Ninguno de los dos iba a ceder, y ninguno obtendría lo que quería. Ambos se sentían desairados, ambos creían llevar la razón. Pero como se conocían de muchos años optaron por mantener las formas.

— Lo siento pero me voy a ir, — Alonso echó mano del paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo interno de su abrigo y se puso un pitillo en la boca. — con o sin tu bendición.

— ¿Con que esas tenemos, eh? Hay que joderse… Pues si es así coge tu cigarrillo de mierda y fúmatelo en la calle. — Hugo lanzó al suelo el trapo que llevaba anudado a la cintura y señaló con su dedo índice el camino a la puerta — Y no se te ocurra volver más por aquí…

— Claro que volveré. — Alonso encendió su cigarrillo — Me

debes dos semanas de sueldo.

— Da gracias que no te doy un puntapié, Colombo.

— Gracias.

Abandonó con gesto sombrío el local y, como si aquella puerta metálica tuviera el poder de unir universos, como si de un agujero de gusano se tratase, sintió traspasar el umbral del tiempo. Como un rayo acudió a su mente una escena, un recuerdo pretérito que ya creía más que borrado.

Era agosto y mientras afuera el sol abrasaba a los valientes viandantes, mientras sonaba una de Calamaro, y mientras dos enormes jarras de cerveza helada comenzaban a exudar, Samuel Alonso y Laura, su futura esposa, agarraban férrea y suavemente sus manos. Se prometían todo, se juraban todo, soñaban con lo que vendría después. Y con mucho más. Comenzaban a planificar su vida en común. Reían, no podían parar de sonreír, bromeaban, se acariciaban, se olían delicada y disimuladamente. Se comían con la mirada, ligero entremés de lo que vendría después. Las jarras se vaciaron, en el estómago estaban mucho mejor que en el frío cristal. Otras dos más vinieron en viaje de bandeja. Un camarera mona, unas manos temblorosas.

— ¿Cuál sería el último curro del mundo en el que te gustaría trabajar? — preguntó Alonso, jarra en mano.

— Mmm, no sé, déjame que me lo piense… — los hermosos ojos castaños de Laura daban vueltas — Verdugo, supongo…

— ¿Verdugo? ¡Ja! Esa sí que es buena… Lo que pasa que aquí no podrías trabajar de eso. Gracias a Dios no tenemos pena de muerte ya.

— Has dicho en el mundo, ¿recuerdas? —esa era la sonrisa que le había enamorado.

— Vale, pues cambio la pregunta. El peor trabajo en España.

Laura puso morritos mientras pensaba.

— Vale, voy a decir lo típico: prostituta… nunca jamás, bajo ningún concepto sería prostituta. Ni hablar.

— Más te vale… — dijo Alonso segundos antes de esquivar una cariñosa colleja.

— Y, ¿qué me dices de ti?

— ¿Yo? — Alonso dio un gran trago de cerveza, entraba tan fría que casi dolía. — Definitivamente camarero.

— Anda ya…

— En serio, odio servir a la gente. Odio vestir como un mayordomo. Además no tengo pulso, estaría todo el día tirando copas y derramando cafés ardiendo sobre los clientes… No

tardarían mucho en meterme en chirona por maltrato al prójimo.

Laura se pegó aún más a Alonso, rodeó su cuello con sus manos y le besó. Era la mejor forma que halló de decir sin palabras “déjate de chorradas y cierra el pico”.

La música, las luces y los cuerpos se fundieron en un único cuerpo místico. O al menos eso les pareció, eran felices, así que se podían permitir alucinar con esas cosas.

—Te quiero. — confesó Alonso en un susurro.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó Laura entre beso y beso.

— Me lo grita el duende que vive mi estómago cada vez que te veo…

Entonces el presente le dio una bofetada en forma de fría, húmeda y solitaria calle. Tardó unos segundos en ser plenamente consciente de dónde estaba. No era la primera vez que le ocurría, ni tampoco sería la última, pero añorar el pasado se estaba convirtiendo en su más eficaz válvula de escape.

4 - Un tipo con clase.

Con el manual del detective en la mano, el primer lugar al que debía ir sería el último en que la persona desparecida fue vista. Y como desconocía tal dato, decidió ir a su última residencia. Debía visitar pues el "piso de los hippies", como lo había bautizado la Madre de Julia. Plaza de las Balsas número 4, al ladito del Palacio del Kebab, piso cuarto. Apenas tardó tres minutos a pie desde su oficina, que curiosamente se hallaba en el mismo barrio. Casualidades de la vida. Se acercó al portón y pulsó el timbre en cuestión. Las terrazas de los locales del lugar se hallaban vacías, recogidas, los clientes preferían el calor y el confort del interior de los mismos.

Nadie respondía. Pulsó de nuevo. El frío cortaba la cara como cuchillas, ahondaba en los huesos. Alonso maldecía su propia estampa, probó a llamar a otro timbre al azar, y luego a uno más. Al fin obtuvo respuesta.

— ¿Quién llama a estas horas? — se oyó desde el otro lado del interfono. Parecía la voz de una mujer, quizás mayor, quizás de mala leche.

— Perdone, estoy buscando el piso de Julia Castro, ¿podría ser tan amable de decirme cuál es? — inquirió Alonso

— ¿Julia? Pues no sé si será una de esas zarrapastrosas del cuarto…

— Puede ser, hay gente que no cree en el concepto de ducha diaria… ¿puede abrirme? — probó el detective

— Llame al cuarto y que le abran ellos. — sugirió la señora

— Ya lo he hecho, pero no hay respuesta. Si fuera tan amab…

Un chasquido dejó aún más helado al bueno de Alonso. La amable señora había colgado. Siendo franco, no podía esperar mayor colaboración ciudadana. La cosa estaba muy mal, pésimamente mal, y abrir puertas a desconocidos por la noche no era una actividad demasiado recomendable. Al igual que no lo era pasar más tiempo en ese portal pelándose de frío. Alonso tomó la determinación de dejarse de tonterías y comenzar a usar ciertas habilidades que hacía tiempo había dejado aparcadas. Miró a un lado y a otro, ni un alma. De uno de los bolsillos de su abrigo extrajo su pequeño bloc de notas y comenzó a desenrollar el gusanillo de acero que sujetaba sus hojas. Cuando tuvo algo parecido a una ganzúa introdujo la punta de la misma en la cerradura de la puerta y comenzó a girara un lado y a otro, arriba y

abajo. ¡Bingo! El detective se aseguró de que no había moros en la costa, empujó la chirriante puerta y se internó en la oscuridad.

Ganzúa al uso no llevaba, pero sí una pequeña linterna-llavero que siempre le acompañaba. Sujetando bien las llaves para no hacer demasiado ruido, encendió la linternilla y dio un enfoque rápido en derredor. Aquel edificio había pasado épocas mejores. No solo era su destartalada imagen, desconchadas paredes u oxidados buzones, sino un intenso y penetrante olor a humedad que no hacía precisamente las delicias del visitante. En los buzones no había nada interesante salvo publicidad de supermercados y lo que parecía ser alguna factura de teléfono.

Era hora de subir. No le sorprendió que el ascensor estuviera fuera de servicio. Subió a oscuras con su linterna para no levantar sospechas, pisando con tiento en los pegajosos escalones. Cuatro pisos, dieciséis escalones por piso. Alonso casi se arrepiente de no haber dejado el tabaco cuando todo el mundo se lo aconsejó. Ahora era tarde, debía apechugar.

La puerta no desentonaba para nada con el desolado panorama del edificio. Hasta incluso tenía nombres, corazones, palabras malsonantes y mensajes rayados en ella. El que más gracia le hizo a Alonso era uno sobre la mirilla que rezaba: “no des por culo”.

Era hora de tragar saliva, encender la luz del pasillo y llamar a la puerta. Debía estar preparado para cualquier cosa.

— Hola, tío. — Dijo un tipo de unos treinta años, pelo largo con rastas y perilla de chivo que vestía ropa muy holgada y chanclas de dedo con calcetines negros — ¿Tu eres el de los kebabs?

— ¿Acaso tengo cara de turco? — preguntó Alonso, que ya podía ver como el humo del interior del piso comenzaba a escaparse por la puerta abierta. Su aroma le era familiar. — Nada de eso. En realidad vengo buscando a alguien, su nombre es Julia Castro.

— ¿Julia dices? — El tipo tenía cara, como se diría en su propia jerga, de auténtico flipe —Pues la llevas clara, macho, esa tía se largó de aquí hace mucho… pero mucho, mucho, ¿eh? — El tipo de las rastas parecía hacer un esfuerzo mental — ¿Quién has dicho que eras?

— Aún no me he presentado. Soy Samuel Alonso, un amigo de la familia de Julia. ¿Podría pasar? — Había que intentarlo — Quisiera hacerte unas preguntillas para ver si puedo dar con ella…, imagínate, sus padres están muy preocupados.

— No sé…. No serás madero, ¿eh? — El tío de las rastas miró a Alonso de arriba abajo — Muy elegante vas tú…

— Créeme, no soy policía, ya te he dicho que únicamente soy un

amigo de la familia de Julia. Por favor, si tienes cinco minutos, esto es realmente importante.

El tipo miró de arriba abajo a Alonso y con una mueca dio el visto bueno.

— Venga, vale, pasa, — el tipo abrió del todo la puerta y se apartó — Como dijo Gandhi, "para una persona no violenta, todo el mundo es su familia".

Alonso cruzó el umbral y se internó por un estrecho pasillo salpicado de pósters varios y empolvados cuadros viejos que daba lugar a lo que sin duda era la sala de estar. Un sofá con estampado ochentero y una chica veinteañera visiblemente colocada, una televisión de aquellas de gran profundidad y, entre ambos, una mesita llena de cosas de todo tipo: litronas de cerveza, ceniceros atestados de colillas y ceniza, revistas, vasos usados, una cachimba.

— Siéntate si quieres, macho. Me estaba quedando sobao justo antes de que llamaras— dijo el tipo de las rastas, que no tardó en aparecer tras Alonso —Esta es Ana… Saluda Ana.

— Hey, ¿qué tal? — dijo la chica, cuyos ojos parecían clavados en sus cuencas

— No me quejo. — En la tele estaban echando "El sueño eterno", una de sus películas favoritas — ¿Y tu nombre es…?

— Jose, pero todo el mundo me llama El Rey. Es mi apellido.

— Ok alteza — Alonso, con cierto disgusto, fue haciéndose un hueco en aquel dudoso sofá. — ¿Recuerdas cuando fue la última vez que viste a Julia?

— Mmm, pues yo diría que hace ya unos cuantos meses… volvió poco después de que la trincara la poli, pero no tardó en volver a largarse. — Jose, El Rey, cogió una pitillera de madera que había sobre la mesa y sacó un canuto. Lo encendió — Igual a principios de verano o así. — Dio una profunda calada y lo acercó con su mano a Alonso — ¿Quieres?

— ¿Por qué no? — el detective tomó el porro, quizás se trataba de un prueba de confianza, y además, ¡qué demonios!, le apetecía. Dio una calada y lo devolvió— Una caladita no hace daño a nadie…

— Pues sí, además, como decía Bob Marley. "fumar hierba te ayuda a encontrar a tu propio yo".

— ¿Ah sí? Bueno, pues si me ayuda a encontrar también a Julia ya sería la repanocha. — Sonrió Alonso — En fin, ¿qué más puedes contarme de ella? ¿Trabajaba, tenía novio?

— Su trabajo creo que ya lo conoces, eso es vox populi, movía la mierda de este y de aquel… — El Rey tosió — ¿Novio? No que yo sepa. Estaba interesada en los tíos, pero no de esa manera… Era una

chica muy independiente, desinhibida, vamos, que le gustaba picar de flor en flor. Y, según ella misma decía, tenía una especie de imán para los tíos complicados. — El cannabis flotaba denso por la habitación — Ahora que lo recuerdo por aquel entonces iba mucho a la casa de un tipejo bastante raro… un negro.

— ¿Raro por ser negro?

— ¡No hombre!, raro por las cosas que hacía. Tenía una consulta de esas ilegales en su casa.

— ¿Una consulta? ¿Es médico? — el detective sacó raudo su bloc de notas.

— Médico, médico tampoco…. Aunque conozco a más de uno al que ese tío arregló. Es un curandero de esos, macho. De los que curan el mal de ojo, te sacan los demonios de dentro y esas cosas. — El porro volvió a él y dio una nueva calada — Tiene su consulta pasado el río, en la Torre de Romo, justo enfrente del supermercado Dia. Quizás él sepa algo más.

Negro, curandero, demonios. A Alonso no le gustaba la combinación que podía salir de aquello. No es que fuese un tipo supersticioso, pero tampoco le gustaba nada ese mundillo de lo esotérico.

— Me encanta Humphrey Bogart. — apuntó Ana, sin venir mucho a cuento.

— Sí, no está mal, pero dicen por ahí que en realidad era calvo — respondió el Rey — Lo cual hace que no parezca tan macho machote. ¿Os imagináis Casablanca con un tío con la cabeza como una bola de billar? No sé, como que no pegaría….

— ¿Quién dice eso? — preguntó Alonso, al que de nuevo le llegaba el canuto.

— No sé, la gente, lo leí por ahí, en un foro de Internet. — El Rey señaló hacia la pantalla — Si te fijas bien, hay algo raro con su frente,… no sé, no me hagas mucho caso, pero yo diría que ese tío llevaba peluquín.

— No. — A Ana no le convencía — Solo son entradas, pero nada de peluca, lo que pasa es que estás celoso porque tenía más clase de la que tendrías tú aunque vivieras mil años.

— ¿A qué viene eso? — El Rey parecía molesto — Si me preocupara tener clase no vestiría con pijama, ¿no te parece? Además, ¿cómo voy a tener celos de un tío que lleva Dios sabe cuántos siglos muerto?

— ¡Chicos, chicos! Haya paz. — Alonso expulsaba una bocanada de humo por la boca — Creo que nos estamos desviando un trecho del tema… De todas formas, en aquella época, un hombre sin pelo

era como una rana sin opción a príncipe… Así que no me extraña que si el bueno de Humphrey fue perdiendo espesura en el casco optara por ponerse algo para disimularlo. Desde luego es lo que parece.

— ¡Ahí está! ¿Ves?, dos contra uno. ¡Ganamos! — el Rey soltó una carcajada y dio un pequeño codazo a su compañera. — Y lo dice un tío con clase, ¿no?

— Enhorabuena. — concedió la chica.

Alonso no podía evitar sonreír. De hecho ya llevaba bastante rato así, con una extraña mueca de felicidad imperecedera. Poco a poco su cuerpo se iba relajando, su mente se iba soltando…, se dejaba llevar. El cigarro de cannabis pasaba de mano en mano, esparciendo su singular aroma por toda la habitación. Inconscientemente se llevó la mano al interior del abrigo, prenda que ya le empezaba a molestar, y extrajo de uno de los bolsillos la fotografía de Julia. Se quedó de nuevo absorto mirándola, tratando de descifrar el enigma de sus enormes ojos.

Pensaba en lo guapa que era, en lo grande y peligroso que era el mundo, turbio, sucio, en el dolor que unos padres podrían sentir al perder a una persona que vino a este mundo directamente desde tus entrañas.

— Una gran chica Julia, no hay duda. — Expresó el Rey tras percatarse de la foto — ¿Sabes?, es esa clase de persona magnética, de las que atrae la atención… Y no solo porque esté buena, que lo está, tú me entiendes, es algo más. Es como una líder, tiene fuerza, iniciativa, la gente le hace caso. La siguen porque hay que hacerlo, es como si una fuerza invisible los empujara, macho. Ya lo dijo Eisenhower: “el liderazgo es el arte de conseguir que alguien haga algo que tú quieres porque él quiere hacerlo”… Y eso a Julia se le da de maravilla.

La enciclopedia hablante calló, mientras Alonso se le quedaba mirando meditabundo y la pantalla de televisión fundía a negro y mostraba las palabras “The End”.

— Una última calada y me voy a casa. — expresó Alonso. — No estoy seguro de si esto me aclara la mente o lo enturbia todo un poco más.

A pesar de su intención, y de la duda suscitada, continuó fumando un buen rato más. No en vano no había consultorio que se preciara que estuviera abierto un viernes a las diez de la noche. Ni siquiera el consultorio de un curandero.

5 - Magia.

Un viejo tresillo, una mesa escritorio de roble con tres sillas a su alrededor, un armario y una pequeña nevera al fondo. Veinticinco metros cuadrados, dos espacios, una sala de tamaño mediano para el despacho—dormitorio y un pequeño baño anexo. Ese era el hogar y a la vez lugar de trabajo del detective privado Samuel Alonso, una antigua oficina sita en el entresuelo de uno de los edificios principales de la calle Saavedra Fajardo, entre los conocidos bares El príncipe de Gales y Mentidero. Mucha marcha nocturna, poco descanso. Eso sí, tenía todo muy cerca tanto para beber como para comer. Dios aprieta peor no ahoga. O algo así.

Los haces de luz del mediodía comenzaban a entrar por la persiana, incidiendo directamente sobre sus párpados. Una luz extremadamente brillante, de esas que presagiaban agua. Un balbuceo, una estirada general de cuerpo y un bostezo de los que hacen época. Cuando se incorporó del sofá y pudo ver en su reloj de muñeca la hora que era casi le da un síncope. Rápidamente dobló la manta que segundos antes le cubría, se calzó los zapatos y se dirigió a la pequeña nevera a beber un par de tragos de leche. A continuación entró al baño para darse un agua en el minúsculo pie de ducha. En la pared, colgados en una serie de alcayatas, se encontraba la toalla y un conjunto de perchas con sus trajes y camisas. Cinco minutos después engominaba su corto cabello negro hacia atrás, se afeitaba convenientemente y terminaba de vestirse. Nadie podría adivinar que un tipo con un aspecto tan cuidado y elegante podía vivir en semejante cuchitril y con semejantes carencias.

Continuaba haciendo frío, solo que mitigado por el radiante sol cuyo color aportaba cierta calidez al mundo. La Gran Vía tenía un aspecto estupendo aquel día, decenas de personas paseando, un tráfico fluido, flores frescas en la plaza del mismo nombre. Mientras caminaba hacia la dirección del curandero no podía evitar sentir ese cosquilleo de quien se siente inseguro o nervioso por la situación. Había oído hablar de esa clase de personas. ¿Timo o conocimiento? ¿Sacacuartos o magia? Alonso se decantaba en ambas preguntas por la primera opción, aunque con ciertas reservas suscitadas por el recuerdo de su difunta madre. Una mujer llana, de gustos sencillos, sincera, honesta, pero escasa cultura dada las circunstancias. Nacida en el seno de una familia muy humilde, se vio obligada a abandonar antes de tiempo el colegio para comenzar a trabajar en una fábrica

de conservas y allegar dinero a su familia. Concha, que ese era su nombre, era una mujer supersticiosa, profundamente religiosa y creyente de cosas como el mal de ojo y maldiciones por el estilo. Concha creía en la limpieza del alma, y por tanto en la suciedad de la misma. En fuerzas oscuras que esperaban agazapadas en cada esquina para atacar al espíritu descuidado. Alonso había crecido con eso, con no poca vergüenza y enfados por su incompatible opinión. Nunca pudo quitarle a su madre esas cosas de la cabeza igual que ella no pudo jamás convencer a su hijo de lo contrario. No pudo convencerle, pero sí que sembró una duda, una incertidumbre que se hacía más y más grande a cada paso que daba. No sabía que podía encontrarse en aquel consultorio, solo sabía que no iba a estar para nada cómodo.

Dejó el puente de los Peligros atrás y llegó al portal apuntado en su bloc, número 16, frente al Dia. Un típico edificio de tiempos del franquismo, placa del Instituto Nacional de la Vivienda con la marca del yugo y las flechas incluida, aviejado y oscuro. El consultorio se encontraba en el entresuelo, y la cola llegaba hasta el rellano.

Era increíble. A ese tipo le iba muy pero que muy bien. No habría mucho dinero para gastar en general, pero el poco que hubiere era utilizado para cuestiones bastante curiosas.

Alonso se acercó a una señora con evidente sobrepeso y descuidada imagen. Vestía un chaquetón de color rojo chillón que probablemente era de su hijo, mallas negras y calzado deportivo. Alonso no se atrevía a vislumbrar su edad, podría abarcar un amplio abanico desde los treinta a los cincuenta.

— Perdone, ¿es usted la última? — preguntó el detective.

— Bueno, ahora lo eres tú. — respondió sonriente, dejando al descubierto una mellada dentadura. Su acento era cien por cien murciano.

— Ya, muy bueno, ese chiste no lo había oído nunca. — Alonso observaba: delante de la mujer había otra señora con un niño, delante de ellos un hombre magrebí tras un matrimonio de avanzada edad, mientras que el primero de la cola era un hombre mayor con bigote y visible acaloramiento. — ¿Es la primera vez que viene a este… sitio?

— ¿A ver al profesor Sam? No, es la tercera ya. Yo es que tengo los huesos hechos polvo, ¿sabes?, y cada vez que ahorro una miajica de dinero vengo aquí para que me lo ponga todo en su sitio…. ¡Mano de santo, oiga!

— Ajá, así que es una especie de fisioterapeuta…

— ¡Qué va! Más quisieran los fisios esos… El profesor Sam no usa cremas ni corrientes ni na de so… Él usa la magia, ¿sabes? Como lo mío es muy delicao me dijo que iba a necesitar más de una sesión para curarme del to. Y la verdad es que se nota, no te cuento como estaba hace un mes…

— Eso está bien. — terció Alonso, que veía como la cola avanzaba un puesto más.

— Y a ti, muchacho, ¿qué te pica? — preguntó la señora, que miraba al detective de arriba abajo.

— Ehm, ¿a mí?, Esto… no, no, a mí no me pasa nada. — Masculló Alonso, tratando de encontrar una coartada. — Dolores de cabeza, nada grave.

— ¿No te lo quita las aspirinas?

— Ni aspirina, ni ibuprofeno ni siquiera Espidifén… — Alonso crujía su espalda — Espero que no tarde mucho esto…

— Puf, pues si tienes prisa mejor espera sentao, aquí no hay una hora fija de cita. Aunque no es muy distinto al médico, la semana pasá fui al especialista del estómago y no veas, que desgra…

Iba a ser una mañana, un mediodía más bien, largo, incómodo y exasperante. La señora tenía palique para rato, y a Alonso se le estaban agotando las ganas de seguirle el juego. Juego que, por cierto, él mismo había iniciado. Llegaría a arrepentirse de haberle preguntado nada.

— Ya, bueno, suele pasar. — dijo Alonso, que llevaba un rato sin escuchar lo que la señora decía — Oiga, ¿cómo conoció usted a… Sam? ¿Se lo recomendó algún familiar o…?

— La verdad que no, hace un par de meses vi unos papelicos de esos de publicidad en el parabrisas de un coche. Creo que todavía tengo alguno en el bolso… — la mujer metió su mano en el enorme bolso negro que llevaba en plan bandolera y extrajo del mismo una cuartilla de papel con unas letras impresas en negro — ¿Ves?

Alonso sujetó el papel, procediendo a leer a continuación su curioso contenido.

PROFESOR SAM KASAR

Maestro chamán africano, gran médium espiritual con poderes naturales. Diez años de experiencia en todos los campos de alta magia.

Enfermedades crónicas, asuntos judiciales, protección, quitar hechizos, depresión, mal de ojo, limpieza, suerte, romper ligadura, impotencia sexual… Lo más eficaz para recuperar la pareja y atraer personas queridas, encontrar pareja, amarres y cualquier problema matrimonial.

Él tiene los espíritus más rápidos que existen. Conocedor de los secretos. Cualquier dificultad que tenga la solución inmediata con resultados al 100 % garantizado.

No dejes pasar esta oportunidad única e inmediata, pídele solución a tu problema o deseo. Llama al maestro y él solucionará todos tus problemas.

Recibe todos los días de 07:00 a 20:00 horas.

Teléfono: 66980877

El tipo era un fenómeno. Miles de años de historia de la medicina condensados en una persona que afirmaba curar de todo. Lo que le echaran. Con oculto escepticismo y una falsa sonrisa pintada en los labios Alonso devolvió el papel a su dueña tratando de olvidar la, para él, importante cantidad de sandeces que acaba de leer.

— No, no, quédatelo, yo tengo más en casa. — Dijo rechazando el papel — Ya verás, todo lo dice ahí es tan cierto como que estamos aquí, — la señora se besó los dedos pulgar e índice — si no que se lo pregunten a mi vecina, a la pobrecica le recomendé que viniera, que llevaba años chunga de…

Samuel dobló el papel y lo introdujo en su cartera. Volvió a desconectar, miró el reloj de su muñeca y suspiró, tratando de consolarse pensando que todo aquello merecería la pena si conseguía alguna pista del paradero de Julia. De momento, su primera visita había sido un tanto surrealista, pero algo dentro de su ser le decía que ésta lo sería aún más. ¿Este era el tipo de vida de vida que llevaba Julia? Escenarios cochambrosos, extrañas compañías, drogas, superchería… ¿Quién no acabaría perdiéndose en tales circunstancias?

Una serie de gritos que provenían del interior de la consulta le sacaron de cuajo de su cuasi catatónico estado. Alonso se sobresaltó al oír una serie de golpes, identificados por él como guantazos o collejas. Ahí dentro estaban teniendo algo más que palabras, y Alonso no quiso quedarse ajeno a tal circunstancia. Al menos la cola seguía avanzando.

— Na, eso es normal. — dijo la señora, poniendo su mano sobre el hombro del detective, deteniendo así su avance. — Es un, ¿cómo se llama?, rito tribal africano de esos, se le tira una especia blanca de esas que trae del África o por ahí sobre la cabeza del que está malo y luego se le dan un par de golpes pa alejar a los malos espíritus.

— Pero eso es… ¿lo oyes? — Alonso señaló su oído — ¡Le está

dando una buena tunda!

— Y cuando termine de dársela estará tan ricamente. Ya lo verás al salir.

Dicho y hecho. Minutos más tarde la puerta de la consulta se abría y de la misma emergía el tipo magrebí, cuya cabeza parecía cubierta de restos de harina. Sonreía como si fuera el día más feliz de su vida. Daba gritos y brincaba. “¡Me ha curado”, “me ha curado!” Luego se paró y pareció rezar una plegaria en su lengua. “Alá tal, Alá cual”. Entonces la llama de la esperanza, en forma de emocionante brillo, se hizo hueco en los ojos de los demás pacientes. Aquello abría la opción de que fuera real, de que no se tratara de un charlatán sacacuartos. Bien podría tratarse de una representación, pero fue tan real, tan convincente, que decidieron creer en lo demás. En lo especial, lo extraordinario. ¿Y si era verdad…? ¿Y si salían de la aquel viejo edificio saltando y cantando?

6 - Arúspices.

Pasó una media hora, puede que tres cuartos. La señora que precedía a Alonso hacía unos minutos que se encontraba dentro. Al otro lado de la consulta se escuchaba una suerte de rezo en una lengua desconocida. La oración cesó, se oyó un rechinar de sillas arrastrándose. Una despedida efusiva y una nueva sonrisa al abrir la puerta.

— ¡Mano de santo, amigo! Mano de santo. — repitió la señora, cuyo gozo no cabía en sí. — Pasa, pasa, no te arrepentirás. Ya verás cómo te quita tos los dolorcicos de cabeza y alguno más de propina. — la señora guiño el ojo de forma poco sensual. — Hasta luego.

Alonso despidió a la entusiasta mujer y se internó en la consulta de su tocayo, el "mágico" profesor Sam. Una estancia amplia, rectangular, en la que llamaba la atención la conjunción de dos estilos bien diferenciados: por un lado la decoración tipo étnica (con bonitos pero aviejados tapices de varios colores, figuritas de animales y ristras de candelabros con velas encendidas), y por otro una serie de armarios y estantes, con y sin cristal, adosados a la pared del fondo que parecían contener, amén de numerosos libros y volúmenes de extraordinario grosor, variado material médico. A medio camino entre un bazar y una consulta de hospital. En el centro de la estancia se encontraba el profesor sentado tras una mesa redonda tapada con un mantel de tela roja situada sobre una alfombra octogonal de lana rayada. Se levantó un momento para estrechar la mano de Alonso e invitarle a que se sentara. Se trataba de un hombre cercano a la cuarentena, de facciones duras y atlético cuerpo, cabeza rapada y rostro pulcramente afeitado. Su acento y tono de piel hacían pensar que se trataba de un Senegalés o proveniente de alguna antigua colonia francesa de África. Su dominio del español era exquisito.

— ¿En qué puedo ayudarle, señor…?

— Samuel, Samuel Alonso. — el detective carraspeó. — Verá, yo no he venido aquí como un paciente, que yo sepa no padezco ninguna dolencia ni enfermedad de ningún tipo. — súbitamente pensó en la cantidad de tabaco que fumaba al día y el mal que eso le estaría haciendo…, pero aquello era otra historia. — En realidad soy un detective privado contratado por la familia de una chica en paradero desconocido. Su nombre es Julia Castro. La conoce, ¿verdad?

— Así es, es, bueno, era una buena amiga. — contestó sin

vacilar. — Pero si quiere que sigamos hablando le remito a dos opciones: o me paga veinte euros como todos o se espera a que termine con el resto de gente que ha venido…

Con sumo esfuerzo, y sorprendido por la locuacidad del profesor, Alonso echó mano de su cartera y pagó.

— ¿Era? — Preguntó el detective mientras guardaba su cartera — ¿Qué quiere decir con eso, se han disgustado ustedes o…?

— Digo era — hizo especial énfasis en esa última palabra — porque hace un tiempo salió, cómo se suele decir, a comprar tabaco y aún no ha vuelto… — el profesor Sam guardó el billete azul en uno de los bolsillos de su pantalón — Y esas cosas no suelen hacerlas los amigos.

— Ya… Si no es indiscreción, puede decirme de qué conocía usted a Julia, ¿fue paciente suya quizás?

— Puedo decirle que fue paciente mía, pero no puedo decirle cual era su mal. Aunque esto no se parezca mucho a una consulta de hospital a las que la gente suele ir, me debo a la confidencialidad.

— Entiendo… supongo. — Alonso echó un disimulado vistazo a la pared de su derecha, en ella había un titulo enmarcado de medicina a nombre de Sam Kasar — Eh, por conversaciones que he tenido con otros amigos de Julia, dejaron entrever que entre usted y ella podía haber algo más que amistad…

— Y algo más que amistad había, pero no en el modo que usted cree. — El profesor sonrió ligeramente — Había cierta conexión entre nosotros, algo más cercano a lo místico que a lo físico. ¿Me sigue? —Sam abrió de hito en hito sus ojos — Llegamos a conectar de verdad, sin necesidad de sexo ni otros convencionalismos sociales… Lo nuestro era auténtico, fuerte, profundo. Algo difícil de entender y más difícil aún de sentir.

Sam hizo una pausa, su rostro mostraba cierta pena.

— Pero de alguna manera, no sé muy bien cómo, lo perdimos.

Alonso intentó ponerse en el pellejo de Sam, una tarea ardua dado lo excepcional del caso, pero que al fin y al cabo formaba parte de su trabajo. Más que nunca en este caso debía ser abierto de mente, dejarse expandir hacia fronteras más o menos borrosas.

— Vaya, créame que lo siento. — Alonso comenzaba a sentir cierta empatía hacia ese tipo raro que tenía enfrente, pero debía continuar su interrogatorio, o, como él prefería calificarlo, su charla — ¿Qué es lo último que supo de ella? Justo antes de “irse a por tabaco”. — Alonso subrayó las últimas palabras haciendo el símbolo de las comillas con sus dedos corazón e índice de ambas manos.

— Supongo que estará al tanto de su detención y demás — el detective asintió — Tras aquello se volvió muy rara, huraña. Apenas me devolvía las llamadas, le costaba un mundo quedar… Sé, y le digo esto porque me preocupo por ella, espero que sea discreto, que comenzó a trabajar en un pub de la carretera de Alicante llamado "La dalia rosa".

— Ese "pub", ¿es un…? — Alonso alzó una ceja.

— Es muchas cosas, al parecer. No me pregunte cuáles son legales y cuáles no porque no soy abogado ni experto en leyes. Pero vamos, que no hace falta ser un lince para imaginarse lo que se mueve por allí…

— ¿Fue alguna vez a verla?

— ¿Al pub?

— Claro.

— No, nunca. He oído cosas sobre los dueños, ¿sabe? — Su gesto era serio —Ese no es lugar para mí… Y tampoco lo era para Julia. Lo que está claro es que allí no era feliz.

— ¿Se lo dijo ella o lo percibió de alguna manera…? — Alonso alzó los dedos hacia su cabeza.

— No soy telépata, pero existen otros modos de comunicación digamos "menos convencionales". Si usted quisiera podría hacerle una demostración…

— ¿Yo? No, no, no. — El detective comenzó a gesticular airadamente con las manos, se puso nervioso — A mí no me la intente colar, le he pagado solo para que me respondiera a unas preguntas, no quiero que me hechice ni me haga ninguna de esas cosas raras que hace usted.

— ¿De qué tiene miedo, señor Alonso? ¿Por qué quedarse en los procedimientos estándar cuando hay un universo de posibilidades mejores? — Sam dibujó una esfera con sus manos —Si con mi don pudiera ayudarle a encontrarla, ¿desestimaría mi ayuda?

— No le entiendo, si puedo encontrarla con sus maravillosos poderes, ¿por qué no lo ha hecho usted ya?

— Muy sencillo. No sabía que hubiera que hacerlo. — el tono del profesor Sam era uniforme, calmado. — Cuando alguien se va y no vuelve, la intentas localizar para hablar con esa persona pero ella no está interesada en decir nada, seguramente sea porque no quiere saber nada. Me ha hecho usted muchas preguntas, pero quizás hay una que no se ha hecho a sí mismo: ¿quiere Julia que la encuentren?

Una nueva variante entró a escena: la duda. No le faltaba razón a aquel extraño y culto hombre, existía la posibilidad de que Julia

fuera feliz dondequiera que estuviese, que hubiera decidido hacer borrón y cuenta nueva e iniciar una vida lejos de todo y todos, incluida su familia. Pero esa posibilidad no era más que eso, una entre tantas, y su tarea, y su corazón, estaban en otro labor.

— Mire, para bien o para mal este es mi trabajo. No tengo que plantearme ciertas cosas, es su familia la que me ha colocado en esta situación, unos amantes padres que sufren porque no saben nada de su hija desde hace medio año. No quiero alardear de buen samaritano, por supuesto que hago esto por dinero, pero si a la vez hago algún bien, pues bienvenido sea.

Ni mil palabras más, le habían convencido. El profesor Sam abandonó su silla y se dirigió al fondo de la habitación, hacia un armario de madera agujereado. Del mismo sacó una gallina cogida por el pescuezo. Ésta se retorcía y luchaba, obviamente nada tenía que hacer. Alonso se encontraba perplejo.

— ¿Ha oído hablar alguna vez de los arúspices? — preguntó el profesor, el cual agarró con la mano que tenía libre un gran cuchillo de cocina del mismo armario para volver a dirigirse al centro de la habitación— Se dice que eran unos adivinos etruscos que usaban cierto medio para ver el futuro… Por favor, ¿puede poner ese taburete aquí? — Alonso, atónito, obedeció, colocando un pequeño taburete que se encontraba a su derecha entre ambas sillas. — No se preocupe por ella, ni lo notará.

Una vez puesta la gallina sobre el taburete, y sin dejar de sujetarla con la mano izquierda, cuchillo y mano derecha del profesor se elevaron en el aire para caer como un rayo sobre el cuello del ave. El tajo fue limpio, certero. El crujido repugnante. Lo que vino a continuación fue aún más desagradable.

— Según cuentan, estos arúspices estaban muy bien considerados en tiempos del Imperio Romano, siendo sus servicios consultados por los principales líderes antes de tomar las decisiones más importantes. — con el mismo cuchillo, el profesor comenzó a abrir en abdomen de la gallina, dejando parte de sus entrañas al descubierto — De hecho, con el tiempo convirtieron su disciplina en un arte, o más, en una ciencia, que incluso se estudiaba en las escuelas. No es ninguna nimiedad interpretar los designios divinos en un asqueroso montón de tripas. — mediante un rápido movimiento giró la gallina y las vísceras cayeron sobre el taburete — Interesante… Muy interesante.

— ¿Ve… algo? — el detective paseaba entre la repugnancia, el estupor y la intriga.

La situación se tornaba surrealista por momentos. El africano

escrutaba las entrañas de la destripada ave, tocando con la punta de sus dedos lo que parecía ser el corazón, desplazando quizás el estomago, o puede que el hígado. Jugaba con las tripas como si de un puzle se tratara, murmurando para sí, moviendo con rapidez sus ojos, como si estuviera leyendo un libro.

La tensión iba in crescendo, una incertidumbre incómoda. El detective ansiaba salir de allí, pero llegado a ese punto tenía que saber lo que esas repugnantes entrañas tenían que decirle.

— Veo un camino largo, pleno de dificultades, dolor e insatisfacción. — La cosa no empezaba muy bien. El profesor continuaba tocando las vísceras, manchándose la punta de los dedos con su sangre. — Debe prepararse para un no, para un posible fracaso, pues veo muchas cosas aquí, muchas excepto la que de verdad importa.

— ¿Se… se refiere a Julia? — el tono de Alonso rebosaba tanta preocupación como escepticismo.

— En efecto, en su camino no hay ninguna Julia…

— Pero esto, ¿qué quiere decir? ¿No se referirá a que está…?

— ¿Muerta? Eso no puedo saberlo, y aún estándolo, que no digo que lo esté, debería sentir su energía, localizar su esencia… — Sam entornó sus ojos — Eso es lo más extraño, no logro ver ni rastro de ella. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

— Entonces qué me propone, ¿abandono y a otra cosa? ¿Llamo a sus padres y les digo que según un chamán de las antípodas el alma de su hija se ha evaporado de la faz de la tierra y que es tontería seguir su búsqueda?

— Más bien al contrario, amigo, más bien al contrario. — el profesor extrajo con cuidado un pañuelo del pantalón y limpió sus manos ensangrentadas— Si aún con mis malos augurios decide continuar hágalo hasta el final, remueva cielo y tierra hasta dar con una respuesta que revele este enigma… Mi papel únicamente es advertirle que no será un camino de rosas.

— Rara vez lo es.

Alonso se despidió rápida y educadamente y abandonó ese lugar con el firme propósito de no volver nunca más. Al salir a la calle miró hacia el cada vez más encapotado cielo, se disgustó y pensó que, afortunadamente, no siempre era así. En realidad, pocas veces era así. La mayoría de los días eran luminosos, y una buena parte de los mismos fueron también felices en un pasado remoto.

Una vez celebrada la boda, íntima, elegante pero para nada ostentosa, Alonso y Laura se trasladaron al piso de ésta. Un ático del centro con una espectacular terraza y vistas de los cuatro puntos

cardinales. Tranquila, cálida, un refugio privado situado quince plantas por encima del mundanal ruido. Las noches que hacía bueno gustaban de subir, preparar una mesita con cuatro cosas y cenar a la luz de las velas bajo el estrellado manto del cenit. Aquello era lo más cercano a romanticismo puro que tuvieron en sus vidas.

El rosado atardecer había dado paso a un paulatino claroscuro que descendía para perderse entre las montañas. En las noches más pacíficas, como lo fue aquella, parecían estar solos en el mundo, agarrados en la copa del árbol más alto de la Tierra, dominantes y expectantes. Las copas de vino hicieron chin-chin, la música era la agradable brisa que les envolvía.

Una vez cubierto el trámite de la cena se relajaron aún más acurrucados ambos en la misma tumbona.

— No te vas a creer lo que me ha contado un tío en la oficina… — comenzó a decir Alonso

— Sorpréndeme.— contestó ella, que utilizaba el pecho de él como reposacabezas.

— Verás, es un antiguo cliente, uno de los habituales. Mejor sin nombres, llamémosle señor X. Resulta que el señor X es un tipo campechano, humilde, de esos que rara vez se han comido una rosca, y desde hace unos años multimillonario. Le ocurrió lo imposible: le tocó no se qué premio de lotería, algunos milloncejos, de euros, no de pesetas, y figúrate, de pronto comenzó a ser objetivo de más de una pelandusca. Bueno, el caso es que se casó con una muchacha mucho más joven que él, muchacha que cada vez que tiene la ocasión le pone la cornamenta al pobre señor X. Pobre por decir algo, porque el amigo sabe muy bien cuando ella le engaña, es algo que se nota, eso dice siempre. Cuando sospecha me llama a mí, la sigo unos días, saco pruebas de su infidelidad y él las usa para que ella deje al amante bajo coacción de divorcio justificado. O anulación, o vaya usted a saber. El caso es que, como firmaron una separación de bienes antes del enlace, ella se quedaría con una mano delante y otra detrás… Y bueno, él usa esto para mantenerla a su lado. La amenaza, se perdonan, y todo vuelve a la normalidad. Al menos por un tiempo. Así van, todo es cíclico, como la pescadilla que se muerde la cola.

— Pero él debe adorarla o algo así… — conjeturó Laura — si no es impensable que le consienta esas aventuras… Debe ser algo muy duro.

— Bueno, es obvio que él la quiere. Cuando habla de ella parece que esté en un pedestal de nube y el resto del mundo sea un

infierno de escombro. Para el señor X no hay nada más importante que ella…. Y su amor llega a tal punto que le perdona la misma putada una y otra vez.

— Ya… — Laura sonrió, acarició su nariz con la de su marido. — Pues creo que el señor Alonso se ha vuelto a ir por las ramas…

— Cierto. Voy al grano. El caso es que esta mañana el señor X, del que ya conoces una sinopsis de su biografía, ha pasado por la oficina a recoger las clásicas fotos y me ha contado una pequeña anécdota que le ocurrió en casa justo ayer por la tarde. Verás que no tiene desperdicio, impaciente mía.— Alonso dio un pico a su mujer y prosiguió — Al señor X le dio un apretón vespertino…

— Jo, qué guarro…

— ¿Guarro? No sé qué va a hacer el hombre, eso es una cosa natural… Ya sabes, caga el Rey, caga el Papa. Escucha. El hombre sintió la llamada de la naturaleza y acudió al baño. Cuál fue su sorpresa al abrir la tapadera de la taza del wáter… ¡Dios Santísimo!

— ¿Qué pasó?

— Pues que había una nueva inquilina en el piso y él sin saberlo. Nada menos que una pitón de más de dos metros que no llegó a morderle de puro milagro.

— No… — los ojos de Laura se abrieron al máximo.

— Como lo oyes. Imagínate el respingo que dio el tío al ver semejante horror. Salió corriendo, cerró la puerta del baño y llamó a emergencias para que le enviaran a un experto de estos que rescatan animales, tipo Frank de la Jungla.

— Pufff, qué asco por Dios… Y, ¿cómo llegó ese bicho allí? — preguntó Laura, notando que tenía la piel de gallina.

— Pues resulta que el bicho era de un vecino, una serpiente doméstica, una mole tan inofensiva como repugnante. Debió de meterse por algún desagüe del piso de al lado y llegó tan ricamente hasta el retrete del vecino.

— Lo cual nos deja dos hechos incontestables: — Laura se puso sobre Samuel, sujetó su cara entre sus manos — uno, hay que mirar siempre bien antes de sentarse en la taza; y dos, acabas de matarme toda la libido que me quedaba en el cuerpo.

— Entonces tendré que prestarte un poco de la mía, a mí siempre me sobra…

De repente el mundo se paró, el tiempo se ralentizó. Bajo el incesante titileo de las estrellas, Alonso y Laura compartieron una mirada de cómplice ternura. Después un beso apasionado. Después la ropa voló. Después hicieron el amor en la tumbona y en el suelo.

El mundo giraba, los grillos cantaban y ellos se amaban. No

podían desear nada más.

— ¡Mierda! — exclamó Alonso al verse inmenso de nuevo en uno de sus cada vez más recurrentes y periódicos devaneos con el pasado. Los buenos recuerdos no son para olvidar, pero joden cuando te traen la certeza de que nunca volverás a tener ciertas cosas. Y en esas andaba Alonso, rememorando un pasado brillante mientras nadaba en un presente lleno de fango.

7 - Impotencia.

Allí dentro hacía un calor de mil demonios. El estrecho y oscuro cuarto parecía una lata de sardinas dentro de un microondas. En cualquier momento su contenido podría explotar. Allí se encontraba ella, la niña con único zapato rojo. No se encontraba sola, pero como si lo estuviera. Las cuatro esquinas de la sala estaban ocupadas: en una un chico alto y fuerte, de anillado pelo negro y esculpido torso; en otra una mujer de coloridas ropas y collares; mientras que la otra esquina restante estaba destinada al cubo.

Se palpaba la incertidumbre, se olía el miedo, la desesperación. Los gritos y los golpes habían cesado hacía rato. Total, ¿para qué? No parecía que nadie les fuese a oír nunca.

Lo peor de todo era que ninguno hablaba el mismo idioma. Algún chapurreo de francés, pero nada determinante. Cuatro palabras cruzaron, la conclusión: no sabían ni dónde estaban ni por qué. No había motivos cabales, aquello se escapaba de toda lógica.

Eso sí, comida no les faltaba, cuencos de estofado de carne con patatas se deslizaba a través de la abertura inferior de la puerta metálica. Uno para cada uno, a veces incluso más.

Pasaron los días, las noches. Era imposible dilucidarlo. Apenas un hilo de luz entraba a través del ojo de buey enrejado de la puerta. Nadie quiere estar solo, nadie quiere sentirse asustado. No se puede vivir en el desconocimiento y el cautiverio. Únicamente oían algo de un barco, retazos de francés, “bateau”, decían afuera. Bateau. Bateau.

La niña lloró y lloró, despreciando el desinteresado abrazo de la mujer de los collares. No era eso lo que necesitaba, ya tenía una mami. O la había tenido al menos. No buscaba sustitutas. Solo quería salir, respirar aire puro, mirar al sol de cara y deslumbrarse con su luz. Su mami. ¿Por qué? ¿Qué había hecho esa mujer tan buena para merecer un castigo tan malo?

Entre despierta y durmiendo, en un fantasmagórico estado intermedio, dos tipos grandes y fuertes entraron en la habitación. O la jaula, como la niña la llamaba para sí. Agarraron al hombre por ambos brazos y se lo llevaron a rastras hasta la puerta. El tipo gritó y pataleó, trató de escaparse, pero no estuvo siquiera cerca de lograrlo.

Se quedaron solas. Solas con el miedo, el frío y la desolación. Solas con los cuencos vacíos, el cubo lleno y las oxidadas paredes que las aprisionaban. ¿Qué se puede decir en una situación así?

¿Qué se puede hacer cuando no te dejan hacer nada?

Cuando hay voluntad pero no ocasión para llevarla a cabo es la impotencia la que domina la escena.

— ¿Dónde está tu otro zapato? — preguntó la mujer en un básico francés.

— Está con mi mami.

Un tiempo después la niña se quedó completamente sola. Cada vez que abrían la puerta una ola de luz lo inundaba todo, oprimiendo sus pupilas, acostumbradas ahora a la aplastante oscuridad.

8 - La dalia rosa.

La noche envolvió al día en sombras. Y con ellas volvieron las lluvias. El viejo Opel Kadett rojo de Alonso constituía más una reliquia lista para el museo del automóvil que un vehículo con el que circular. Su pintura raída, abolladuras en morro y parte trasera, amén de una extensa y colorida colección de pegatinas de la ITV que decoraban la luna delantera lo testimoniaban. Samuel pensaba que ese coche le llevaría al fin del mundo si era preciso, aunque en realidad a duras penas logró conducirle hasta la zona de aparcamiento del pub "La dalia rosa". Un lugar agradable, festivo, un idílico trozo de mundo para llevar a tu mujer e hijos, pensaba irónicamente el detective mientras se alejaba del frío y desolado párking y sus decadentes coches cubiertos de relente. Una clase de lugar que solo había pisado un par de veces en su vida, y ambos por trabajo, hecho del cual se vanagloriaba. Un tugurio con la cara lavada, lucecitas de neón y atractivos carteles de reclamo, pero que no ocultaba para nada su razón de ser.

Viendo la clase de clientes que entraban, no era de extrañar que a un tipo tan elegantemente ataviado y bien parecido como Alonso le abrieran las puertas cuasi reverencialmente. Sería el único gesto amable que hallaría dentro.

El interior del local no mejoraba las sensaciones: un espacio dominado por una amplia barra salpicado de mesitas redondas y un pequeño escenario, atenuada luz roja, chicas ligeras de ropa bamboleándose y fracasados, muchos fracasados, de variopinta edad y condición, gastando sus jornales y babeando. Alonso echó un rápido vistazo general y se dirigió a la barra. Aquello le ponía enfermo. Podía sentir la suciedad en el aire, una mezcolanza de sudor y perfume barato que se pegaba en la ropa, efluvios de bajos y descontrolados instintos.

Tras la barra una camarera a la que habría que pedirle el carné para comprobar si era mayor de edad servía un whisky con Coca—cola a un tipo que ya peinaba canas y vestía un horrendo traje que parecía fabricado con papel. A su lado otro señor coqueteaba con una pobre rubia que se esforzaba por sonreír, pero a la que evidentemente no le hacía ninguna gracia la situación. Más allá una pelirroja bien arreglada que superaba ampliamente la treinta perdía su extraña mirada en el fondo del bar. Mientras tanto, la mayoría comenzaba a arremolinarse en torno al escenario, pues en breves instantes tocaba sesión de stripers.

— ¿Qué deseas tomar, guapo? — inquirió la camarera, acercándose a la posición de Alonso.

— Una cerveza, por favor. — contestó a la par que se sentaba en el taburete más próximo.

— ¿Nacional, exportada, privada?

— Es lo mismo, la que te pille más a mano. — Alonso se fijo en la amplia variedad de licores, refrescos y bebidas varias. También en un par de minicámaras de vídeo que barrían todo el bar.

La chica sonrió, abrió una de las neveras y sacó un tercio muy frío.

— ¿No sueles venir mucho por aquí, verdad? — preguntó la camarera mientras colocaba la bebida frente a Alonso y la destapaba.

— No demasiado, yo suelo conformarme con el porno. — el detective echó un trago — Pero ya estaba cansado de tanto sofá, necesitaba tomar el aire. — el detective guiñó un ojo, cómplice — En realidad estoy buscando a alguien, a una chica.

— Pues aquí seguro que la encuentra: rubia, morena, pelirroja, blanca, negra o café con leche. Si no está aquí es que no existe.

— Uhm, así que esto es algo así como la ONU del putiferio…, tentador, aunque lo cierto es que vengo buscando a una concreta, su nombre es Julia Castro, desconozco si por aquí usa otro nombre, ehm, — el detective vaciló hasta hallar la palabra — artístico o lo que sea.

El afable gesto de la camarera cambió radicalmente. Su mirada cayó al suelo, su cuerpo tembló, se puso de verdad nerviosa.

— ¿Julia? Yo no sé nada de eso, quiero decir, no me suena para nada ese nombre.

— Venga, no me diga que no la conoce… ¡Vamos!, no mienta.

— ¿Mentir? ¡Qué tontería! — la camarera peinaba compulsivamente sus cabellos mientras trataba de esbozar una curva sonrisa.

— Vamos, por aquí pasan muchos chicas, ¿no es así? — el detective echó mano de la fotografía que guardaba en el abrigo — Y una de ellas fue esta: Julia Castro, por favor, lleva desaparecida mucho tiempo, si supiera algo yo le agradece…

No llegó a terminar la frase. La razón de su interrupción medía más de metro noventa y vestía una ceñida camiseta negra.

— Acompáñeme, señor. — Dijo con un acento que el detective identificó como del este de Europa — El dueño quiere verle.

A pesar de que aquel gigante no le inspiraba ninguna confianza, el detective obedeció. Bien podría estar metiéndose en la boca del

lobo, pero era un riesgo que debía correr si quería sacar algo en claro. Debía relajarse, aparentar ser el dueño de la situación, hacer ver que él hacía este tipo de cosas cada día, que era un profesional, un fuera de serie. Solo así tendría una opción de salir airoso de la situación, solo así sería capaz de hallar algún indicio que le condujera a su objetivo. Y máxime tras la advertencia del mago, (¿o era médico?) africano que por más que se lo propusiera no era capaz de olvidar.

Terminó su cerveza, puso un billete de cinco sobre la mesa y acompañó al gorila hasta una puerta en el ala oeste del local en la que ponía "Solo personal". Una charla, se decía a sí mismo, una simple y vulgar charla. Cuatro preguntas y me voy, es sencillo, no tiene porqué pasar nada. Aunque el mero hecho de temerse lo peor era ya signo evidente de que estaba cagado de miedo.

La puerta conducía a un oscuro pasillo de paredes de ladrillo que desembocaba en una pequeña habitación. En contra de lo que imaginaba, aquel lugar no era el despacho del jefe sino una mugrienta despensa llena de cajas. Cajas y dos hombres más: uno alto y fornido vestido rigurosamente de negro que llevaba escrita la palabra guardaespaldas en la frente; y otro de estatura normal que lucía una interesante barba blanca, peinaba sus canos cabellos con gomina hacia atrás y vestía con porte regio un impecable traje gris oscuro con raya diplomática, camisa blanca sin corbata y un pañuelo rojo que caía en cascada desde el bolsillo delantero de la chaqueta. Sin olvidar que en lugar de mano derecha tenía una prótesis de plástico. Este último fue el primero en abrir la boca.

— Buenas noches, chaval. — su acento también era de Europa del este — He oído que andas molestando a mi personal, y eso es algo que no podemos tolerar…

— ¿Molestando yo? He visto al menos un par de babosos peores que… — el detective no podía alejar sus ojos de la mano extraña.

— ¡Aún no he acabado! — Exclamó el tipo, cortando abruptamente la alocución del detective — Gracias. Como decía, no puedo tolerar que se moleste a ningún miembro de mi personal, aquí somos una gran familia, y como bien debes saber la familia es lo primero, aquí y en la Conchinchina, como soléis decir. Hay que protegerla siempre, procurarle el mayor bienestar posible y castigar, si fuese preciso, a aquellos que intenten dañarla… ¿Me entiendes?

— Veo por donde va, pero sinceramente creo que se equivoca conmigo…

— Uhm — el tipo sonrió con una maldad que ponía los pelos de punta —¿Estás seguro? Eso sería toda una proeza dado que yo rara

vez me equivoco.

— Seré la excepción que confirma la regla. Ya sabe. — Alonso no podía evitar mirar de reojo a los silenciosos guardaespaldas de mentón cuadrado que aguardaban órdenes como buenos perros.

— Ya has hablado con la camarera, ahora pregúntame a mí. ¿Qué es lo que andas buscando? — el tipo enarcó las cejas.

— Lo que buscan todos: perfeccionar mi misionero y, quizás, ampliar horizontes.

Justo ahí llegó el primer puñetazo. El puño del primer gorila se le clavó en la boca del estómago. Su cuerpo se dobló, las piernas le flojearon. Aquella era una señal inequívoca de que no debía seguir por ahí. El tipo de la barba se le acercó aún más. Alonso apenas podía respirar.

— ¿Has visto la gracia que nos ha hecho tu respuesta? Inténtalo de nuevo.

— Cof, esto no es, cof, cof, necesario. Qué poco sentido del humor…— Alonso no podía evitar toser mientras recuperaba la verticalidad — Solo busco a una de sus chicas, Julia Castro se llama,… una chica alocada que ha desaparecido y tiene muy preocupada a sus padres. — Hizo una pausa prolongada— Esa mano es de plástico, ¿verdad? Mola.

Ahora le tocó el turno al otro gorila. Esta vez un rodillazo de esos que hacen época en el vientre. Alonso arqueó totalmente su cuerpo, escupió sangre.

El tipo de la barba negaba con su cabeza y sus labios. Sonreía.

— ¡Cógele la cartera! — ordenó al primer gorila, Alonso no opuso resistencia.

— Mmm, Samuel Alonso, licencia de detective privado… — murmuraba el tipo de la barba mientras sacaba las tarjetas y demás identificaciones de la cartera del detective. — ¿Es poli? — preguntó el segundo gorila.

— ¡No, idiota! Solo es un busca cuernos. Un mierdecilla que se cree Sherlock Holmes, pero en realidad no pasa de paparazzi.— lanzó la cartera a la cara de Alonso el cual, haciendo gala de unos excelentes reflejos, la atrapó en el aire antes de que cayera al suelo.

— Lo he pillado, no le gusta que husmeen en sus negocios… Y además no sabes nada de nada. Deje que me vaya y esto no irá a mayores. Cof— Alonso trataba de mantener entereza, lo más sensato en aquellos momentos era buscar una salida rápida.

— Te irás, no te quepa duda, pero antes quisiera saber un par de cosas. Por ejemplo, ¿cómo has llegado hasta aquí?

— Pues por la carretera de Alicante, salida número…

Esta vez el gorila uno y el gorila dos se combinaron: puñetazo en la mandíbula del primero y puñetazo en la ceja del segundo a continuación. La sangre comenzó a brotar.

— Uy, esa brecha no tiene muy buena pinta. — el tipo de la barba se aproximó a Alonso y le agarró con fuerza del pelo, levantando su ensangrentada cara hacia la luz de la bombilla que alumbraba el cuartucho— Mira listillo, te voy a hacer una recomendación, y espero que la sigas escrupulosamente: dinos quién te ha dado el nombre de este local y te dejaremos ir. Podrás ir a que te cosan la ceja, dormir un rato y olvidar este asunto para siempre. Es lo más sensato, ¿qué me dices?

Si hay una regla sagrada en el curso de una investigación es la de proteger a los informadores. Protegerlos cueste lo que cueste. Aunque sea un loco curandero africano.

— Tú lo has dicho, soy un condenado Sherlock, — Alonso se retorcía de dolor, debía inventar algo creíble — visité algunos fumaderos, unos yonkis me dijeron que Julia frecuentaba este tipo de locales y llevo toda la noche visitándolos… Este es el tercero en el que entro.

— Unos yonkis, ¿eh? ¿Sí? — el tipo de la barba se encontraba a escasos centímetros del rostro de Alonso, escrutando sus ojos, hablándole a la vez con los suyos, expresándole en una mirada el mal que obtendría si no abandonaba. — Te contaré una historia, no sé si ya la habrás oído… ¿conoces la del polvo más caro del mundo? — Alonso negó con su sudorosa cabeza — Sucedió en la estación de autobuses de Murcia. Un tío así guaperas, elegante, que trabajaba en un banco debía reunirse con un importante cliente en la una de las cafeterías de la estación. Como imagino que sabrás, en dichas cafeterías no hay servicios, si te entran ganas de mear o sientes la llamada de la naturaleza, como decís por aquí, tienes que ir a los apestosos servicios públicos que están junto a los andenes. Sí, allí donde casi siempre hay un tío afeitándose, o incluso duchándose con la mano y poniendo empapado el espejo, el suelo, y a los demás. Pues fue justo allí, en el pequeño vestíbulo donde confluyen ambos servicios, los de damas y los de caballeros, donde este tío elegante del que te hablo se encontró con una joven muy mona. Fue amor a primera vista. Al menos para ella. Para él fue empalme a primera vista. Para un donjuán consumado como ese acercarse a la chica, decirle dos palabritas sobre sus hermosos ojos verdes, su larga melena azabache o sus largas piernas y metérsela en el bote fue fácil, muy fácil. Al principio ella se sintió halagada pero no le daba más cancha, pero él insistió, insistió e insistió. La buscó, la

llamó. La siguió. Hasta que al final,

— Tanto fue el cántaro a la fuente que se rompió. — añadió Alonso.

— ¡Exacto! La consiguió, se acostaron y no volvió a saber de ella nunca más. Bueno, ni de ella ni de ninguna otra. A los dos días apareció su trajeado cuerpo flotando en el Segura… Eso le pasó por meterse donde no le llamaban, por buscar, preguntar, seguir y finalmente follarse a alguien que no era de su propiedad. No sé si me sigues. — el Serbio no quitaba ojo a Alonso, cuyo rostro seguía conmocionado — Resulta que la chica era hija de uno de los jefes de un clan zíngaro establecido en la Región. Ante tal deshonra, el padre no tuvo otra opción que cortarle el cuello al tipo del banco y castigar debidamente a su hija. Ya ves, le salió caro el polvo.

El Serbio se dio la vuelta, posó sus manos sobre su propia cara y la frotó como si trata de salir de un estado de ensoñación. Acto seguido peinó con ellas sus canos cabellos hacia atrás y volvió a enfrentar a Alonso.

— Te lo advierto por última vez: no sigas este camino, olvida a Julia Castro para siempre y no me obligues a ir a por ti.

El Serbio chasqueó sonoramente sus dedos. A la orden, los gorilas tomaron a Alonso por sus brazos y le llevaron casi a rastras hacia la salida trasera. No tardó mucho en saborear el suelo. Se dio la vuelta como pudo y se quedó hipnotizado mirando al cielo. Algo olía a podrido, y no era precisamente en Dinamarca… El hedor era tan intenso que penetraba con fuerza en sus maltrechos pulmones. Estaba bien claro que esos tipos sabían mucho, que eran la clave para encontrar a Julia, ahora bien, a ver quién era el guapo que volvía a allí dentro a preguntar de nuevo. En aquellos momentos le pasaban un montón de cosas por la cabeza, asuntos varios como lo a gusto que estaría si se hubiera quedado en casa durmiendo o lo mal pagado que estaba su trabajo.

9 - Un beso.

Tras la paliza que se acaba de llevar el suelo de tierra y grava sobre el que se hallaba acostado le parecía la mejor cama del Ritz. Miró al cielo pero el cielo no le miró a él. Estaba solo, solo en la penumbra con la luna y las estrellas. La luna, las estrellas y una mujer pelirroja de extraña mirada apoyada en un bastón negro.

— ¿Te encuentras bien? — pregunto la chica.

— Ehm… Sí, no te preocupes, — respondió Alonso, levantándose como bien pudo — soy aficionado a las palizas de rusos…

— Dirás de serbios. — Corrigió la chica — Ven, apóyate en mi hombro si quieres, te acompañaré hasta tu coche.

El detective aceptó la propuesta. De un lado el bastón, del otro un completo desconocido. Esa mujer, de la que aún no había podido ver su rostro, olía a un dulce perfume que el detective asoció con frambuesas, o puede que a moras. Conforme se acercaban al aparcamiento la luz de las farolas aclaraba el panorama: vestía un ceñido vestido negro con torera blanca y unos tacones de aguja que desafiaban a la gravedad, su pelo era rojo como la lava, a juego con su barra de labios, su tez blanca, impoluta, sus ojos, vacíos, sin color, sin vida. Un ángel imperfecto.

— Lo siento, ¿eres…? — comenzó a preguntar Alonso con delicadeza mientras pasaba la palma de su mano despacio frente a la cara de la chica.

— ¿Ciega? Sí, muy agudo. Debes ser un detective de los buenos.

— Más bien soy de los que se llevan buenas tundas. — Llegaron al coche, Alonso se apoyó sobre la carrocería, la chica permaneció inmóvil frente a él — Me han machacado de lo lindo.

— Tengo unas toallitas en el bolso, — la pelirroja abrió el mismo y sacó un paquete de toallitas húmedas — si me guías…

Con sumo cuidado, y guiada por la mano del detective, la chica fue pasando la primera toallita desde la ceja al pómulo. La sangre, que ya empezaba a resecar, se resistía a abandonar el rostro de Alonso.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó Alonso.

— Me llamo Nadia.

— Nadia, eso sí es…

— ¿Ruso? Sí, yo sí. — Nadia esbozó una sonrisa mientras terminaba de limpiar la sangre.

— Vaya, hablas muy bien mi idioma, apenas se te nota el

acento. — la cara de Alonso estaba bastante mejor, ya no había sangre, solo hinchazón —De hecho hablas mejor el español que la mayoría de mis amigos.

— Eso es porque llevo muchos años aquí, no en Murcia, sino en varias ciudades de España. Viví unos años en Madrid, Barcelona, Valencia… Aunque también he estado en otros países como Italia o Francia.

— Vaya, — dijo Alonso añadiendo después el clásico silbido de "impresionante" — ¿Y por qué tanto viaje? ¿No te gustaría quedarte en algún sitio, echar raíces…?

— Voy a dónde me dicen que vaya. No sé si te has fijado, pero hace mucho que no soy una persona libre…

Silencio roto por música enlatada. ¿Los Pet Shop Boys?

— Eso es terrible… — el rostro de Alonso expresaba cierta desolación.

— Terrible pero cierto.

A esa última frase le sobrevino otro silencio incómodo solazado con más canciones enlatadas. Ahora sonaba Madonna. Alonso le iba a preguntar por su vida y milagros, como siempre solía hacer, le revolvería la cabeza con recuerdos y dolores que quizás ya estaban enterrados. Y que quizás era mejor no remover. Nadia se lo habría contado todo sin dudar, le habría relatado sus inicios en el cine ruso en películas de bajo presupuesto, donde ya destacó como una de las más firmes promesas de su país. Después vendrían un par de películas de mayor realengo, con papeles secundarios, no demasiado sustanciosos, pero estaba empezando, solo era un comienzo. Desgraciadamente el avión nunca llegó a despegar. Vicios, deudas y malas compañías. Cuando se quiso dar cuenta estaba tan lejos ya de los decorados, las cámaras y las claquetas que pronto llegó a creer que todo aquello no había sido más que un sueño. Le habría contado todo eso y más, pero a Alonso le apremiaba más conocer la respuesta a otra pregunta.

— ¿Por qué me ayudas? No te habrá mandado el jefe para que acabes el trabajo…

— No vas a tener tanta suerte, si el Serbio te quisiera muerto te enviaría a alguien mucho más desagradable. — Nadia pareció palidecer durante un instante — A alguien muy, muy desagradable.

— ¿Entonces? — mientras hablaban, Alonso examinaba su torso, temía tener alguna costilla rota.

— Oí todo lo que hablaste y oí que te llevaron adentro… El resto no era muy difícil imaginárselo. No sé si te fijaste, pero no estaba lejos en la barra, allí dentro, hace un rato.

— Ajá, me fijé en que te sentías muy sola.

— Y me sigo sintiendo sola… Quizás por eso estoy aquí, necesitaba hablar con alguien, ya sabes, eso que llaman socializarse. No hay mucha gente que se acerque a una prostituta ciega. — Nadia agachó súbitamente la cabeza — Es como si les diese miedo, no sé, no soportan mirarme a la cara… Y en el fondo no les culpo por ello.

— Pues yo sí que les culpo, te tengo justo delante, a escasos centímetros y no miro al suelo. Créeme. — el detective tocó momentáneamente el hombro de Nadia — Muchas gracias Nadia, sin ti seguramente habría tenido que arrastrarme como una serpiente hasta aquí y conducir con la cara como un zombie hasta casa.

— La verdad es que no fuiste muy listo ahí dentro…

— Me declaro culpable de todos los cargos, señoría. — confesó Alonso levantando una mano solemnemente que Nadia nunca vería.

— Y con razón. No tenías porqué saberlo, pero si me hubieras preguntado a mí acerca de Julia Castro, estoy segura de que ahora tu cara no parecería un poema.

Alonso rió, tocó el lado derecho de su cara, visiblemente inflamado y maldijo para sus adentros.

— Debe ser que estoy desentrenado… Entonces, ¿sabes algo de Julia?

— Algo sé.

Alonso creyó oír a un grillo cantar, pero era algo tan impensable dada la baja temperatura que pronto abandonó esa idea.

— Bien, bien… — Alonso creyó comprender, fue a echar mano de su cartera cuando la mano de Nadia se lo impidió.

— No es dinero lo que quiero. — Interpuso la pelirroja al adivinar el movimiento, soltando suavemente la mano del detective. — Te diré lo que quieres saber por algo más sencillo pero de incalculable valor…

Alonso se encontraba perdido, magullado, expectante.

— Tú dirás.

— Te daré la dirección dónde puedes encontrar a Julia a cambio de un beso.

Un beso, un simple, fugaz y, probablemente, agradable beso. Instintivamente pensó que era una locura, demasiado fácil, demasiado raro. Esta vez el precio no solo parecía razonable, sino una ganga. Nunca se vio el bueno de Alonso en tesitura similar… Ni se volvería a ver jamás.

— ¿Por qué? — Nadia no lo vería jamás, pero el rostro del detective sostenía un cómico gesto de incredulidad.

— Porque es lo que deseo ahora mismo.

Alonso sopesó, estudió con su mirada a la chica. Era demasiado guapa como para estar pidiendo tal cosa.

— ¿Dónde está el truco? — preguntó el detective. — ¿Un beso, así de fácil?

— ¿Has amado a alguien alguna vez? — Nadia respondió con otra pregunta.

Laura.

— Alguna vez... O al menos eso creo.

— Entonces cierra los ojos, trata de sentir lo que sentías con esa persona, lo que te removía por dentro cuando la tenías, cuando la abrazabas… y bésame.

Lo hizo, sus párpados cayeron como un telón. En su mente, la escena pasó de las absolutas tinieblas a la luz más radiante. Pensó en detalles, en esas pequeñas cosas que una vez tuvo y se evaporaron, en el día a día de los años felices. Una refrescante playa, un valle en su época de máximo esplendor, un rincón de una ciudad perdida. El roce de una cálida y suave mano, el olor a fruta que despedían sus cabellos… El esponjoso ardor de unos labios que se funden, la suave y húmeda caricia que hace vibrar cada rincón del cuerpo y el alma.

Después solo quedó el silencio. Miradas perdidas y alientos contenidos. ¿Cuánto tiempo pasó?, probablemente no mucho, si bien las ruedas del amor perdido suelen girar lentamente.

— Julia me habló una vez de un lugar, — al fin Nadia rompió el silencio — un sitio al que le gustaba ir cuando quería aislarse del mundo, alejarse de todo y todos. Ella me lo describió como su "refugio secreto", allí dónde podía sentirse a salvo de la vida. Una vez estuve allí, antes de que ser castigada con esto… — Nadia señaló sus ojos — El escondrijo perfecto, una nave desolada en las afueras, antiguo almacén de una compañía de mermelada, un "remanso de paz", como vosotros lo llamáis. Deseo con toda mi alma que ella triunfara donde yo fracasé, que pudiera ponerse a salvo antes de que… — la pelirroja no pudo evitar que un par de lágrimas surcaran sus mejillas.

Alonso, absorto, tocado por aquellas palabras, la abrazó.

— ¿Ellos te hicieron esto?

Nadia no respondió, en su lugar apretó aún más fuerte. Se aferró a aquel insignificante momento con un perfecto desconocido como si fuera lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

— ¿Por qué? ¿Qué pudiste hacer para que…?

— Prométeme que llevarás cuidado. — Dijo ella al fin — Vigila

bien tu espalda en todo momento, ahora te conocen, estás en su juego... Esta gente no se limita a matarte, eso sería demasiado fácil, demasiado rápido. Julia está ahí fuera esperando a que la encuentren, como todos. Prométeme que si la encuentras la pondrás a salvo.

— Tienes mi palabra.

— Suerte.

Nadia sujetó durante un instante el magullado rostro de Alonso, sonrió, lo soltó y giró sobre sus talones. Mientras se alejaba bamboleando su bastón en el aire hacia la oscuridad el detective deseó que ningún matón de ese tal "Serbio" la viera entrar a hurtadillas. Deseó también que la vida le concediese para sí la misma gracia que ella emanaba hacia los demás. Que encontrase la paz en aquel mundo de bestias salvajes.

Antes de entrar al coche sacó su paquete de cigarrillos y puso uno entre sus labios. Lo encendió y dio una potente calada, su penetrante calor le confortó. Nadia se perdió para siempre en el negro horizonte. Sin saber muy bien porqué, sentía una mezcla de melancolía y entusiasmo, de derrota y de victoria. A pesar de todo se sentía triunfante en aquella amarga noche, no en vano la sangre se corta, las heridas físicas cicatrizan, y, con el tiempo, también las otras. Tenía una pista, una gran pista que nadie más había sido capaz de conseguir, y había conocido a una mujer por que bien podrían a volver a arder mil naves en Troya. Un ángel terreno, con sus taras y miserias, con su dolor y su luz.

Pero al fin y al cabo un ángel dañado no deja de ser un ángel.

10 - En el ring.

Una vez un colega le dijo a Alonso que no había nada más triste que un centro comercial en domingo. Samuel le expresó irónicamente sus serias dudas, hablando de esas cosas sobrevaloradas como la guerra o el hambre en el mundo. El colega le mandó amistosamente a la mierda. En el fondo sabía a qué se refería ese tío: esos espacios mastodónticos vacíos, las persianas de la mayoría de las tiendas echadas, las luces atenuadas, el eco progresivo. Una sensación de mini apocalipsis, un lugar ideado y construido para estar abarrotado y en el que apenas se podía ver un alma.

En una pequeña mesa de una célebre franquicia de comida rápida, Samuel Alonso y Luís, su sobrino de trece años, pelo espeso y rizado, cara de ratón adornada con unas grandes gafas de moda retro, vestido con chaqueta verde con capucha y vaqueros, devoraban una hamburguesa doble con queso, patatas y refresco light. Había que cuidar la figura.

— Ya te he dicho que no es nada. Mi trabajo a veces es así, es,… complicado. — explicaba Alonso, cuyo rostro se encontraba sensiblemente mejor, una tirita en la ceja derecha y un pequeño hematoma en el pómulo del mismo lado testimoniaban la "juerga" de la pasada noche. — No siempre te topas con buena gente, personas amables y dispuestas a colaborar en casos de investigación. Ya sabes, hay mucho chungo por ahí.

Luís colocaba bien con su dedo índice sus gafas de pasta y absorbía con fuerza de la pajita de su refresco tamaño súper.

— Además, y ya sé que suena a tópico, pero deberías ver al otro… — Alonso guiñó un ojo cómplice — O mejor, consulta cuando puedas en internet las necrológicas de hoy, a ver qué te encuentras, listillo.

— ¡Qué exagerado! — Luís no pudo evitar reír — Casi haces que me suba la Coca—Cola por la nariz…

— Eso es bueno, despeja que da gusto.

Ambos rieron y prosiguieron con su comida dominguera. A pesar de que Samuel era tildado de fracasado por gran parte de la familia y amigos, generaba para Luis una fascinación y admiración fuera de toda duda. Era su tío el detective, el raro, el que podía aparecer de buenas a primeras con la cara partida, testificar en un juicio contra los cabecillas del clan mafioso o resolver los más intrincados crímenes del asesino en serie de turno… O al menos eso quería

creer Luis.

— No le digas nada de esto a tu madre, ¿eh? — Alonso se señaló las heridas de la cara — No quiero que la preocupes por nada. Ya ves que estoy perfectamente, esto solo son gajes del oficio. En un par de días ni se notarán.

— Está bien, tito, no le diré nada… — Luís hizo una pausa — Mis labios estarán sellados si me respondes a una pregunta…

— Ya estamos. — Alonso dio un bocado a su hamburguesa, la siguiente frase la diría con a boca llena — Venga, dispara.

— Tú… ¿Has, has matado alguna vez a alguien? — preguntó con ciertas reservas. — ¿Te has cargado a algún tío, algún malo…?

— ¿Matar? No Luis, yo…, yo ni siquiera llevo armas, — se abrió un momento la chaqueta del traje — ¿Ves? Lo máximo que encontrarás si me registras es un mechero y un boli… ¿Objetos con los que se puede matar a alguien? Supongo que sí, pero no debe de resultar fácil. Así que ya ves.

El rostro de Luis parecía sufrir cierto alivio aderezado de cierta desilusión.

— Ya… ¿y si algún día pudieras necesitarla? No sé, una típica pistola, un revólver de esos de las películas, ¿ni siquiera tienes licencia? — prosiguió hurgando en el tema el chaval.

— ¿Y qué te parece esto? — Tap, tap, Alonso dio un par de toquecitos en su sien con el dedo índice. — Cabeza. Ca-be-za. Que te quede claro, esta y no otra es la mejor y más letal arma de la humanidad. Usando el cerebro no tendrás nunca que apretar un gatillo.

Luis volvió a sorber de la pajita de su refresco, ya prácticamente lo había acabado, al igual que su menú. Simuló bastante bien que no estaba impresionado.

— ¿Alguna chorrada más que preguntar, señor Mágnum 44?

— Mmm… pues en realidad sí.

— Vaya por Dios.

— Je. En casa nos preguntamos por qué no vienes a vivir con nosotros… — aquello le producía cierta timidez al muchacho — No solo yo, mamá también lo dice... Hay espacio de sobra y creemos que estarías mejor que viviendo en un despacho.

Alonso suspiró. Tarde o temprano, indistintamente del cariz que tuviera la conversación, siempre acaba saliendo la misma pregunta incómoda. En su fuero interno sabía que aquella era la opción más lógica, la mejor, pero no la que necesitaba en aquel momento.

— Ya te lo he dicho varias veces, Luís, yo necesito mi intimidad. — Alonso dibujó media sonrisa para suavizar su negativa —

Agradezco mucho vuestro ofrecimiento, de verdad, sería guay volver, créeme, os echo de menos y todo eso, pero ahora mismo necesito estar solo. Necesito mi espacio, y vosotros el vuestro. Además, ya me he acostumbrado a dormir hecho un cuatro en el viejo sofá.

Luís asintió sin mirarle a la cara, tan solo estaba medio convencido. Alonso odiaba hacer sentir así al chiquillo. Estaba claro que no lo merecía, pero en este asunto debía ser algo egoísta. Se trataba de su vida, de su intimidad y sus cosas.

La comida había acabado. Usaron unas servilletas para limpiarse los restos de kétchup y demás de las manos y acto seguido se levantaron y dejaron sus bandejas en el carrito más cercano.

— ¿Vamos al cine? — Inquirió Luis mirando la entrada de una multisala de cines que había al fondo— Creo que anteayer se estrenaron un par de pelis de esas que te molan… De tiros y eso. Sale La Roca.

— ¿Ah sí? — Alonso negó con la cabeza — Qué mala suerte. El caso es que ahora no me viene muy bien, "debo seguir una pista primordial de mi importante caso" — esa última frase la dijo agravando adrede su voz, lo cual pintó una sonrisa en el rostro de su sobrino — Lo podemos dejar para la semana que viene, ¿eh? Compraré hasta palomitas, de las grandes y un montón de chucherías y guarrerías varias. Con eso te lo digo todo…

— Vale, pero luego no digas que están muy caras. — aceptó Luís.

No, no lo diría. Alonso pasó su mano por la cabeza del sobrino, despeinándolo.

Tío y sobrino abandonaron el centro comercial y se dirigieron al parking al aire libre, fila ocho, ahí estaba la joya automovilística de Samuel.

— Y, ¿a dónde tienes que ir? — Preguntó Luis, ávido de conocimiento. — Si se puede saber…

— Vaya, hoy estás un poco preguntón. — cigarrillo a la boca, fuego, aspiración. —No muy lejos de aquí, la verdad, es un sitio asqueroso que debo comprobar… Y antes de que me lo preguntes, no, no puedes venir. Ni de broma.

— Pero…

— Pero nada, ¿ves mi ojo?, ¿y esta costrilla del labio? Pues esto no es nada comparado con lo que me haría tu madre si se enterara de que te llevo conmigo a ese tugurio…

— No tiene porqué enterarse, le diremos que estábamos en el cine y…

— Compréndelo Luis, esto no es negociable, — el tito se estaba poniendo serio — El lugar al que voy no es apropiado para niños…

"Quizás tampoco lo sea para mí", pensó.

— Es lo que hay. — Prosiguió — Cuando tengas un par de años más y crezcas unos cuantos centímetros te contratare de guardaespaldas. — Alonso miró a su sobrino de arriba abajo sonriendo — Eso sí, ya puedes ir apuntándote a un gimnasio porque estás hecho un tirillas.

— ¿Un tirillas? Eso no me lo dices en la calle…

— ¿Ah no? ¿Y dónde estamos ahora mismo, eh Einstein? — Alonso tiró al suelo el cigarrillo y se puso en guardia.

El desafío había sido lanzado. Como si el casi vacío parking se tratara de un enorme ring, Alonso y Luís adoptaron postura de púgiles, rodillas flexionadas y puños en alto. Bailaron uno alrededor del otro, amagando derechazos, golpeando de broma, pasándolo en grande.

Resultaba irónico, pero el combate real no había comenzado aún.

11 - Nexo.

El sol era tan brillante que su reflejo en la carretera la convertía casi en un camino de fuego para el ojo humano. Se trataba de otro de esos intervalos soleados de la semana más lluviosa de lo que iba de año. Alonso no estaba seguro de la dirección exacta de esa antigua fábrica de conservas. Nadia le había dado una vaga descripción, pero pasada la ciudad todo le parecía lo mismo. Nada y más nada. Mientras conducía no podía quitarse de la cabeza ni a Julia ni a Nadia. Trató de meterse en la piel de ambas, pensar con su lógica, sentir lo que sería meterse de lleno en el oscuro mundo que las maltrataba. No entendía como se podía llegar a ese extremo…, o quizás sí. La desesperación, la necesidad, la mala suerte, factores todos que bien podían aliarse con el firme propósito de joderte la vida. Él sabía muy bien que solo había una cosa peor que vivir con miedo: vivir con dolor. El dolor de una pérdida, el dolor de un cambio, el dolor de ser abandonado. Y mucho peor a aquellos niveles, drogas, mafias, violencia. Se preguntaba cual era el límite, cuánto podía aguantar una persona sin estallar en determinadas circunstancias. A lo mejor eso fue lo que le pasó a Julia, que no aguantó más, se adentró tanto y tanto en el laberinto que la única forma de hallar una salida era reventando los muros. Y cuando lo hizo tuvo que atenerse a las consecuencias. Sin olvidar unos posibles problemas mentales que podrían derivar de ese tipo de traumas. En ese y no en otro caso pegaba que alguien pudiera vivir en una ruinosa fábrica de los años sesenta. O esa era la lógica de Alonso. Al fin y al cabo tampoco era nada fácil ponerse en la piel de otros.

No sabía si quería encontrarla en cualquier circunstancia. Hay cosas que prefería no ver, aunque sí saber. Conforme se alejaba más y más le llegaba a la mente la imagen de un ermitaño, viviendo alejado del mundo, cazando zorros o pajaricos para comer y malviviendo entre unos húmedos muros a medio derruir. Aunque también existía la probabilidad de que encontrara una comunidad idílica en medio del campo, una vida natural, una experiencia bucólica con huerto y animales de granja. Si había algo que le mataba era la incertidumbre, un caso inconcluso, un misterio sin resolución. Debía hacer de tripas corazón, prepararse para todo, incluso para lo peor. Era la máxima de la vida, la gente vive, la gente muere, la inmortalidad tan solo es un concepto.

Una banderola blanca con el célebre símbolo okupa grafiteado

colgada en la fachada de uno de esos ruinosos edificios le sacó de toda duda. La zona gozaba de una amplia y poco arreglada zona de aparcamiento, al menos cien metros cuadrados de maleza y malas hierbas mezcladas con cristales rotos y restos de escombros. Salvo por la banderola, la sensación general era que la única vida que se podría encontrar allí serían un par de saltamontes y alguna culebra.

El complejo estaba constituido por un edificio principal de tres pisos cuya fachada se hallaba salpicada de grafitis y zonas en las que el enlucido derruido dejaba el ladrillo al desnudo, y una especie de chabola adosada construida con materiales de aquí y de allá semioculta por un par de árboles.

Samuel Alonso se dirigió a la fachada principal donde se encontraban dos grandes ventanales enrejados y una gran puerta de acero oxidado y cristal opaco. No tuvo que acercarse demasiado para comprobar que se hallaba cerrada con cadena y candado. La sensación era de total y absoluto abandono. Ni un ruido, ni la más mínima señal de vida. Iba a llamar a la puerta, pero entonces pensó que quizás fuese mejor idea ir a la parte de atrás, a la cutre casita, y husmear un poco por allí.

Así lo hizo. De cerca pudo ver que en realidad aquello no era una casita, sino varias de ellas. Una suerte de minifavelas construidas a base de ladrillo, placas de aluminio y uralita tras un muro encalado de blanco. Por supuesto allí no había timbre, ni siquiera había una puerta al uso, únicamente un umbral cerrado con una persiana de acero, probablemente de algún antiguo garaje. Todo muy acogedor.

Llegado a ese punto, Alonso tenía tres opciones: opción número uno, golpear con el puño en la persiana y esperar que apareciese alguien; opción dos, saltar como pudiera el muro y adentrarse en el "complejo"; y opción número tres, irse por donde había venido. De las tres la última era la única inútil, mientras que la uno era la civilizada y la dos la arriesgada. Y ya se sabe, lo dijo el mismísimo Alejandro Magno: la suerte es de los audaces.

Pensando que de esa manera tendría más posibilidades de encontrar a la chica, y de que a nadie le diera tiempo a ocultarla o quién sabe si algo peor, el detective aprovechó un pedrusco del suelo para encaramarse en el muro y, con cierto esfuerzo, conseguir treparlo y saltar adentro.

La cautela debía ser su mayor aliada. Pisando con tiento, y con los ojos bien abiertos, Alonso fue internándose despacio en aquel extraño y cuasi apocalíptico lugar que asemejaba un patio de una casa de campo abandonada tanto por sus dueños como por el

tiempo. Tierra y rastrojos, cardos y otras matujas silvestres decoraban el lugar. Entonces encontró otra señal de vida: una motocicleta algo antigua, pero en buen estado, oculta bajo una polvorienta lona azul. Ahí estaba su nexo de unión con el mundo real. Ya no había duda alguna, en aquel lugar había gente, puede que Julia, puede que no, pero sin duda se encontraría con alguien.

Extremando la precaución, Alonso siguió avanzando. Unos metros más adelante pudo ver una ventana abierta. Se aproximó andando a gachas, se colocó justo bajo la obertura y con calma, mucha calma, se fue levantando para asomarse y ver qué ocurría en su interior. La escena no podía ser más desoladora: tres jóvenes desarrapados, entre ellos dos chicas y un chico, mal dormían sobre unos cuestionables colchones sin sábanas. Las paredes estaban desconchadas, sobre una mesa cuadrada de madera había un montón de revistas viejas y unas velas apagadas, en un rincón un par de garrafas con agua. No tuvo mucho tiempo más para analizar. Cuando hubo asomado toda la cabeza por la ventana, un listón de madera accionado por un cuarto inquilino le dio una fuerte y dolorosa bienvenida.

12 - Ilegal.

La oscuridad dio paso a la cegadora luz; la cegadora luz dio a su vez paso a un terrible dolor de cabeza. La claridad fue dibujando una silueta frente a Alonso, una silueta alta y delgada que se iba materializando en un tipo tan extraño como estropeado. Una cabecita pequeña rapada al uno y un rostro de rasgos ciertamente exagerados: grandes ojos azules, nariz aguileña, gruesos labios hinchados y mentón prominente. Amén de un par de cicatrices aún frescas que surcaban sus pómulos y unas serie de pendientes de aro que bordeaban sus orejas. Iba ataviado con sudadera gris de una conocida marca deportiva, pantalones de camuflaje y botas militares, aunque lo más curioso era su agudo y roto tono de voz.

— ¿Estás bien? — preguntó acercándose vacilante hacia Alonso, que se encontraba en el suelo apoyado contra la pared, con una bolsa con hielo en la mano.

— Estaba mejor hace un momento…, igual necesito la opinión de un experto. —respondió Alonso alargando su mano para coger el hielo, en el leve contacto entre manos pudo advertir que aquel chico tenía unas manos realmente suaves. — ¿Es que estamos en temporada de atizar al primero que llega o qué?

— ¿Le duele mucho? — preguntó otro joven que se encontraba detrás, armado con el listón de madera, que llevaba el pelo largo atado en una coleta y vestía una camiseta de imitación de la NBA y pantalón de chándal azul marino.

— Nah. Solo cuando parpadeo. — respondió el detective, quien se aplicó el hielo en su ojo hinchado.

— Eso le pasa por entrar a una propiedad privada sin llamar, ¿no será un polizonte? — inquirió el del listón.

— ¿Un polizonte? No me digáis que el golpe me ha transportado 60 años atrás en el tiempo… — dijo Alonso.

— Si quieres te devuelvo a tu Era de otro estacazo. — amenazó el de la madera.

— Vale, vale. — Alonso extendió la palma de su mano en símbolo de paz. — No seas tan susceptible. No soy ningún polizonte, ni madero, ni pitufo, ni de la bofia, ni nada de nada. Si lo fuese ya estarías camino de comisaría, ¿no te parece? En realidad soy detective privado, me ha contratado la familia de una chica que lleva unos meses desaparecida… — Alonso se echó la mano al interior de la chaqueta y sacó la foto de Julia — Se llama Julia Castro. Ciertas pistas me han traído hasta aquí.

El joven de las cicatrices y pantalones de camuflaje se inclinó y tomó la fotografía. Durante unos instantes se quedó mirándola fijamente, hipnotizado, hechizado. Alonso creyó advertir cierto sentimiento, cierta emoción acuosa en los ojos de aquel muchacho. Pero aquello solo duró un suspiro.

— Puedes irte, Toni, yo me encargo. — dijo mientras devolvía la fotografía a un Alonso que, tambaleándose, se ponía en pie.

— ¿Estás seguro, jefe? — el de la madera sujetaba el listón como si de un bate de beisbol se tratara.

— Sí. — el joven de las cicatrices acarició su propio pescuezo.

— Hasta luego, Canseco. — se despido Alonso.

— Que te den. — fue la respuesta de Toni antes de abandonar la habitación.

El hielo había hecho su trabajo, el aturdimiento iba desapareciendo, los vagos contornos de cuanto le rodeaban se iban consolidando a cada nuevo parpadeo. Una habitación blanca, sosa, pobremente decorada con un antiguo reloj de pared de madera y un calendario que aún seguía en la hoja de octubre, amueblada con una mesa abarrotada de libros y papeles echa a partir de un tablón de madera lacado de blanco y dos caballetes con un par de sillas bajo ella. Por la vista que se dejaba entrever por la pequeña ventana debían encontrarse en el piso más alto. Alonso pensó que, si acaso alguno de sus inquilinos estudiaba o trabajaba (cosa que dudaba horrores), aquella estancia bien podría tratarse de un estudio. O si había niños (circunstancia que por el bien de los mismos no deseaba para nada) podría ser el lugar donde hicieran los deberes. O a lo mejor solo era una habitación húmeda y aislada donde poder estar solo.

— Encantadora choza, — ironizó Alonso con renovada estabilidad — ¿Herencia familiar?

— No. Movimiento de liberación okupa. — respondió el joven, algo gesticulante con sus manos— Esta nave lleva décadas abandonada, olvidada en medio de la nada. Nosotros le hemos vuelto a dar vida, la hemos restaurado y acondicionado para que vuelva a ser de utilidad…

— Ilegalmente, claro.

— Esa es tu forma de ver las cosas, nosotros no creemos en esa legalidad de la que tú hablas. No elegimos nada, ni las leyes, ni el sistema. ¿Acaso es preferible que un edificio críe polvo y pulgas en lugar de dar cobijo a una familia que vive en la calle solo porque es ilegal? — al pronunciar la última palabra hizo el símbolo de las comillas con sus dedos. — Mira las noticias cada día, lee la prensa,

da igual el color o la orientación política, ¿es que son mejores esos personajes de renombre que las protagonizan mientras se embolsan millones y millones de forma, como tú dices, legal? Para nosotros esa legalidad no cuenta, hacemos lo que hacemos porque tenemos que hacerlo, tenemos derecho a la vida y a salir adelante como los demás… Aunque lo tengamos mucho más difícil.

— Vaya, cuando me levanté esta mañana no imaginaba que iba a recibir una clase magistral de historia del presente. — Alonso fue a echar mano del paquete de tabaco que normalmente llevaba en el bolsillo interior de su abrigo — Hablando de fatalidades, me he quedado sin tabaco…

El joven hundió sus manos en los bolsillos de su pantalón, sacando del derecho un arrugado paquete que acto seguido lanzó al detective. Éste, tras atraparlo al vuelo, extrajo del mismo un peculiar cigarrillo con el reborde del filtro dorado.

— Quédate con el paquete, tienes pinta de necesitarlo más que yo…

— Eso no te lo voy a negar… Gracias. — Alonso se puso el pitillo en la boca, lo encendió y dio una buena calada — Muy bueno.

— No apruebas mi estilo de vida pero sí mi tabaco. Algo es algo.

— No te lo tomes como algo personal, supongo que siempre he sido un burguesito exquisito… — Alonso guardó el paquete mientras el humo formaba una cortina alrededor de su rostro. — Al menos hasta hace un tiempo. La crisis nos afecta a todos, o a casi todos, y es lícito que cada cual haga lo que tenga que hacer para sacar la cabeza. Yo no me meto en eso, la cosa es que este lugar parece más un refugio que un hogar. Es como si al estar aquí os escondierais del mundo... Del mundo o del cobrador del frac.

— Muy gracioso, a lo mejor es que estamos hartos de la polución de la ciudad, de la gente gastando y gastando en abarrotados centros, del ruido y el cielo carente de estrellas.

— Reconozco que eso te ha quedado muy poético, si en lugar de una fábrica cochambrosa nos encontrásemos en una acogedora villa en el campo hasta me vendría a vivir con vosotros.

El joven sonreía mientras acariciaba el lóbulo de su oreja derecha con la yema de los dedos.

— ¿La ironía es tu mecanismo de defensa? — preguntó.

— En realidad es algo así como mi forma de vida. — respondió el detective.

— No me digas que te va bien con eso…

— Psé, tengo mis días. A la gente relacionada con Julia Castro

no parece hacerle mucha gracia, de ahí mi… maquillaje.

El joven de las cicatrices deambulaba con cierto nerviosismo por la habitación, apoyándose en la mesa, retirando el polvo de la cubierta de algunos libros. Alonso se fijó en una pila de cuartillas que había sobre la mesa en las que se podía leer: “MARCHA NO MÁS DESAHUCIOS. 19 DE NOVIEMBRE”

— No es gente con la que ir a echar unas risas, precisamente… —convino el joven.

— ¿Lo tuyo también se debe a su extrema amabilidad? — preguntó Alonso señalándole con el dedo hacia su cara.

— ¿Esto? No, no, qué va. Fue un accidente de moto… — carraspeó, aclaró su garganta— Tuvieron que reconstruir alguna parte. Afortunadamente no he tenido nada que ver nunca con la gente de la que hablas.

— Entonces, ¿qué sabes de ellos? — atajó Alonso, al fin el tema principal de su visita se iba encauzando.

— Lo que me contaba Julia cuando vivía aquí. —el joven seguía jugando con su oreja. — Ni más ni menos.

Alonso abrió sus ojos de hito en hito.

— ¿Cuándo vivía?, vamos tío, sé de buena tinta que aún se encuentra aquí. — Dijo Alonso con cierta brusquedad — Es el lugar perfecto para alguien que huye… de lo que sea que esté huyendo.

— Libre eres de dar una vuelta por donde te plazca — dijo el joven a la vez que extendía sus delgados brazos — Registra cada habitación si quieres, yo mismo te acompañaré.

— Está bien, dejemos eso para después. ¿Cuánto tiempo estuvo viviendo aquí?

— Alrededor de unos tres o cuatro meses.

— ¿Por qué se fue?

— Julia nos contaba ciertas cosas…, — hizo una pausa, chascó de nuevo su lengua — cosas fuertes, la verdad.

— ¿Cómo qué?

— Pues ya sabes… palizas, torturas… — el joven se rascaba la parte trasera de la cabeza — Algunas las veía, otras se las contaban otras chicas. No sé, yo creo que Julia estaba traumatizada. Supongo que como todo ser humano necesitaba desahogarse, y por eso nos contaba estas cosas, pero vamos, no creas que soy su confidente o su mejor amigo. Quiero decir que hay mucho misterio en torno a esta chica… Imagino que ya sabrá que sus compañías no eran las mejores del mundo, que estaba enganchada a la heroína, que hacía ciertos trabajitos para una banda de yugoslavos o rumanos…

— Serbios.

— Lo que sean.

— ¿Y qué fue lo que pasó para decidiera dejarlo todo y venirse aquí, al culo del mundo, quizás les robó? — Alonso no dejaba de escrutar al joven, diríase que tenía el baile de San Vito.

— ¿Robarles? No lo creo… Ellos le pagaban muy pero que muy bien, así que me extraña que fuese un problema de dinero.

— Bueno, el dinero llama al dinero, la gente se vuelve más ambiciosa. — Señaló Alonso — Ya sabes, cuánto más tenemos, más queremos.

El joven negaba con la cabeza, parecía bien convencido de lo que decía.

— Si tuviera que apostar, yo diría que vio algo o a alguien que no debía ver… — el joven tosió, su voz se volvía más ronca por momentos — La pillaron y se acojonó. Le pidieron cuentas y entonces desapareció.

— ¿Cómo has llegado a esa conclusión? — inquirió Alonso.

— No es una conclusión, es solo una hipótesis. — El joven clavó sus enormes ojos en Alonso — Lo único de lo que estamos seguros es de que ella era feliz aquí, muy feliz. A menudo decía que era el lugar en el que mejor había estado en su vida, el hogar que sentía como suyo. Nosotros éramos su familia, así nos trataba, así vivíamos. — el joven se detuvo unos segundos, se dio la vuelta, aspiró y se llevó la mano momentáneamente a la nariz — La única explicación posible a que se marchara sin decir nada es esa… Su vida estaba en peligro y trató de protegernos. No quería que nada nos salpicara.

— Entiendo. — Alonso se aproximó al joven, apagó el cigarrillo en un cenicero de cerámica que había sobre la atestada mesa — Si tan malas sensaciones tienes imagino que habrás barajado también la posibilidad de que Julia…, bueno, eh…

A esa distancia el rostro del joven parecía otro. Sus grandes ojos parpadearon espasmódicamente, sus surcadas mejillas parecieron sonrojarse durante un instante.

— Dime, ¿por qué quieres encontrar a Julia? Y por favor, ahórrate el discursito del profesional abnegado. El hecho de que hayas llegado hasta aquí, hasta mí, además de las heridas y el poema que recita tu cara, me dicen que ya sabes de sobra que te estás metiendo en un asunto de los más serio… — otro chasquido — Un asunto del que cuanto más cerca estás menos seguro te encuentras.

— Bueno, ehm, no sé… Aunque si mi cara es un poema la tuya es una oda monumental. — Dijo Alonso fijándose en el carnoso

mentón de su interlocutor — A lo mejor es que simplemente quiero salvarla… Imagina que existe una fuerza que me impulsa a seguir adelante, a meterme de cabeza en este berenjenal a sabiendas de que es peligroso, a arrastrarme por el barro si es necesario para dar con ella… No conozco la razón exacta, pero algo muy adentro me dice que esa chica merece ser encontrada.

— Uhm, ya veo, ya. — el joven deambuló por la habitación, grácil, inquietante — Tal y como yo lo veo se podría decir que vas a ciegas, cuesta abajo y sin frenos. ¿De verdad quieres que te ayude a pisar el acelerador? Aún estás a tiempo de tirar del freno de mano y saltar del coche…

Alonso advirtió fuego en los apasionados ojos que acompañaban a esas palabras. Podía sentir como sus entrañas ardían ávidas de conocimiento. Se veía cada vez más cerca de su objetivo.

— Preocúpate más por ella y menos por mí. Al fin y al cabo solo soy un pijo subyugado por la legalidad. O algo así.

El detective, confiado, guiñó cómplice su ojo derecho y sonrió.

— Tuya es la decisión. Ve a Cartagena, al casco antiguo, y busca un comedor social que se llama “Los desamparados”. Ese fue el último lugar en el que estuvo Julia antes de desaparecer… Sea lo que fuere que sucedió, ocurrió allí.

Alonso y el joven al que llamaban jefe se midieron con la mirada durante unos silenciosos instantes. El detective no podía evitar pensar que ya estaban de nuevo enviándolo a otro lugar, como un boomerang que es lanzado hacia todas partes pero que, al final, siempre vuelve al mismo punto.

— Gracias, lo investigaré. De todas formas me gustaría que te pusieras en contacto conmigo si Julia vuelve a aparecer. — Alonso sacó una tarjeta de su abrigo y extendió la mano hacia el joven. — Ahí tienes mi número privado, estoy las 24 horas del día. Para cualquier cosa que se te ocurra o recuerdes no dudes en llamarme.

— ¿Está ligando conmigo, detective? — dijo el joven con tono burlón mientras sujetaba con una mano la elegante tarjeta negra con letras grises de la Agencia Aloser y con la otra manoseaba los dorados pendientes de una de sus orejas.

— Tranquilo, jefe, este truco solo suele funcionar con chicas guapas.

13 - Hogar.

El regreso a casa fue tan frío como cabía esperar. No recibió saludo alguno del sofá, ni de la alfombra, ni la mesa. Las paredes no le contaron ninguna historia acerca de cómo les había ido el día. El sofá no le abrazó y la manta no le ofreció el tipo de calor que él necesitaba.

Comenzó a atacarle el síndrome del domingo por la tarde. Ese estado de profunda tristeza y melancolía que invade a más de uno al saber que el fin de semana se acaba y que, de nuevo el lunes, como un bucle infinito, comienza la misma historia de cada semana una y otra vez. La cuestión era que a Alonso le daba igual que fuera domingo que martes que jueves. Su estado natural en aquellas cuatro paredes era ese: pura tristeza, pura soledad. Unas sensaciones que sentía que merecía, que se había ganado a pulso con las acciones y decisiones que había ido tomando en su vida, pero que no por eso le golpeaban con menor fuerza.

Su vida doméstica era silencio, oscuridad y soledad. A ello contribuía su obcecación a vivir en el despacho, medio porque no tenía dinero para mucho más, medio porque buscaba ese aislamiento, ese castigo que le apartaba adrede de la sociedad.

En aquel nido de ratas, como lo llamaba cariñosamente Luís, no había mucho que hacer salvo pensar y dormir. Pensar y dormir. Por no haber ni había ni televisión, vale que no pegaba un aparato de T.V. en un despacho de una agencia de investigación, pero se echó mucho de menos cuando ese lugar pasó a ser también algo parecido a un hogar. Así que sin compañía, sin sueño y sin demencial entretenimiento televisivo, Alonso optó por buscar un antiguo transmisor a pilas que sabía que guardaba en uno de los cajones del escritorio. Se hundió con él en el sofá y giró el botón redondo grande hacia la derecha hasta que un chasquido fue seguido de un estridente sonido de estática. Bajó el volumen en otro botón de rosca más pequeño y deslizó el dedo índice por el botón lateral en busca de una emisora que mereciera la pena. Música pop, música clásica, Dios te salve María, fútbol y más fútbol. Alonso se detuvo en un par de voces que debatían acerca de la escalada de delitos que sacudía nuestros días. Hablaban sobre el progresivo empobrecimiento del país, en el hambre que ya afectaba a un cada vez mayor porcentaje de la población, y en las desesperadas soluciones que muchos hallaban para paliar ese mal. Al parecer los robos en domicilios se habían incrementado en un 30% en el último

mes. Robos en su mayoría sin violencia, ladrones fingiendo ser instaladores de gas o electricistas, falsos vendedores e incluso falsos conocidos que se adentraban en las casas de los más ancianos. Los datos eran incontestables: la crisis económica influía también en las fluctuaciones de la delincuencia.

Mientras escuchaba éstos y otros disparates, en algún punto entre las maravillosas soluciones de unos y el pesimismo aplastante de otros, Alonso se quedó dormido.

Cuando despertó en medio de la pesada oscuridad las pilas del transmisor que se apoyaba en su regazo se habían agotado y él no recordaba con claridad el sueño que acababa de tener. Tenía aquella sensación de que allí estaba mejor que aquí. Se esforzó por recuperarlo, pues parecía que le hacía muy feliz. Creía estar con alguien, puede que una chica, quizás con Laura. La esencia era la de ella, aunque el físico no parecía muy claro. En aquellos momentos era una imagen borrosa. Una imagen distorsionada acompañada de una sensación de paz. Trató de concentrarse para volver a sumirse en aquel mundo en el que nada tenía importancia.

Volvió a cerrar los ojos. Desafortunadamente ese sueño había pasado de largo.

14 - Mala suerte.

El incesante goteo en la persiana marcaba el ritmo de aquella gris mañana. Al sol se le habían pegado las sábanas, ese día prefería quedarse oculto en las esponjosas sombras de la bruma.

Como hechizado por su propio reflejo, Samuel Alonso permanecía impertérrito frente al espejo de su claustrofóbico cuarto de baño. Su rostro, húmedo y con restos de espuma de afeitar, presentaba una menor inflamación aunque sí una mayor demacración respecto al día anterior. Aquella noche apenas había logrado encadenar más de dos sueños seguidos, en realidad inconexas pesadillas de búsqueda y pérdida, recuerdos dolorosos de un pasado no tan remoto que se entremezclaban con el caso que consumía cada segundo de sus pensamientos. Estaba jodido y lo sabía, cuando más cerca se creía hallar del rastro de Julia el destino le enviaba a otro lugar, a otras personas, como si las ya entrevistadas se quisieran quitar el muerto de encima haciéndole ir a un lugar más lejano cada vez.

Se puso la última camisa planchada que le quedaba, sus pantalones chinos negros y se calzó los mocasines de ante. Antes de salir se enfundó su abrigó negro, conectó la alarma y cerró la puerta de su oficina—hogar con doble vuelta de llave. Mientras llegaba al coche, aparcado un par de calles más atrás (maldecía que en la suya nunca hubiera sitio libre) apostaba consigo mismo si el depósito tendría gasolina suficiente para ir a Cartagena, duda que quedó despejada con cierta satisfacción al comprobar que la aguja del mismo se encontraba más arriba de la mitad. Hecho insólito que únicamente evidenciaba lo poco que cogía el coche últimamente.

Arrancó, metió primera y el coche comenzó a andar. Pronto, para su disgusto, tuvo que darle al limpiaparabrisas. Para cualquier murciano que se precie conducir con lluvia constituye un hándicap de los de mayor escala. Tierra conocida por sus numerosísimos días de sol y poca cota de lluvia, no pocos son los que se ponen extremadamente nerviosos con el elemento agua, como si por unas gotitas olvidaran como se debe circular.

La salida a la autovía fue más lenta que de costumbre (encima eran casi las nueve de la mañana, hora punta), siendo también mayor la torpeza de los conductores, las malas maniobras y los adelantamientos a destiempo. Todo un gran día para salir de excursión, pensó Alonso. Mal diablo me lleve.

A medio camino el tráfico pasó de denso a fluido, la lluvia de

copiosa a chispeo. A tres cuartos la compañía se redujo drásticamente, y en lugar de lluvia era una densa niebla la que acompañaba al viejo Opel Kadett. Dueño de la carretera, Alonso sintió como una irracional prisa le empujaba a pisar a fondo el acelerador. A su alrededor todo era atmósfera blanquecina, una asfixiante boria más propia de los páramos de Escocia que del campo de Cartagena. El coche seguía acelerándose más y más. Ciento treinta y cinco, ciento cuarenta, Samuel ignoraba que su antigua tartana pudiera alcanzar tan elevada cifra. Estaba flipado, pisó hasta el fondo. Encerrado en su cubo metálico sentía como si volara entre las nubes, el mundo que conocía había desaparecido, solo estaban la niebla y él.

Lo que pasó a continuación ocurrió tan deprisa que el detective apenas tuvo la sensación de haberlo vivido.

Un golpe sordo y una ráfaga de sangre sobre la luna delantera le sacaron de golpe de su aletargada fantasía.

Reaccionó bien, un suave frenazo, nada de volantazos. Tremendamente asustado, y tremendamente arrepentido de haber sido tan imbécil, Alonso hizo el coche a un lado y lo detuvo en el arcén. Como no se veía ni escupir optó por abandonar el coche por la puerta del copiloto, gesto inteligente que le honraba y sin duda le evitó una desgracia mayor. Afuera la temperatura era mínima, apenas cinco grados, la plomiza niebla caía sobre él como un jarro de agua helada. No tuvo que desandar demasiados metros para ver el surco de sangre pintado en el asfalto. Rojo surco que le llevaba hasta lo que segundos antes debió ser un hermoso zorro plateado.

Alonso se llevó la mano a la boca y contuvo las ganas de vomitar. Un ovillo de piel rasgada por huesos rotos sobre un buen montón de tripas, aquella era su obra del día. Se llevó las manos a la cabeza, respiró hondo y suspiró. Una profunda pena y una inoportuna sensación de mal fario le sobrevinieron de golpe. Más tripas, más sangre, eso no podía ser bueno. Trató de mirar al cielo en busca de alguna trascendental respuesta pero era inútil, ese día no había cielo al que mirar, solo una gris capa que lo anegaba todo y a todos.

— Lo siento, amigo. — Dijo hacia el destrozado animal— Supongo que nadie te dijo que traía mala suerte cruzarse en mi camino.

Dicho esto volvió al coche, arrancó y se fue incorporando al carril derecho con precaución, extrema precaución, medida que ya no abandonaría hasta llegar a su destino.

Un nuevo recuerdo asomó a su cansada cabeza al ver el cartel de

Cartagena Centro Ciudad. No era buen momento para eso, pero no pudo evitarlo. Hacía tiempo, bastante tiempo de su última visita a Cartagena. Y no fue solo. El objetivo era pasar un día tranquilo, desconectar, sentir la brisa marina, pasear bajo el sol. Observar el mar y olvidar. Laura no estaba del todo conforme con aquella visita. No es que no le gustara el lugar, es que no le parecía el momento más apropiado. Alonso pensaba todo lo contrario.

Pasearon de la mano por todo el puerto, desde el nuevo museo arqueológico hasta el amarradero del barco turístico. Hacía un día hermoso, las gafas de sol eran casi obligadas para no sufrir de ceguera. Los niños jugueteaban, los padres paseaban a los bebés en sus carritos, los ancianos comentaban el último partido del Efesé sentados en su banco. Pero Laura era incapaz de olvidar y disfrutar puesto que únicamente tenía una cosa en la cabeza.

— Por favor cariño, tienes que relajarte, para eso estamos aquí, ¿vale? — Alonso le echó el brazo por encima del hombro — Temerse lo peor antes de tiempo es algo completamente inútil….

— Y completamente inevitable. — dijo ella.

— Vamos, no te condenes antes de hora.

— ¿No lo entiendes? No necesito un análisis que me diga que estoy mal. Ya lo noto, lo llevo sufriendo desde hace mucho… — Laura se llevó la mano al pecho — Esto no es una simple tontería, es serio Samuel, y ni todo el sol y las sonrisas del mundo pueden hacer que desaparezca.

Las oscuras gafas impedían verlo, pero la humedecida nariz la delataba.

— Tranquilízate. Hazlo por mí, ¿vale? Sea lo que sea que venga lo asumiremos y lo superaremos juntos. — El calor de las palabras y el brazo de Alonso no era suficiente — Confía en mí, nada es tan grave si lo afrontamos con optimismo.

Siguieron caminando despacio. Las olas golpeaban el dique. El faro blanquiverde transmitía paz, sosiego, pero también soledad. Un grupo de gaviotas caía en picado sobre el agua para luego emprender de nuevo el vuelo.

— Dentro de un tiempo echaremos la vista atrás y nos reiremos de todo esto. — Alonso necesitaba insuflar a su esposa optimismo —Ya lo verás. Todo pasa, el tiempo pone cada cosa en su lugar. Y vamos a ganar.

Qué bonito. Qué doloroso.

Cuando se quiso dar cuenta la autovía había quedado atrás.

15 - Bateau.

Los relámpagos iluminaban con sus destellos aquel oscuro día en alta mar. El eco de los truenos resonaba en cada rincón. El barco se balanceaba a babor y estribor, babor y estribor, zarandeado con la fuerza de un barco vikingo de feria. El tiempo no acompañaba para nada, ese cielo cerrado, los fuertes chubascos esporádicos, la mar bravía. Se podía sentir a las furiosas olas impactar una y otra vez contra su pesado casco.

Y allí dentro estaba la carga, bien sujeta a las paredes del container, inclinándose para acá, inclinándose para allá. La tripulación tampoco tenía un viaje agradable, era una de esas travesías que, aunque cortas, se alargaban más de la cuenta en el fuero interno de cada uno, allí donde nace el temor, la superstición. Quizás se trataba de los Dioses que les castigaban por su ignominioso delito, vapuleándolos a un lado y a otro, haciéndoles incluso creer que no saldrían de aquel gigantesco ataúd de metal con vida.

Pero el puerto no estaba lejos. La tormenta amainaba. La carga llegaba en perfectas condiciones a su destino.

16 - Blanqueo.

La ciudad portuaria se hallaba igualmente sumida en un grisáceo velo que no impedía el cotidiano ir y venir de un lunes corriente. La brisa del mar y la luz especial de aquel día le conferían a la ciudad un aspecto único, misterioso. Alonso aparcó el automóvil en un descampado de tierra frente al edificio de la antigua sede administrativa municipal y anduvo por el entramado de calles estrechas que forman los barrios históricos en dirección a la calle Mayor. Allí detuvo a tres personas, primero un extranjero que no sabía nada de nada; después una anciana a la que le sonaba la existencia de ese comedor social pero que no sabía dónde ubicarlo; y por fin, un hombre de mediana edad y poco pelo que, no sin un par de titubeos, logró darle la dirección exacta de “Los desamparados”.

En realidad no se encontraba lejos de ellos, a apenas unos minutos a pie. Atravesó la Plaza San Francisco, tiró por la calle Campos y giró a la izquierda. El local se hallaba en la calle Jara, una de esas sinuosas calles que tanta personalidad imprimen al casco antiguo cartagenero. Un barrio con encanto, solera, que además posee un yacimiento subterráneo de termas romanas apreciable desde el exterior gracias a su cúpula de cristal.

Desgraciadamente, Alonso no había llegado hasta allí para contemplar ruinas milenarias.

Prosiguió por la calle de la Jara hasta llegar al clásico Hotel Cartagenera, frente al cual una bella fachada modernista de principios del siglo XX se elevaba imponente hasta el encapotado cielo. Increíble. Se trataba, nada menos, del célebre Gran Hotel de Beltrí, probablemente el edificio modernista más importante de la región. El edificio, cuyo bajo se hallaba dividido en varias oficinas, transmitía una innegable sensación de auténtica majestuosidad con sus ondulantes líneas, sus hermosos balconcitos y su procelosa decoración. Aquel entorno parecía transportar al detective a otros tiempos pretéritos, tiempos en los que jamás vivió, imaginándose por un instante como el bigotudo burgués con traje de chaqueta, chaleco y monóculo protagonista de una ostentosa película de época. No cabía en su asombro, muy mal debían de andar las cosas para que lugares tan emblemáticos como ese fueran dedicados a tareas tan poco glamurosas.

Alonso localizó una puerta precedida por cuatro escalones y pasamano dorado en cuyo interior del umbral había con una placa

que rezaba: “Comedor social LOS DESAMPARADOS. Abierto de lunes a domingo de 13:00 a 16:00 horas”. Alonso miró la hora en su teléfono móvil, no eran ni las once. Husmeó un poco tratando de ver algo por las ventanas (cosa que no consiguió) y decidió esperar en el bar que se encontraba a escasos vente pasos de allí hasta atisbar movimiento.

El bar, cuyo cartel estaba decorado con un simpático y desfasado dibujo de un camarero negro sirviendo una copa en una bandeja, se llamaba “Café Haitiano”. Al menos dos cosas estaban mal en ese nombre.

— ¿Cómo que no tienen café? — preguntó extrañado Alonso, segundos después de entrar al local y sentarse en la barra.

— Pues eso, que no hay café que valga. — respondió el camarero, y probablemente también el dueño del negocio, un tipo de al menos un metro noventa de alto y ciento veinte kilos de peso, pelo rubio muy corto, ojos pequeños, nariz de cerdito y barba de dos días — Se rompió la máquina ayer y aún estoy esperando a que venga el muchacho a arreglarla… Si quieres te puedo poner una cerveza o un whisky.

— ¿A las once de la mañana?, no, mejor ponme un zumo.

— Tampoco hay zumo. La crisis, ya sabes, tuve que prescindir de ciertos lujos… — el camarero secaba con poca gracia una serie de vasos y los colocaba bajo la pringosa barra — Pero te puedo poner una Fanta o una Cola…

— Venga sí, que sea una de naranja. — aceptó Samuel, único y arrepentido cliente por el momento.

— Marchando una de naranja. — el camarero se dio la vuelta y sacó el refresco de una nevera. Lo descorchó y lo puso frente a Alonso. A su derecha tenía una vitrina con unas bandejas de tapas de dudoso aspecto. — ¿Quieres comer algo?

— No, gracias. — “no me va la carne de rata”, pensó Alonso.

El panorama de aquel antro era ciertamente desolador: mesas y sillas que a buen seguro no se habrían renovado desde los años ochenta, suelo tipo ajedrez, cuadros de fotos cubiertas de polvo y pósters de plantillas de equipos de fútbol locales colgando de la pared y un viejo perchero negro de pie con un chaquetón marrón de talle ancho y codos desgastados cerca de la entrada. Lo único positivo era una buena ventana—escaparate por la que se podía controlar a las mil maravillas el comedor de “Los desamparados”.

— Dígame, ¿hace mucho que pusieron el comedor ese en el Gran Hotel?

Alonso señaló con el dedo pulgar hacia atrás. El camarero bufó.

— Pues no sé, llevará ya cerca de un año, o a lo mejor más. Fue poco después de que cerrara el banco…

— Ya. ¿Acude mucha gente a comer allí? — preguntó Alonso de nuevo.

— ¿Mucha? Cada vez más, amigo. Al principio solo iban pordioseros y muertos de hambre, pero poco a poco se fue animando más gente… El aumento del paro, los desahucios. Ya sabes, todo eso. — El camarero se iba enojando por segundos — Gente de la que antes venía a tomarse algo aquí, y que ahora le sale gratis ir a comer a sitios como ese porque no tiene otra. Al final hasta tendré que ir yo como siga la cosa así.

— Ya, todo es una mierda. — Alonso echó mano instintivamente del paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta, pero pronto recordó que allí, como en casi todas partes, estaba prohibido aspirar humo — ¿Sabe algo de los dueños? ¿Una asociación quizás?

— ¿Asociación? Ni pajolera. Sé que el jefe es un tío con barba blanca, siempre muy bien arreglado y que tiene acento como de ruso o por ahí.

— O serbio… — pensó Alonso en voz alta.

— O serbio, albano kosovar o macedonio de esos, sí. — concedió el camarero. —Una vez, hace ya unos meses, vino a comprarme unos barriles de cerveza. Chis, el muy cabrón dijo que había tenido un problema con su distribuidor y que me pagaría lo que fuese por todos los barriles que tuviera. Todos menos uno, que tuvo la feliz idea que me lo quedara por si venía alguien a tomarse una caña.

— Qué considerado.

— Y tanto. El caso es que metió la mano en su chaqueta y sacó un fajo de billetes que era para verlo… — como en los dibujos animados, Alonso creyó ver momentáneamente el símbolo del dólar en los ojos del camarero. — Los tenía de todos los colores el amigo.

— ¿Y qué hizo usted? — preguntó el detective, conociendo de sobra la respuesta.

— ¿Pues qué iba a hacer? Sacarle la pasta. Ese día hice más caja que en una semana enterita.

Un comedor social como tapadera, ¿por qué no?

— Las mafias siempre encuentran nuevas y actuales formas de blanquear sus negocios… — dijo Alonso medio para sí, siendo interrumpido por el sonido de la puerta al abrirse.

La cosa se animaba. Un octogenario entraba al bar arrastrando los pies a velocidad de tortuga y se sentaba en la otra esquina de la barra. Mientras el camarero iba a atender al segundo cliente del momento (y quién sabe si de toda la mañana), Alonso comenzó a

mordisquearse las uñas con el nerviosismo de un hámster. Confirmada la presencia del Serbio y su organización, cosa que se temía pero que no quería dar por hecho.

— ¿Conoce a alguien más que trabaje en el comedor?, ¿Le suena que estuviera sirviendo una chica rubia bastante atractiva? — preguntó Alonso cuando el camarero volvió por su zona.

— Pues no, la verdad.

La seguridad del barman resultó aplastante.

— ¿Está seguro?

— Echa un vistazo alrededor, amigo. Si al otro lado de la calle trabajara una chica rubia bastante atractiva me habría dado cuenta. — afirmó el camarero con una sonrisita. — Créeme.

— Le creo, — Alonso apuró su refresco sin dejar de vigilar la calle con el rabillo del ojo. — Le creo.

17 - La cuenta.

Alonso pidió otra Fanta. La tercera ya. Mientras se pensaba si ir o no al baño (el aspecto que imaginaba de los lavabos de ese tugurio bien podría llenar las pesadillas de un colegio entero, lo cual le echaba definitivamente para atrás), consideró en un cambio de estrategia dada las circunstancias. Se iba a acabar aquello de entrar de cara en todos los sitios y preguntar al primero que encontrase. Si hacía eso en el comedor social, sabiendo quienes eran los "encargados" lo más probable es que se llevara otro par de caricias en el rostro. Y quizás en otras partes también. Decidió vigilar desde su cómoda aunque algo nauseabunda posición, estar atento a cualquier movimiento y actuar con discreción sin necesidad de delatarse. Estaba convencido de que así lograría sacar más cosas en claro sin necesidad de jugarse el físico.

Las agujas del viejo reloj que había tras la barra avanzaban lentamente. Samuel intuía que iba a ser un día largo, muy largo. Pasó media hora, y luego media más. El camarero hablaba y hablaba sin que Alonso prestara demasiada atención al contenido de sus palabras. Nombró a Bárcenas, soltó una gran cantidad de improperios, luego se quejó de los impuestos, pasando a hablar después de pesca y los mejores cebos para no sé qué pez. Alonso únicamente respondía con leves gruñidos y asintiendo. Lo que a él le interesaba sucedía al otro lado de la calle, más allá de los churretosos ventanales del bar. La hora de apertura del comedor se acercaba, y no tardaría mucho en advertirse movimiento en sus aledaños.

Una furgoneta blanca que a duras penas no rozaba con los bordillos de ambos lados de la acera se detuvo justo en la puerta. De la misma se apearon dos tipos altos y fornidos que rápidamente fueron a la parte de atrás del vehículo y comenzaron a sacar una serie de cajas de cartón y otros contendores de plástico. Alonso no perdía detalle desde su tribuna en el bar de enfrente. Ambos tipos fueron cargando la mercancía en una carretilla y la entraron en el comedor una vez abrieron su reja y puerta. Todo se ponía en marcha.

Al rato, tras echar unos cuantos viajes, echaron la reja y quitaron la furgoneta de en medio.

Todo estaba listo.

Al poco comenzó a formarse una cola en la entrada del bonito edificio. Cola que fue exponencialmente en aumento al cabo de

pocos minutos y de la que Alonso pasaría a formar parte.

— ¿Ese abrigo es suyo? — inquirió Alonso al camarero señalando a la aviejada chaqueta marrón que colgaba del perchero de la entrada.

El camarero asintió mientras el detective vaciaba el suyo sacando la cartera y un par de paquetes de tabaco de los bolsillos. Una vez puestas dichas pertenencias sobre la barra procedió a quitarse su elegante abrigo de Zara.

— ¿Ve este? — Alonso sostuvo su abrigo como si se tratase de un capote — Hace un año me costó cerca de doscientos pavos. O a lo mejor un poco más, no recuerdo exactamente. Como ve está nuevecito, y viendo su anchura de hombros creo que le viene ni que pintado.

— Muy bonito, pero todavía no acepto abrigos como pago. Tu cuenta son seis con treinta. — respondió.

— No, no, no. No me ha entendido. — Alonso dejó su abrigo sobre la barra y procedió raudo a abrir su cartera. Sacó un billete de diez y lo dejó junto al abrigo. — Cóbrese y quédese con el cambio. Lo que yo quiero es que me cambie ese abrigo viejo de la entrada por el mío.

— ¿Un intercambio de abrigos? ¿Y por qué coño iba a hacer yo eso? — la cara del barman era todo un poema, no alcanzaba a comprender el objetivo de dicho canje.

— Porque se deshará de un abrigo feo y mustio, conseguirá uno seminuevo y de mayor calidad y, además, — el detective volvió a abrir su cartera — Se llevará esta hermosura de papelito.

Junto al abrigo y al billete de diez puso otro billete, esta vez de cincuenta. El barman miró al billete, después miró a Alonso, volvió a mirar al billete y a continuación miró al abrigo del perchero. Sus ojos volvieron rápidamente al billete.

— Trato hecho, tuyo es. — convino finalmente el barman.

— Gracias, ahora mismo no lo sabe, pero acaba de contribuir en gran medida a la posible solución de un importante caso. — dijo Alonso mientras recogía sus cosas y se alejaba hacia la puerta.

— ¿Caso? ¿Es que es usted…?

— No, pero eso no importa. — Alonso tomó el abrigo del perchero y se lo enfundó. Le quedaba un poco grande y le daba un aspecto más vulgar. Le cayeron unos cuantos años de golpe. Era perfecto. — Estese atento a las noticias en los próximos días. Igual se lleva una sorpresa.

Alonso guiñó un ojo y abandonó el bar. Cruzando la calle en dirección a la cola del comedor procedió a despeinarse ligeramente

con las manos y poner un cigarrillo en sus labios. Al llegar al final de la cola, justo detrás de un hombre moreno de cara angulosa que llevaba de la mano a un niño vestido con numerosas capas de ropa, cerró su nueva chaqueta hasta arriba y puso gesto serio.

Solo tocaba esperar.

18 - La cámara.

Un tímido rayo de sol parecía traspasar la pétrea capa gris que cubría el cielo, pero antes de brillar en todo su esplendor volvía a refugiarse entre las nubes. Lluvia y sol, sol y lluvia, así de loco estaba el tiempo esos días.

A la una en punto del mediodía, tal y como indicaba el cartel, un par de jóvenes voluntarios procedieron a la apertura de puertas. Sin prisa pero sin pausa, el par de docenas de personas que Alonso tenía delante fueron cruzando el umbral de entrada previa muestra del carnet de identidad. Era temprano y no había tanta demanda como otros días, quizás por la lluvia y el mal tiempo, así que el detective no tuvo problemas para entrar.

El salón, amplio y aséptico, estaba iluminado por hileras de tubos de luz en el techo. Largas mesas de madera con sus respectivos bancos para sentarse se expandían por la superficie en plan merendero. En la pared del fondo, justo al lado de dos puertas (presumiblemente una para la cocina y la otra para el servicio) se encontraba una larga encimera en cuyo primer tramo se podía hallar una pila de bandejas, vajilla, cubiertos y servilletas; en el segundo y más largo tramo, un montón de recipientes, cuencos y ollas con comida (el orden era ensalada, albóndigas, estofado y fruta), botellines de agua, botes de refrescos y pan. Tras la barra los voluntarios, una chica que no habría cumplido ni los treinta y un muchacho de edad similar que vestían sendas holgadas camisetas blancas con el nombre del comedor, se encargaban de servir a todo aquel que pasaba enfrente.

Alonso tomó una bandeja, un par de platos vacíos y una cuchara y desfiló en orden hacia la zona de servir. Una vez hubo cargado se dirigió a una de las mesas más cercanas y se sentó solo en una esquina. Cabeza gacha y ojo avizor. Una cucharada a la boca y vuelta a mirar. Nada sospechoso. La gente se iba sentando, empezaban a comer sin mayor historia. La mayoría iban a lo suyo, no parecían muy dados a la cháchara. Será que la situación no era la más idílica precisamente. Samuel pronto supo que allí no iba a encontrar nada, solo murmullo de gente masticando y ruido de cubiertos.

Engulló un par de cucharadas más de estofado y se levantó con disimulo en dirección a la puerta en la que aparecían los clásicos muñequitos del aseo. Nadie le seguía, nadie se percató de que entraba.

La puerta daba a un oscuro pasillo de unos cinco metros a cuya derecha se encontraban sendas puertas de los baños y un poco más adelante a la izquierda otra puerta más con el letrero de “Privado”. Alonso probó a girar el pomo de esta última, pero al comprobar que se hallaba convenientemente cerrada sacó del bolsillo de su pantalón su instrumental abre puertas. No tardó mucho en oír un clic. Con sumo cuidado procedió a abrir la puerta unos centímetros, constatando que daba a una pequeña cocina cuyo color predominante era el blanco. En esos momentos se encontraba vacía, aunque no tardarían mucho en aparecer dado que en la enorme placa de vitrocerámica que vio al frente el caldo de una olla hervía. Alonso entró, cerró la puerta tras de sí y se dirigió casi de puntillas hasta el fondo de la cocina, a una nueva puerta que, esta sí, se hallaba abierta.

La siguiente estancia era una típica despensa de buen tamaño y no pocos víveres alumbrada por una pequeña ventana lateral que daba al exterior. Entre cajas y estanterías se hallaba también una puerta de acero inoxidable con un cuadro digital sobre una gran asa. El cuadro marcaba 5º. No había duda, se trataba de una cámara frigorífica.

La curiosidad mató al gato, o, en este caso, metió a Alonso en el mayor lío de su vida.

El metalizado cubículo tendría unos diez metros cuadrados. Tanto a izquierda como a derecha una serie de baldas almacenaban un gran abanico de alimentos vegetales, frutas, productos lácteos y bebidas. La pared de enfrente, por su parte, se encontraba lisa e inmaculada. Tras unos segundos el frío comenzaba a apretar, el aliento se hacía visible. Alonso se acercó con tiento a la gran pared vacía y observó unas rendijas que formaban perfectas formas cuadradas. Cajones extraíbles. Comenzó a tocar, a pulsar aquí y allá sobre la pulida superficie hasta que halló la tecla. Como por arte de magia, una gran bandeja se deslizó por sus rieles emergiendo completamente desde la pared. En esta ocasión su contenido eran productos cárnicos, chuletas, probablemente de ternera. En el extraíble siguiente halló lomos de pescado.

En el de más allá halló su condenación.

El detective frunció el ceño, se agachó y estudió de cerca la curiosa nevera que contenía ese último cajón. Su tamaño era similar al de una nevera familiar al uso de esas que se llevan a la playa. En la tapa, de un color gris más claro que el resto del recipiente, tenía una pequeña pantallita con tres botones que controlaban la temperatura interna. En uno de los laterales había un piloto rojo

encendido junto a unas finas rejillas. El sistema de apertura parecía tan simple como abrir el cierre.

Lo hizo.

Al abrir la tapa y ver el interior sintió como una cascada de agua helada le caía de la cabeza a los pies. Comenzó a pestañear compulsivamente, sus manos temblaban. Aún sabiendo que la había jodido a base de bien aún no era consciente de cuánto le iba a costar su atrevimiento. En un instante deseó ser tragado por la tierra, anheló poder volver atrás en el tiempo y nunca aceptar el caso que probablemente le llevaría a la tumba, o quizás aún más atrás, y decidir estudiar una carrera, hacer un módulo de electricidad o apuntarse a una ONG para salvar la selva amazónica. Lo que fuera con tal de no estar allí en aquel preciso momento. De no estar frente a esa monstruosa nevera.

Pero no había vuelta de hoja posible, por más que cerrara sus ojos lo que tenía delante no desaparecía, su cuerpo no se teletransportaría a una paradisiaca isla tropical lejos de los problemas. No. Ya no se podía alterar el curso de la historia, era detective como también lo había sido su padre, y acababa de encontrar un pequeño corazón humano.

Sintió la presión, la sangre a chorro afluyendo a su cabeza. Quiso pensar una posible salida, una solución, pero las circunstancias le sobrepasaban. Estaba bloqueado. El pulso se le aceleraba, la boca se le secaba, le costaba respirar. Repentinos síntomas que no duraron mucho.

Su exagerado grado de excitación y nervios no le hicieron percatarse de que tenía compañía en la cámara helada.

Un golpe seco y duro en su nuca le hizo sumirse en la total oscuridad.

19 - Un visado.

Un espantoso dolor de cabeza le saludó nada más volver en sí. No estaba muy cómodo, el zulo no era tampoco agradable. Trató de llevarse las manos a la cabeza pero no pudo. Una áspera soga que le ataba las manos por detrás a la silla en la que estaba sentado se lo impedía.

Pronto notó que estaba en mangas de camisa y descalzo, y que frente a él se encontraban dos hombres impolutamente trajeados: uno de al menos 1,90 de altura con la cabeza en forma de bombilla, peinado hitleriano y grandes ojos verdes, y otro más mayor y de porte señorial que peinaba canas tanto en su poblada cabeza como en su cara y atendía al sobrenombre de el Serbio.

Lo peor era que ya le estaba cogiendo el gusto a eso de volver en sí tras perder el sentido.

— ¿Sabes una cosa, chaval?, me encantan los dichos. — El Serbio se acercó unos pasos, en su cara incidía plenamente la luz de la bombilla que colgaba del techo — Es curioso, diría que casi hay uno para cada maldita cosa que pasa. En este caso, el que mejor me viene es ese que dice “rectificar es de sabios”. Sí, admito que me equivoqué contigo, quizás des apariencia de pringado, pero el hecho de que hayas llegado tan lejos me dice que no eres tan malo como creía.

— ¿Qué es esto, una declaración de amor? — preguntó Alonso.

El tipo que acompañaba al Serbio pasó suavemente sus manos hacia atrás por su pelo y dio un enérgico paso. La mano derecha de su superior detuvo su avance.

— Tranquilo, hombre. No le tengas en cuenta sus chistes, es solo su forma de expresarse, ¿verdad?

— ¿Qué sería de la vida sin humor? — respondió con una nueva pregunta el detective.

El Serbio rió. Alonso tragó saliva. Era hora de poner toda la carne en el asador. Dar un paso adelante y utilizar la labia que Dios le había otorgado para tratar de salir de aquel agujero.

— Mire señor, creo que es hora de que seamos serios y consecuentes, ¿vale? — Alonso se pasó la lengua por los secos labios — Esto no es normal… De hecho, como diría Marsellus Wallace, esto está a mil jodidas millas de ser normal. ¿Cómo se os ocurre meter una nevera con un órgano humano en la cámara frigorífica de un comedor social? Es, es alucinante… joder. Si os hubierais tomado más molestias en esconderlo, no sé, en algún

agujero secreto o algo, yo no lo habría descubierto y no estaría atado en esta silla… — el serbio y su subalterno le miraban de hito en hito— Lo que quiero decir es que nada de esto es culpa mía. El fallo ha sido vuestro, no mío. Lo más justo es apechugar y dejarme en paz a mí.

Justo cuando acabó, Alonso se dio cuenta de la sarta de estupideces que acaban de salir de su boca. Debía ganar tiempo a toda costa. Pero, ¿para qué?

— Un cuento muy bonito, pero no te va a servir. — Dijo el Serbio — Me ha costado mucho tiempo, dinero y esfuerzo hacerme con este negocio, crear esta tapadera, implicar a todos los que están implicados… Gente realmente dura de pelar. Sí, no pongas esa cara, estas cosas no funcionan si no tienen autorización de arriba. Así que tenemos una obra de caridad, múltiples empelados, un puñado de voluntarios, sobornos, cheques en negro…, y tú dices que el fallo es nuestro por no evitar que un mamón se cuele en nuestra propiedad, registre todo lo que no le incumbe y fuerce el compartimento especial donde guardamos la mercancía.

— ¿Compartimento especial? ¡Vamos!, solo le faltaba un letrerito para llamar más la atención.

El guardaespaldas del Serbio no aguantaba más. Se llevó la mano al interior de su chaqueta y sacó de la misma un cuchillo de empuñadura marrón desgastada y hoja de punta curva. Alonso lo desconocía por completo, pero aquel arma era un cuchillo de combate conocido como “finlandés” que había sido utilizado en la Segunda Guerra Mundial, siendo uno de los cuchillos preferidos del ejército soviético. Un cuchillo cuya leyenda contaba que no era siquiera preciso ser afilado. El color de piel de Alonso cambió drásticamente. Su vejiga le dio un serio aviso. Afortunadamente solo se quedó en eso, un aviso.

— Como ves mi amigo Vlad no es lo que se dice un tío paciente… — dijo el Serbio.

— ¿Vlad, en serio? ¿Cómo el empalador?

El Serbio soltó una carcajada. A Vlad no le pareció tan graciosa la ocurrencia.

— Admiro tu valor, chaval, estás al borde del precipicio como el coyote del correcaminos y aún así bromeas… O eres condenadamente listo o un gilipollas de mucho cuidado.

— Bueno, como dirían en las películas, si sigo vivo es porque no os interesa matarme… — terció Alonso, que no perdía de vista la hoja del cuchillo — Al menos aún. Por cierto, es mi obligación advertiros de que si pensáis torturarme para que os dé algún tipo de

información va a ser una total pérdida de tiempo y gritos. Esto es lo más lejos que he llegado. No sé una mierda más.

Serbio y subalterno compartieron una mirada. Alonso trató de tragar saliva pero ya no le quedaba ni gota, intentaba con todas sus fuerzas mantenerse alerta, sagaz, ingenioso.

— Bueno, puede que tengas razón, o puede que seamos unos sádicos psicópatas que solo desean dejarte como una masa sanguinolenta sin hacer preguntas… — lanzó el Serbio.

— Sinceramente espero ser yo el que tenga la razón.

El Serbio, meditabundo, comenzó a deambular por la claustrofóbica habitación. Tocó a su hombre en el hombro con la mano ortopédica. La orden estaba dada.

— Uhm, es curioso, siempre he sido de los de la opinión de que tenemos demasiadas cosas en el cuerpo. — terció el Serbio mientras su hombre se agachaba en cuclillas frente a la silla en la que estaba atado Alonso. — Partes honestamente inútiles, rasgos que quizás a los monos de hace no sé cuantos millones de años les vinieran bien para escalar y saltar de árbol en árbol, pero que ahora son sencillamente ridículas. Por ejemplo, los dedos de los pies.

Como un rayo, Vlad levantó brazo y cuchillo y los dejó caer con fuerza sobre el dedo gordo del pie derecho de Alonso.

Un chorro de sangre salpicó a la cercana pared.

El grito debió de oírse en A Coruña.

— ¡Ya basta de vaciles y chistes malos! — Exclamó el Serbio — Como ves ambos teníamos razón, te necesitamos vivo, pero eso no significa que te vayas a ir de aquí de rositas.

El tiempo pasaba lento, lento, lento. La realidad se transformó durante unos instantes. Medio sueño, medio realidad. ¿De verdad estaba pasando todo aquello? Quizás solo se trataba de un sueño lúcido por ver demasiadas películas de mafias.

Dolía como nunca. Gritaba como nunca.

— ¡Mierda, cabrones!

El detective bramaba entre dolor y asco. Creía que se desangraría. Buscaba con la mirada el trozo de dedo por el suelo pero no lo encontraba. No veía más que sangre y más sangre.

— ¡Me habéis cortado un dedo!

— Y seguiremos con los demás si no cierras la boca. — Amenazó el Serbio ante los sollozos del detective— Mira chaval, creo que tienes instinto, en serio, si estás aquí sentado es porque haces bien tu trabajo. Has seguido todas las pistas, te has arriesgado y aquí estás. No eres un héroe, solo una especie de sabueso espabilado y te hemos cazado. Bien. El caso es que quiero que sigas investigando,

que por tu bien olvides lo que has visto aquí y prosigas la búsqueda de Julia Castro como si tal cosa. Eso sí, bajo nuestra supervisión directa, ¿ok?

Atónito, sudando como una regadera, los ojos de Alonso se abrían hasta el límite.

— Sí, nosotros también queremos que la encuentres.— prosiguió el Serbio. — Hemos estado buscándola durante los últimos meses, pero sin éxito. Tenemos la sensación de que en un par de días tú has llegado más lejos que mis hombres en mucho más tiempo. Y eso me cabrea, me cabrea muchísimo, pero también me hace pensar y adaptarme a la situación. A partir de ahora trabajaras también para mí, te contaremos todo cuanto sabemos sobre Julia y proseguirás su búsqueda hasta encontrarla. Eso es lo que vas a hacer.

— ¿Y qué le pasara si la encuentro? — preguntó Alonso, más calmado al ver el dedo flotando en el pequeño río rojo que discurría desde su pie hasta una de las esquinas— ¿La rajareis, la partiréis en trocitos y meteréis sus cositas en otras neveras para venderlas al peso?

— Por el amor de Dios, no seas tan melodramático. — El Serbio resopló — Nuestra mercancía viene de lejos, de, digamos, países con amplios excedentes. Yo solo la recibo, no veo sus caras, ni sé a quién pertenece tal o cual órgano, si adulto, si niña. Tan solo es carne, ¿entiendes? — el Serbio vigilaba que no pisaba sangre por error. — Nosotros no cazamos, solo distribuimos. Somos meros intermediarios, recibimos un paquete de allá y lo enviamos dónde nos digan. Todo limpio.

— Ya, como una patena…

— De todas formas nada de eso debe preocuparte. ¿Estamos? — El Serbio enarcó una ceja — Lo mejor que puedes hacer es olvidarlo, pues nada tiene que ver con el tema que de verdad nos ocupa. Lo de Julia has de verlo como un tema aparte, algo personal. Necesito dar con ella. Esa debe ser tu única prioridad.

Alonso creyó ver cierto tono emotivo en el sociópata que tenía delante.

— Ya… ¿Y si no la encuentro? — inquirió de nuevo Alonso.

— Será mejor que no contemplemos esa posibilidad por ahora. — Respondió el Serbio— ¿Alguna pregunta más, señor detective?

— Solo una, ¿qué pasará conmigo? — preguntó por último el detective con cara de carnero degollado.

Alonso sabía de sobra la respuesta. Aún así tuvo la necesidad de hacerla, ¿acaso necesitamos que nos aseguren 100% las cosas para hacerlas más evidentes?

— Excelente pregunta. — el Serbio disfrutaba como un crío. — Evidentemente, sabiendo lo que sabes, te puedes dar ya por muerto. Aunque no lo parezca, y a pesar de que aún respiras, sangras, aprietas los dientes de dolor y sigues soltando ristras de gilipolleces, tú ya estás muerto. Eso es inevitable. Lo que pasa es que te concedo un visado especial, un visado de vida que durará el tiempo que yo considere.

— Si pudiera me pondría a saltar sobre una pata…

— Ya tendrás tiempo para eso. Antes quiero aclarar un tema que yo doy por hecho, pero aún así te lo tengo que comentar para que no haya futuros malentendidos. — el Serbio hizo una parada, sacó un pañuelo de un bolsillo de su pantalón y se puso a limpiar su mano protésica, una gota de sangre le había salpicado. — Como ya supondrás te investigamos un poco después del incidente del otro día. Sabemos que estás casado, tienes una cuñadita preciosa, un sobrino adolescente… Creo que no hace falta que gaste mucha más saliva diciendo lo que les puede pasar si haces alguna tontería como llamar a la policía o creerte un Schwarzenegger.

Alonso quiso llorar, chillar, patalear. Sintió como una mano invisible apretaba con todas sus ganas su corazón, haciendo que toda una cascada de sentimientos le subían de golpe a la cabeza.

No, no, no. Puta vida de mierda.

— Lleva razón, no es menester.

— Estupendo. — Expresó el Serbio — Me alegra ver que nos entendemos. Vamos Vlad, suéltale. — Su subalterno procedió a obedecer — Espero que os hayáis caído bien, pues a partir de mañana comenzareis a trabajar juntos.

— ¿Qué? — el ceño de Alonso no podía estar más fruncido. — ¿Este tío?

— Es por el bien de la investigación. Si de verdad queremos encontrar a Julia debemos utilizar todos los recursos posibles, y Vlad es un activo importante, ya verás. Con él a tu lado podrás llegar a dónde tú solo no llegarías jamás. Te abrirá puertas y te dará un tipo de apoyo del que careces. Además, como dice el dicho, cuatro ojos ven más que dos.

El dolor, tanto físico como en el orgullo, era bestialmente intenso. El miedo, latente, a flor de piel, pero oculto a la fuerza. Cojeando, Alonso avanzó hasta la esquina y cogió la vieja chaqueta del barman y sus zapatos.

— Vlad, coge esa porquería de dedo y llévalo al hospital.

Los ojos de rana de Vlad se clavaron, salvajes, en los de su jefe. Frunció el ceño, hizo ademán de intento de replica pero fue

interrumpido.

— Vamos, obedece. — El tono del Serbio se volvió más grave— Como digo, Vlad te dejará en el hospital. — Continuó, esta vez dirigiéndose a Alonso — Diles que te pillaste el pie con una puerta o un cortador de césped o lo que sea. No habrá problema pues inventiva no te falta. Luego vete a casa y descansa, te sentará bien.

— Se agradece el detalle, ya solo me falta un Martini con sombrillita para volver a estar de puta madre. — concedió el detective, blanco como una pared.

El Serbio rió con ganas. En el fondo le caía bien ese desgraciado con cerebro al que tenían bien cogido por sus partes.

— No problem! La próxima vez que vengas al club invita la casa. — El Serbio se aproximó a Alonso y puso su mano de plástico sobre el hombro de éste — Mucho ánimo chaval, ya verás que todo es más bonito tras la lluvia.

20 - Grandes éxitos.

Todo ocurrió como estaba planeado, sin sobresaltos ni madresmías. Solo con la incómoda compañía del tipo que le acaba de cercenar un dedo. Una vez pasado el trago de las horas de espera y la dolorosa operación de cosida de dedo, Alonso fue llevado por el silencioso Vlad a la estación y metido en un autobús en dirección a casa. Aquel mudo e inquietante hombre era como una olla a presión en avanzado estado de ebullición, daba la sensación que la tapa que mantenía el agua dentro no tardaría mucho en salir despedida.

Con el cuchillazo los criminales se habían asegurado de dos cosas: una, de acojonarlo sobremanera, y dos, de limitar bastante sus movimientos. Ya no podía correr, ya no podía conducir (el Opel Kadett dormiría unos días en el descampado cartagenero), ya le sería más difícil huir. Huir, cobarde acción que no existía en su vocabulario, y no porque fuera el tipo más valiente del mundo, sino porque si no era él serían sus seres queridos quienes pagarían las consecuencias de tal acto. Y eso, aunque no se le podía considerar ni de lejos un héroe, era algo que jamás permitiría.

Al llegar a casa cerró con llave desde dentro, se desvistió, lanzó la ropa al suelo y se acostó en el sofá prácticamente desnudo. Las drogas que le habían dado en el hospital comenzaban a hacer su efecto. Sentía como su pierna volaba y volaba hasta que dejó de notarla, como si se la hubieran arrancado de cuajo. O mejor, como si nunca la hubiera tenido.

Decir que estaba metido en un lío era un eufemismo bastante ridículo. Se sentía metido en la mierda hasta el cuello, el mundo le daba vueltas y lo peor era que la sensación final era de impotencia.

Como siempre, cuando la soledad y el dolor le golpeaban, y aún drogado, irremediablemente se acordaba de Laura. Bien es sabido que no todos los recuerdos son buenos y dorados. Algunos poseen la extraña cualidad de doler casi más que en el mismo momento que sucedieron: una noche cualquiera, cotidiana, tranquila y aburrida. Ambos se encontraban sentados en el sofá frente a la tele, uno en cada punta. La caja tonta hablaba del patrimonio de la Casa Real, hablando de cuentas y transparencia. Alonso y Laura la miraban pero no le prestaban ninguna atención. Llevaban unos meses malos, unas semanas bastante tirantes y unos días insoportables. Y la culpa era única y exclusivamente de él. Se sentía como la mayor y más apestosa mierda del mundo, pero no podía evitarlo, era incapaz de enmendarlo. Era lo que se dice superior a sus fuerzas.

No quería, no podía vivir así. Estaba en el fondo del pozo y no disponía ni de soga ni de ayuda para subir. Debía hacerlo solo, a pulso… O no hacerlo.

— ¿Te has tomado todas las pastillas?— preguntó Alonso, sus palabras flotaron en la sala.

— Sí, como todos los días. — respondió ella al cabo de unos instantes.

Su estado era delicado. La morena y saludable tez que la caracterizaba había desaparecido en pos de un pálido y mortecino color. Sus ojeras parecían talladas con martillo y cincel, sus labios eran del color de la uva. Y, tras las primeras sesiones de quimio, se le estaba empezando a caer el pelo. No tardaría en pasarse una máquina e igualar toda la cabeza. Mejor nada que solo a cachos, dijo.

Alonso apenas podía mirarla. No solo es que no pudiera verla así, sufriendo, pasándolo mal, es que se avergonzaba tanto de sus sentimientos, de sus execrables manifestaciones internas que sentía que no merecía ni mirarla a la cara. Él, estúpido, creía que Laura no se había percatado de todo aquello.

Del inexorable desgaste de su amor.

— Algún día tendremos que hablarlo…— expresó ella, mirando a Alonso de soslayo. — No podemos seguir evitándolo.

— ¿Hablar el qué? — Alonso seguía con la mirada perdida en la televisión.

— Lo que te pasa conmigo… ¿Crees que no lo veo, que no me doy cuenta de lo que te pasa?

Silencio. Alonso respiro hondo. Continuó con la mirada fija en el televisor.

— Lo que a mí me pase no tiene importancia ninguna, cariño. Ahora lo primordial eres tú, cuidarte a ti y que te sientas mejor.

— Pero no puedo sentirme mejor si no me miras, si no me acaricias si no me besas…. ¿Cómo me voy a sentir mejor si estoy destrozada y no recibo por tu parte ni una palabra amable?

Alonso respiró hondo, su cuerpo temblaba. Dejó el mando sobre el sofá.

— Yo… eso no es cierto — en esos momentos sus miradas se cruzaron. — ¿Por qué dices esas cosas, Laura?

— Joder, Samuel, ¿no es evidente? Te estás empecinando en negar la evidencia, hacer que esto no existe… Pero existe, existe y nos afecta. Te conozco, sé que estar todo el día encerrado y cuidando de una enferma no es la clase de planes que tenías con tu vida…

— Por favor, cariño, no digas eso.— Alonso avanzó hasta la otra punta del sofá, trató de coger la mano de Laura, pero esta se mostro suavemente esquiva — Las desgracias ocurren, a todos nos puede tocar. Esta es la nuestra y debemos apoyarnos. Tienes razón, yo… soy un egoísta, pero te prometo que voy a cambiar. Por ti, por nosotros.

Laura miró a Alonso como nunca antes le había mirado.

— Ese es el problema. Esto no es una desgracia, es mi vida. ¿No lo ves? — un par de resbaladizas lágrimas se escaparon de los ojos de Laura — Necesito apoyo incondicional, normalidad, alguien que me aporte no que me reste vida.

A continuación vino la frase que más dolor causó a Alonso en su vida.

— Te siento lejos, muy lejos… Creo que ya no estoy enamorada de ti.

Alonso se sintió fuera de sí, como si estuviera presenciando la vida de otro. Un fantasma repasando los grandes éxitos de su vida. Aquellas palabras eran tan fuertes que no logró concederles el crédito suficiente hasta mucho tiempo después. Tragó saliva, aguantó el llanto. Hizo de tripas corazón y apechugó con lo que tenía. La vida que con tanto celo habían construido en cinco años se desvanecía en apenas cinco segundos.

Y lo peor era que Laura se hallaba en lo cierto, no era el maldito cáncer el que estaba rompiendo su relación, el único culpable era Alonso y su gigantesco ego.

No podía dejar de sentirse el ser más ruin y despreciable de la tierra. Cerró los ojos y la abrazó fuerte, sintió el débil corazón de ella chocar contra el suyo podrido.

No había lugar para la disculpa. Aquello sería una salida demasiado fácil. Fácil e inmerecida.

21 - Tú me entiendes.

A la mañana siguiente, puntual como un reloj suizo, Vlad se personó en la oficina-apartamento de Alonso. Aquel hijo de mala madre entró por la puerta pavoneándose con sus andares militares y su sonrisa de soberbia como si nada.

Las profundas ojeras delataban la mala noche del detective, si bien gracias a las drogas con receta pudo disfrutar de cierto descanso. Vlad, vestido de impoluto traje azul oscuro con camisa gris sin corbata, se quedó mirando hacia los pies de Alonso: el izquierdo llevaba un zapato negro, el derecho una sandalia de playa que permitía ver el aparatoso vendaje que le habían hecho en urgencias. Pareciera que estuviera a punto de disculparse, o quizás de preguntarle al menos cómo se encontraba, pero en realidad lo primero que dijo, para sorpresa de un Alonso que ya le creía total desconocer del idioma o mudo, fue un lacónico "¿a dónde vamos?".

Alonso le miró de soslayo, con una mezcla entre gesto de repulsa y mala leche, y le respondió.

— ¿Alguna idea?

— Cerebro tú. — dijo con marcada erre.

— Sí, claro. De eso no hay duda… — hizo una pausa — Mira, si queremos resolver este caso debemos compartir información… Es decir, tienes que contarme ciertas cosas sobre Julia que me ayuden a pensar en el siguiente movimiento. Ahora mismo voy a ciegas. — Cogió de la mesa un cigarro suelto, se lo puso en la boca y fue a buscar un mechero — He conocido a alguno, pero de momento adivino no soy.

La pequeña estancia no tardó en llenarse de humo. El impertérrito semblante de Vlad se vio perturbado por el aroma del tabaco. No parecía gustarle. En su ajustada chaqueta se le marcaba en cuchillazo de la guerra mundial. Muy sutil, pensó Alonso.

— Vale, esto es lo que haremos. Te haré una serie de preguntas a ver si sacamos algo en claro, ¿vale? — Vlad ni se inmutó — Ehm, ¿trabajabas ya para tu jefe, bueno, nuestro jefe, cuando apareció Julia?

— Sí. — respondió.

Segundos de silencio.

— Bueno, procura no darme tanta información de golpe que el *señor cerebro* se colapsa… — terció Alonso, cigarrillo humeante en mano. — ¿Cómo la conocisteis? Quiero decir, ¿en qué momento sabéis de la existencia de Julia y por qué comienza a trabajar para

vosotros?

Vlad paseó su pensativa mirada por las sosas paredes del despacho. Se tomó su tiempo.

— Medio año o así… — dijo al fin — Ella iba a local de jefe, y jefe le gustaba mucho. Chica muy guapa. Sí, muy guapa.

— Ya, ¿y qué más?

— Ella trabajaba para un exsocio de jefe, Benítez, guardaba droga y eso. Entonces jefe habló con Benítez y pagó para liberar a Julia.

— Interesante… Así que llegaron a un trato, una especie de traspaso. Un fichaje. . Alonso se mesaba la barbilla — ¿Crees que había buena relación entre Benítez y Julia?

— Puede. No sé. Negocio de Benítez bajó mucho.

— ¿Bajó mucho?— inquirió Alonso.

— Ahora está fuera de negocio. — respondió.

— Pues tendremos que hacerle una visita, si fue una persona importante para Julia en el pasado quizás nos dé alguna pista de cuál puede ser su paradero actual… — remató el cigarrillo contra el cenicero del escritorio — Otra cosa no se me ocurre.

Vlad no dijo nada, pero su silencio seguido de un rápido ladeo de la cabeza en dirección a la puerta fue claramente interpretado por Alonso como un “Ok”.

Solo había un piso que bajar, pero el dedo recién cosido de Alonso le pedía a su dueño que usaran el ascensor.

En la calle de al lado, frente al cine Rex, se encontraba el auto de Vlad, un BMW berlina essential edition color negro que estaba de dulce. Alonso cojeaba, maldiciendo para sus adentros al tipo que tenía justo unos metros delante, ¿cómo un cabronazo como aquel podía tener semejante coche mientras que él conducir una tartana de veintitantos años que, por cierto, se encontraba aparcada en un descampado barrizal de Cartagena?

Al entrar al coche Vlad sacó un teléfono móvil de su chaqueta, marcó, se llevó el aparato a la oreja derecha y esperó. Al poco su gutural voz realizó un par de preguntas (en su idioma) relativas a Benítez. Colgó y volvió a marcar otro número. Esta vez la conversación tuvo lugar en español, Vlad, haciendo gala de su innata simpatía, ladró el nombre de Rober, esperó y con las mismas colgó. Durante unos segundos se quedaron en silencio, únicamente los típicos sonidos de la ciudad los envolvían en la queda mañana. Pero aquello no duró mucho: el teléfono comenzó a sonar, el clásico ring ring. Vlad descolgó, escuchó con atención y colgó.

Sin decir una palabra, Vlad metió la llave en el contacto y

arrancó.

Salió de la calle del detective y siguió dirección norte por la calle García Alix. En el último semáforo giró a la izquierda y continuó en silencio por la calle paralela al paseo del Malecón. Las palmeras se sucedían marcando el camino a seguir.

Como un autómata, Vlad labios sellados se dedicaba a conducir, respirar y pestañear. Poco más. Alonso no aguantaba más aquel silencio incomodo, aquella incertidumbre de no saber a dónde demonios se dirigían.

— ¿Se puede saber a dónde vamos? — preguntó el detective.

Vlad no dijo ni pío, se saltó un semáforo en ámbar.

— Mira, si quieres que avancemos algo debemos tener un mínimo de comunicación.— prosiguió Alonso— No me sigas haciendo la Pascua. Esto es absurdo.

Vlad dedicó una de sus iracundas miradas a Alonso, cerró sus ojos un instante y masculló algo en su lengua, como si se tratara de un rito de autocontrol, y al fin habló.

— Vamos a reunión de Drogadictos Anónimos.

— ¿Dónde?

— Cerca, en parroquia San Bartolomé.

— Uhm, ¿a quién buscamos?, ¿quién es ese Rober?

— Tío que sabe donde está Benítez.

— Así que se trata de uno de los hombres de Benítez, ¿no? — Vlad asintió — Tiene lógica, si como dices dejaron el negocio es posible que ahora su gente trate de salir de las drogas. Es algo encomiable... Supongo.

Vlad le miró como si no supiera de la Misa la mitad, y así era.

— Dime algo más… — Alonso se la jugaba con cada pregunta dada la naturaleza casi psicopática de su forzoso nuevo compañero — Tu,… el jefe dijo que estuvisteis buscando a Julia un tiempo. ¿Cuáles fueron vuestros movimientos? ¿A qué lugares acudisteis?

Vlad suspiró, las aletas de su nariz se abrieron tanto que Alonso juraría que por ahí cabían un par de botellas de litro.

— Fuimos a su casa… — respondió.

— ¿La de los hippies?

— Sí, pero esos fumados no sabían nada. Vigilamos casa de sus padres, pero nada. Preguntamos aquí y allá, en bares, locales nocturnos, antiguas tiendas donde trabajó antes…

— ¿Y a vuestro personal? — preguntó el detective. — ¿Interrogasteis a sus amigos dentro de la… organización?

— Nadie sabía nada…

“O nadie quiso deciros nada”, pensó Alonso, acordándose de las

confesiones de Nadia y su dulce beso.

— En este negocio no hay amigos. — continuó Vlad, poco a poco iba soltándose. — Si alguien traiciona paga…

De nuevo la imagen de la guapa pelirroja brutalmente cegada acudió a la mente del detective. No siempre la tortura es el arma más efectiva.

Dejaron atrás el Palacio del Almudí primero y el Ayuntamiento después. Unos metros más adelante giraron a la izquierda por la antigua calle de Correos. Ya no estaban lejos, pero el denso tráfico matutino ralentizaba un poco el viaje. Y, por lo visto, Alonso no era de esos tipos que aguantan callados mucho rato.

— Oye… ¿de verdad era necesario que me rebanaras el puñetero dedo? ¿No valía con un par de puñetazos, amenazarme y demás? Al fin y al cabo no tenía otra, ¿verdad?… Lo único es que ahora soy un lisiado, joder.

— Jefe así lo quiso.

— Y tú no estabas para nada de acuerdo…

— Exacto. — Vlad esbozó lo más cercano a una sonrisa que podía — Yo quería sacarte ojo.

Tras soltar aquella broma o no broma, Vlad callejeo por un par de calles peatonales y detuvo el coche a un lado de la acera, entre dos de los números pivotes que las jalonaban. Alonso abandonó el vehículo helado por dentro y por fuera.

El resto del camino lo hicieron a pie. En la plaza de la Cámara de Comercio, frente a un clásico quiosco de prensa y una cabina telefónica azul, Vlad y Alonso encontraron la Iglesia que buscaban. La escultura del Dios Mercurio desnudo les daba la bienvenida. Alonso se le quedó momentáneamente mirando, pensando en las ventajas que ahora mismo tendría si él también estuviera hecho de bronce.

La entrada al salón parroquial se encontraba en un portal adyacente. La puerta estaba abierta.

— ¿Drogadictos Anónimos, por favor? — preguntó Samuel Alonso a una mujer cuarentona que se encontraba barriendo el pasillo de entrada.

— La segunda puerta a la derecha, guapetón.

— Muchas gracias.

— Las que tú tienes.

Entre sonrojado y abochornado, y con la sonrisa de Vlad clavada en la nuca, Alonso avanzó hasta donde la amable señora le acababa de indicar. Tocó la puerta con los nudillos y acto seguido la abrió. El salón era amplio, de paredes crudas y un par de ventanas que

proyectaban las líneas de las rejas sobre los presentes, presentes que se encontraban, como era habitual, sentados en corro. Eran ocho personas en total, incluyendo a la voluntaria que les guiaba, una mujer de buen ver que probablemente ya habría cumplido los cuarenta. De los otros siete dos eran mujeres, una rubia cincuentona con cierto sobrepeso y una morena extremadamente delgada cuya edad era difícil de conjeturar, el resto eran cinco hombres, dos mayores que parecía que hubiesen dormido vestidos, otro muy joven con coleta vestido de chándal, un latinoamericano bastante moreno de piel que rozaría los treinta y un tipo de etnia gitana de largas patas, pelo rizado, barba, collar de oro y gafas de sol que se encontraba de brazos cruzados en su silla.

La puerta se abrió del todo y al emerger Vlad y Alonso de su umbral enmudecieron la sala.

— Sentimos mucho la interrupción, somos de la policía— — mintió Alonso tras aclararse la garganta — pero necesitamos hablar urgentemente con Rober.

De pronto, el gitano de las gafas de sol se puso de pie de un brinco, volcando su silla en la acción, y se dirigió raudo a una puerta trasera. El tipo consiguió abrir la puerta y salir a un estrecho vestíbulo, corrió, serpenteó a izquierda y derecha hasta llegar a otra puerta que esta vez no pudo abrir. Cuando giró sobre sus talones se encontró con el puño cerrado de Vlad.

— ¡Joputa! — exclamó mientras se llevaba las manos a la ensangrentada nariz. Se iba a lleva otra caricia, pero Alonso lo impidió agarrando del brazo a Vlad.

— Tranquilo, — a Alonso le faltaba el aliento tras la carrera a pata coja — recuerda que hemos venido aquí a hablar, ¿eh? Dejemos que se exprese el chaval.

Vlad pareció comprender, se deshizo bruscamente de la mano de Alonso y se apartó unos centímetros. Su mirada rebosaba sangre, su mandíbula vibraba como la de un perro rabioso hambriento.

Alonso dijo:

— Mira socio, Rober ¿verdad?, solo queremos hacerte un par de preguntas, ¿vale? Si eres bueno y nos dices lo que sabes podrás ponerte un trozo de algodón en la nariz y volver a tu reunión como si tal cosa.

— Yo no sé na, payo. — Rober se quitó las gafas de sol, de su fosa derecha corría un hilo rojo.— Yo estoy aquí de buenas, intentando desintoxicarme y to eso. Tú me entiendes. No me meto con nadie.

— Entonces, ¿por qué corrías?

— Porque no me gusta este julay… ¿Ves? — se tocó el labio y mostró la sangre en su dedo — Hacía un siglo que no lo veía y lo primerico que hace es soltarme una guantá.

— A mí tampoco me cae bien, que quieres que te diga, pero si quieres que haya paz y nos volvamos por donde hemos venido te ruego que respondas a…

— ¿Cómo te has hecho eso del pie, payo? — preguntó Rober, adelantándose.

— ¿Esto? — Alonso vaciló — Nada, se me cayó un bote de colonia, como a Cañizares en la concentración de aquel Mundial… ¿o era Eurocopa? — a Alonso se le fue la cabeza momentáneamente —¡Qué más da! Mira, Rober, queremos que nos digas cuando fue la última vez que viste a esta señorita. — Alonso hurgó en sus bolsillos — Y no me vengas con el típico cuento de que no la conoces.

Alonso le mostró la fotografía de Julia Castro. Rober miró a la foto, miró a Alonso y por último miró a Vlad.

— ¿Esa zorrica traidora? — dijo. — Y yo que pijo sé.

Vlad apartó de un empujón a Alonso, agarró a Rober por sus partes y lo levantó en peso. Su grito y su expresión fueron harto desagradables.

Alonso miraba atrás con miedo de que alguien apareciera preocupado por los dos tipos raros y el gitano que correteaban por la parroquia.

— Responde pregunta o te arranco huevos de cuajo. — exhortó Vlad a escasos centímetros del rostro de Rober.

Vlad apretó más y más. El rostro de Rober pronto asemejó un globo inflándose más y más.

— Vale, julay,…vale. — consiguió decir Rober con un hilo de voz. — Hablaré.

Vlad le soltó, cayendo al suelo como un saco de patatas. Rober se llevó las manos a sus partes con esforzado gesto de dolor. Su cara estaba roja y sudorosa.

— Amortajao te veas tú y toa tu casta… — profería Rober medio para sí.

— Venga, canta ya. — terció Alonso. — Acabemos con esto.

El gitano logró ponerse en pie con sumo esfuerzo. Su rictus era de profundo dolor.

— Ya te he dicho que no sé ande está metía. La última vez que vi a la paya fue en “La Dalia Rosa” hace ya, justo después de que empezara a trabajar pal chungo ese del Serbio.

— ¿Hablaste con ella aquella noche? — inquirió Alonso.

— Bueno, apenas un par de palabritas. Tú me entiendes. — poco

a poco Rober se iba recomponiendo, recuperando la total verticalidad. — Ella sabía que no me hacía ninguna gracia que se hubiera ido a la competencia… Aunque también es verdad que estuvo lista, supo elegir al caballo ganador. Fue irse ella y a nosotros nos empezó a ir de culo…

— ¿Discutisteis?

— No, hombre, tampoco fue discutir, solo le di mi opinión. Tú me entiendes. Era una buena zagala, pero no tenía lealtad pa nadie. La Benítez, aunque la quería mucho, la caló, y por eso permitió que se fuera.

Un rayo cruzó la mente de Alonso.

— ¿Cómo que "la"? Un momento, ¿Benítez es una mujer? — preguntó el detective contrariado, le quemaba ir enterándose sobre la marcha de las cosas.

— Pues claro, lumbrera — dijo Rober — ¿De dónde has sacado a este tío, Vladimir?, ¿del Barrio Sésamo?

Genial, estupendo, fenómeno. Ahora había que hacer una nueva visita.

— ¿Y sabes dónde podemos encontrar a la susodicha Benítez? — preguntó Alonso, armándose de paciencia.

— ¿Así de gratis?

— ¿Cómo?

— Hombre, payo, una ayudica por la información sería lo suyo, ¿no? Ya ves cómo estoy, aquí tratando de pasar el mono. Tú me entiendes.

Alonso miró a Vlad el cual, despacito despacito iba desenvainando su cuchillo por encima del cinturón.

Obviamente Rober lo vio. Y obviamente cambió rápido de parecer.

— ¡Vale, vale! Aguanta la chori…— Rober levantó las manos en evidente signo de rendición — No sé donde estará ahora mismo, lo que sé que cuando liquidó el negocio alquiló un pisico de esos guapos en Juan Carlos I…

Rober les dio la dirección exacta, recompuso sus ropajes y acompañó a Vlad y Alonso hacia la salida. En su camino se cruzaron con la terapeuta y algunos miembros del grupo de ayuda. Rober se colocó de nuevo sus gafas de sol y les dijo que no se preocuparan, que eran unos amigos de la mili y que todo estaba guay. Otra cosa no, pero cuento tenía un rato.

Antes de irse definitivamente, Vlad se acercó a Rober y le susurró unas palabras al oído. Alonso no necesitó oírlas para imaginarse la naturaleza de las mismas. El pobre Rober viviría con

cierto resquemor unos días, durmiendo con un ojo medio abierto, sospechando de cualquier extraño crujido a su alrededor. Vlad tenía el don de la intimidación, de infundir verdadero temor con solo una mirada. Bien mirado no era un mal compañero de viaje, Alonso podría ser el cerebro y Vlad el músculo, la presión. Una extraña pareja al margen de la ley que ansiaba más separarse que resolver el caso en el que se hallaban inmersos.

22 - En la cama.

Una grisácea capa de nubes bajas cubría la sierra que rodea la ciudad, amenazando con descender en el momento más imprevisto y sumirlo todo en un definitivo apocalipsis.

Vlad conducía y Alonso no paraba de darle vueltas a las palabras de Rober. Trataba de sacar algo en claro, encontrar alguna línea, alguna clave que le hiciera encender su particular bombilla. Había entrevistado ya a media docena de personas, y ninguna había visto a Julia desde hacía meses. Aquello solo podían significar dos cosas: o había emigrado, o estaba muerta. Y ninguna de las dos opciones le valía para seguir preservando su pellejo. Volvió a entablar conversación con su rudo compañero.

— Rober ha dicho que Benítez *quería* a Julia… ¿qué habrá querido decir con eso? ¿La quería como una hija o algo así? Eso podría ser interesante.

Vlad no respondió.

— No sabes, ¿eh? A lo mejor Benítez es lesbiana, no sé, o bi. Todo pudiera ser… Quizás tuvieron algún tipo de relación que acabó mal, y por eso dejó que se marchara… A veces si no se tiene todo con la persona a la que se quiere es mejor no tener nada. ¿Me explico?

Silencio. Ni media palabra. Alonso tenía la sensación de estar pensando en voz alta, pero no se iba a detener, igual sacaba algo.

— Si estuviera en lo cierto existe la posibilidad de que Julia acudiera a Benítez cuando escapó de vosotros… — los ojos de Alonso se movían rápidamente, como si estuviera leyendo un libro en su mente — Y si Benítez llegó a sentir algo por ella en el pasado, a lo mejor la ayudó. Ya sabes, donde hubo fuego siempre quedan cenizas.

— O a puede que Benitez le cortara cuello — soltó de repente Vlad.

Alonso se le quedó mirando con la boca ligeramente abierta.

— Eres consciente de que todo el mundo no es tan salvajemente agresivo como tú, ¿verdad?

El hombre del Serbio no dijo nada, chascó su lengua en signo de disgusto y se limitó a seguir conduciendo. La ancha avenida se extendía ante ellos salpicada de más coches y el tranvía color verde manzana. Una vez dejadas atrás un par de rotondas avanzó hasta el Instituto del mismo nombre de la calle, estacionó casi en la puerta y ambos abandonaron el vehículo. Bordearon el complejo pasando

por un pequeño y alargado parque con bancos y zonas verdes hasta desembocar en la avenida de Europa, amplia calle-salón con edificios de varias plantas y algunos locales de tapeo con terrazas a ambos lados y ristras de extrañas farolas cuyos globos caían como sinuosas patas de araña por todo el centro del paseo.

Se dirigieron al edificio en cuestión, de fachada color arena, ventanas de aluminio granate y diez plantas hasta el cielo. Llamaron aleatoriamente a varios timbres hasta que alguien abrió tras decir Alonso que se trataba de "Publicidad". Cruzaron rápidamente el amplio vestíbulo de espejo y se dirigieron al ascensor. Planta séptima. La potente luz del ascensor permitía ver en sus grandes espejos todas las impurezas e imperfecciones del rostro, amén de las heridas. Alonso no pudo evitar pensar que se estaba haciendo viejo. Muy viejo ya.

La campanita de llegada precedió a la apertura de puertas. El rellano de la planta séptima era un lugar luminoso gracias a un amplio ventanal al final del mismo que daba unas impresionantes vistas del centro de la ciudad, con la torre de la Catedral dominando la escena. Alonso no pudo evitar recordar las clases de su profesora de historia del arte, y las plegarias que se realizaban en dicho campanario durante varios siglos para que lloviera. En aquellos momentos sería más preciso rogar por todo lo contrario. Aquella y otras impresiones fueron relegadas a un segundo plano tras descubrir que la puerta del piso que buscaban, el 7 B se encontraba ligeramente entornada. O lo que es lo mismo, abierta.

Alonso miró a Vlad, y Vlad adelantó a Alonso. Tomó la iniciativa. Ese hombre no tenía temor ni miramiento por nada. Y eso era peligroso, muy peligroso. Con suavidad terminó de abrir la puerta principal y ambos se internaron por el pasillo de entrada tras cerrar la puerta con un mínimo empujón de codo. No se oía absolutamente nada. Avanzaron cautelosamente pisando un impoluto suelo de mármol a través de unas inmaculadas paredes blancas escasamente decoradas. Al llegar al salón comprendieron que se trataba de un piso de diseño: pocos pero elegantes muebles, formas lisas y rectas, blanco y negro predominantes. Las cristaleras del balcón le otorgaban una preciada luz natural. La televisión estaba apagada, el cenicero sobre una pequeña mesa auxiliar estaba lleno de colillas. A su lado dos vasos con un dedito de licor. Alonso se acercó a olerlos, vodka. Sobre el cheslong negro había una manta roja arrugada y un cojín. Daba la sensación de estar todo como a mitad. Nadie se había cobrado la molestia de arreglar un poco el piso.

Dejaron la zona de salón y prosiguieron por un corto pasillo con tres puertas. La primera era la de un baño, vacío, las otras dos, una frente a la otra, debían ser habitaciones. Primero abrieron la de la derecha, se trataba de un estudio, con su veneciana, sus estanterías con libros, su mesa de despacho con ordenador y demás cosas típicas de despacho.

Lo que descubrieron en la habitación de enfrente les resultó mucho menos típico. Al menos a Alonso.

Era el dormitorio principal (y único, al parecer), unas vaporosas cortinas de seda dotaban a la estancia de una cálida iluminación. Un par de mesitas de noche blancas franqueaban una gran cama deshecha con colcha a rayas blancas y negras y una almohada con el hueco de una cabeza bien marcado. Acostada boca arriba, despatarrada y con los brazos casi en cruz, había una mujer de unos cuarenta años, de cabello rubio probablemente teñido, vestida con una bata de seda fucsia, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Vlad quedó petrificado, Alonso se acercó con suma lentitud y cuidado alargando sus dedos índice y corazón de la mano derecha hacia las fosas nasales de la mujer. Se mantuvo a escasos centímetros unos instantes. Después se alejó y dijo:

— Nada, no respira. Está más tiesa que la mojama.

Meditabundo, Vlad comenzó a estudiar con su mirada la escena.

— Es ella, ¿verdad? — preguntó Alonso. — Es esa famosa Benítez.

Vlad asintió. Alonso suspiró. No era el primer cadáver que veía en su vida, aunque sí el primero en ser probablemente asesinado. Lo primordial en aquellos momentos era mantener la calma, pensar fríamente y, sobre todo, no tocar absolutamente nada. Es más lo que debían de tratar es de no dejar ni el menor indicio que dijera que habían estado allí. Por otro lado, habían llegado antes que la Policía, antes siquiera de que la Policía se enterara de que dicho crimen había tenido lugar. Y eso era una ventaja que debían aprovechar.

No podían saber el tiempo de que disponían, quizás minutos o quizás semanas. No se podían arriesgar a que cualquiera entrara y los pillara *in situ* con una muerta. ¿Una asesinada? Eso era muy mala cosa. Alonso comenzó a elucubrar, examinó visualmente a la Benítez, su horrenda postura, su falta de heridas, sangre o incluso moretones. No había signos de lucha en esa estancia, las uñas no contenían sangre ni restos de nada. Su cuello no presentaba hematoma alguno. ¿Veredicto?

— Una de tres: o ha sufrido un infarto, o se ha suicidado, o ha

sido envenenada. — dijo el detective. — Tenemos los vasos del salón a medio beber, y aquí a esta con este rictus tan… llamativo. Esto ha debido de ocurrir hace un rato. Yo diría que recibió a alguien conocido, ella estaba recién levantada, aun en bata, y ambos tomaron un lingotazo en el salón. El asesino debió de verter algún tipo de droga o Dios sabe qué en la bebida de Benítez y ésta, cuando le hizo el efecto, se desparramó sobre la cama, ahogándose de alguna manera.

Vlad perdía su mirada en el curioso cuadro abstracto de verticales y salvajes trazos rojos que había sobre el cabecero, parecía ensimismado, sin embargo, había escuchado todo con atención.

— Puede. — dijo al fin. —Pero, ¿quién pudo ser?

— Bueno, tanto o más importante del quién es el por qué. Y yo diría más, ¿por qué precisamente hoy? — Alonso mesó su mentón— No sé… esta mujer podría tener varios enemigos, ¿no?, asuntos de drogas, dinero, deudas, crímenes varios… quién sabe. Supongo que se relacionaba con gentuza de ese tipo… No te ofendas.

— Sigue.

— Lo que más me escama es que el asesinato haya tenido lugar hoy, justo hoy que decidimos venir a visitarla. — hizo una pausa, procedió entonces a rascarse la barba del cuello — Es raro, condenadamente raro.

— ¿Y por qué puerta abierta? — preguntó Vlad, dejando evidencia de que aparte de músculos también albergaba un cerebro en el cuerpo. — ¿Entras, matas y te vas dejando puerta abierta?

— Ya… eso también es extraño. A lo mejor fueron las prisas, o los nervios. O la inexperiencia. Matar a alguien debe ser difícil… — Alonso miró a Vlad con ojos de carnero degollado — Bueno, para unos más que para otros. Lo que quiero decir es que si es su primer asesinato, aunque lo tuviera todo pensado y requetepensado, los nervios le pudieron y simplemente se fue sin cerrar la puerta. No sé, solo son conjeturas…. Y lo de la puerta solo es un minúsculo detalle. Esto es una jodienda en toda regla.

— Tenemos que ir de aquí. Ya no tenemos nada que hacer— dijo acertadamente Vlad tras unos segundos de silencioso meditar. — Los muertos no hablan.

— Cierto, por primera vez estoy plenamente de acuerdo contigo, los muertos no hablan.

23 - Entrañas.

“Come y descansa, esta noche vamos a ver a jefe”. Esas fueron las últimas palabras que Vlad dijo a Alonso antes de dejarlo en su piso-despacho. Más una orden que un consejo.

Nada comió, y apenas algo descansó. Su cabeza se lo impedía, su mente trabajaba como una locomotora sin frenos y excedentes de carbón. Lo que sentía no era estrés, era lo siguiente. Esa desesperación que se aloja bien adentro, junto a los huesos, poniendo a los nervios al mando de la situación. Alonso debía sosegarse, su garganta estaba cerrada, pero aún así debía esforzarse por reconstituirse. La botella de Terry que guardaba en el último cajón de su escritorio podría ser una momentánea solución. No precisó de vaso. Un par de tragos más adelante seguía viendo el porvenir negro, pero al menos sus entrañas le daban una tregua.

La pregunta que más acudía a su cabeza era ¿por qué?, ¿dónde encajaba la muerte de la antigua jefa de Julia en todo eso? ¿Y por qué justo ahora? Si se trataba de una simple casualidad debía ser la mismísima madre de las casualidades. Sostuvo una vez más la foto de Julia Castro en sus manos, perdiendo la noción del tiempo observándola. Trató de poner todas las cartas de que disponía sobre la mesa: recordó la charla con los hippies, el Rey y su novia, el estrambótico profesor Sam, Nadia, la prostituta castigada por un delito que ni se atrevía a imaginar, el tipo extraño de la nave okupa… Por más vueltas que le daba a todo no llegaba a ninguna conclusión. O desataba su desaforada imaginación o no encontraba más que testimonios sesgados, mínimamente conectados. Trocitos de una porción de vida que ya no estaba seguro de que siguiera latiendo. Todos tenían en común una cosa: Julia era especial. Tenía un don, un “algo”, que la hacía destacar entre la deshonrosa calaña que la rodeaba. En un mundo tan oscuro, tan egoísta, ella era capaz de irradiar empatía, crear sentimientos en las gentes que tenía cerca. Casi todos hablaban bien de ella, una oveja descarriada con la facultad de alegrarte el día. O de complicarlo todo, dadas las circunstancias. La clave era ese extraño emperador del submundo conocido con el sobrenombre de *El Serbio*. Un tipo inquietante, dado a los discursitos y las historias estrafalarias, que amaba y odiaba a partes iguales a la desaparecida. En sus palabras, su tono de voz y sus ojos se intuían fuertes sentimientos hacia la chica, cierta adoración, aunque no podía dejar de perseguirla por miedo a que expusiera al mundo sus turbios y desangelados negocios.

Y en las mismas se encontraba, sin pretenderlo, Samuel Alonso, titular de la agencia de detectives Aloser, ahora investigador privado de una mafia exportadora de órganos ilegales. Cuando todo acabara, si es que acababa, sería él el que debería rendir cuentas ante el Serbio. Sus días podían estar contados, y lo único que trataba de hacer a cada segundo era hallar la salida de aquel execrable túnel.

En algún momento de la tarde noche cerró sus párpados y entró en un pequeño trance. Ni despierto ni dormido. Algo alrededor cambió. La mesa era distinta, al igual que las cortinas, él no tenía cortinas, el suelo aparecía ajedrezado, las paredes estaban pintadas de un llamativo color rojo. Pero a pesar de todo seguía sintiendo el despacho como suyo. Bajo la puerta de entrada se proyectó una tira de luz, después dos alargadas sombras que se adentraron en el suelo hasta mitad de la estancia. Había alguien al otro lado, pero Alonso permanecía impasible en su sofá. Una llave deslizándose por la cerradura, la puerta crujió antes de abrirse por completo. Al otro lado estaba ella, exactamente igual que en la foto: lucida melena rubia, intrigante mirada, deseables labios. Tan esplendorosa como una cascada milenaria. Vestía ceñida camiseta de tirantes blanca y una falda larga hasta los tobillos. Una delgada hada entre este y el otro mundo. Traspasó el umbral y cerró la puerta. Se descalzó las sandalias y anduvo casi levitando hasta el detective. La sensación de familiaridad, de rutina, era aplastante. Julia llegó hasta Alonso y se inclinó suavemente sobre él, paseó su mirada de los ojos a los labios, y selló el saludo con un cálido beso. A continuación vendría el "¿qué tal te ha ido el día, cariño?", intercambiarían un par de manidas frases sobre sus respectos trabajos mientas ella se aproximaba a la pequeña nevera del fondo y sacaba un par de cervezas y un tupper de plástico. Después abría un cajón y sacaba dos tenedores antes de volver con todo y sentarse al lado de su querido detective. Alonso sonreía satisfecho. Julia le pasaría una cerveza y un cubierto antes de abrir la tapa del envase. Un breve arrumaco previo a la cena. Una alucinante sensación de intimidad. Eran felices y nada afuera les importunaría jamás. Era hora de degustar tan jugoso plato. Alonso dedicó una cómplice mirada a Julia y llevó su tenedor al amasijo de carne cruda y ensangrentada contenido en el tupper. Como si fuera lo más normal del mundo, Alonso pinchó un trozo y se lo llevó a la boca, Julia hizo lo propio. Ambos masticaban y masticaban, ensuciando sus comisuras de sangre, destrozando aquel indómito mondongo.

Una vez saciados lanzaron tupper y botellines a otra parte y

pasaron al siguiente tema. Los ojos de Julia se abrían cual lechuza. Las manos de Alonso se enredaban en el voluptuoso cabello de oro, las de Julia se perdían en latitudes más meridionales. Sus bocas se fundieron en una, enseñando el camino a sus cuerpos. Julia abrió en dos la camisa de Alonso y comenzó a dar pequeños besos del cuello hacia el pecho, del pecho al vientre. Se detuvo en el ombligo y clavó sus dientes con saña. El tiempo de los besos había pasado, pero a Alonso parecía no importarle demasiado. El primer bocado fue precedido por un segundo, y aquel por un tercero. Cuando Samuel se quiso dar cuenta Julia se estaba dando un festín con sus entrañas. Sus dientes relucían escarlata. No le dolía, no le daba ni siquiera asco.

Aquello no duró mucho. La metálica voz de Vlad le sacó de su dulce pesadilla.

— ¡Despierta! Jefe nos espera.

Visiblemente aturdido, Alonso paseó su mirada de forma compulsiva por toda la habitación a la par que se llevaba instintivamente sus manos al estómago. Pronto comprendió, mas tardó un buen rato en quitarse ese grotesco sueño de la cabeza.

24 - Amor.

La noche había caído como un pesado telón de fondo. El aire era frio y cortante, las estrellas titilaban incansables desde el otro lado de la bóveda. La atmósfera radiaba humedad a pesar la tregua.

En apenas veinte minutos llegaron al reino del relente que era el párking de “La dalia rosa”. Más despejado que en fin de semana, aunque manteniendo una clientela más que aceptable.

Se dirigieron a la entrada principal. El gorila de la puerta saludó a Vlad y preguntó con sorna a Alonso qué se había hecho en el dedo. Éste respondió que un perro había confundido su dedo con una salchicha y entraron.

El movimiento adentro era el habitual. El tono dominante aquella noche era el azul. Potentes neones del techo, la barra y paredes otorgaron al espacio una metalizada y ochentera atmosfera. En la de la esquina del fondo se encontraba un señor que parecía sacado de un catálogo de Emidio Tucci: el Serbio. También conocido como jefe.

— Sentaos, sentaos. — dijo el Serbio haciendo un ademán hacia las sillas que tenía enfrente. — Poneos cómodos, ahora vienen las bebidas.

Vlad y Alonso obedecieron. Este último, con sumo cuidado de no lastimarse aún más el pie, desplazó medio metro su silla de la mesa y sentó. El lugar olía a ambientador de vainilla. Por los altavoces sonaba una de esas interminables canciones chillout.

— ¿Cómo llevas el dedo, chaval? — preguntó cortésmente el Serbio.

— Cojonudo, siempre quise tener una cojera. Ya sabes, como Dustin Hoffman en “Cowboy de medianoche”. Me da personalidad, ¿verdad?

— Seguro. Al menos sigues andando, que no es poco.

— Supongo que no.

Se acercó una chica con top ajustado y minifalda que portaba una bandeja redonda con tres copas. Era la misma camarera a la que Alonso entrevistó unas noches atrás. Algo pasaba con su ojo. Algo que ni todo el maquillaje del mundo pudo tapar.

Dejó los vasos sobre la mesa con un mínimo temblequeo y se fue con la mirada gacha. El temor pesaba en el aire.

— Hay cosas peores, mucho peores. — el Serbio dio un sorbo de su copa. Tras el mismo parecía satisfecho. — Por ejemplo lo que le ha pasado a nuestra amiga Benítez. Eso ya no tiene remedio, me

temo… O esto. — elevó el brazo protésico. — Y cosas de las que deberías preocuparte más, como de ese anillo dorado que llevas en la mano derecha y lo que significa. — Otro trago — Es curioso, ¿sabes por qué los romanos otorgaron al dedo anular la función de llevar anillo?

Alonso le miró con cara de Póker.

— Pues verás, — prosiguió el Serbio — resulta que un autor del siglo II o III, no recuerdo bien, Aulo Gelio se llamaba, sostenía que existe un nervio muy fino que parte de dedo anular y llega hasta el corazón. Por eso eligieron ese dedo como "anular", por la estrecha conexión que le une al órgano principal del cuerpo. Órgano al que se le asigna, como sabes, la esencia del amor. Amor que hay que cuidar, proteger…Sería una pena acabar con el amor. Pero claro, sin duda ocurren muchas desgracias en el mundo.

— Órganos y desgracias, de eso debe usted saber mucho. — Afirmó Alonso — No me explico cómo alguien que hace lo que usted puede pegar ojo por las noches….

Alonso no le quitaba la mirada de encima. Parecía que sus ojos mantuvieran un duelo.

— Sabiendo cual es mi lugar, mi cometido. Creo que partes de una base equivocada, yo no soy el malo malísimo. Tan solo un eslabón más de la cadena.

— Sí, de la cadena del wáter. — dijo Alonso mientras echaba mano de un cigarrillo y se lo ponía en los labios.

Solo faltaba música de pianola y bailarinas de SALOON.

— O de la cadena que me tuvo preso dieciséis meses en un agujero excavado en una vieja fábrica de Kosovo. — El tono del Serbio adquirió un tono mucho más grave — Siendo golpeado, quemado y cortado una y otra vez… Comiendo excrementos, bebiéndome mi propia orina, obligándome a ver como decapitaban a los demás prisioneros, incluso a niños. — un incipiente temblor acudió a sus labios — Nadie es capaz siquiera de imaginarse lo que se siente en una situación como esa… Es más que impotencia, más que odio. Es dolor, un dolor intenso que recorre tus entrañas, que te impide respirar, pensar, que te paraliza y te hace desear con toda tu alma que el siguiente en ser ejecutado seas tú.

"Pero no fui yo… — prosiguió el Serbio alzando sus blanquecinas cejas — Un día noté algo duro bajo la tierra del zulo donde me tenían encerrado. Escarbé y escarbé con mis dedos hasta arrancar mis uñas y despellejar mis huellas hasta que di con una roca del tamaño de mi puño. Al principio estuve golpeando la cadena durante días, semanas. No había nada que hacer. Luego

pensé en usarlo como arma, hacer que alguno de los soldados que una vez cada dos días nos daban de comer se acercara lo suficiente a mí y ¡zas!, darle por sorpresa en la cabeza hasta que le saltaran los sesos… Pronto comprendí que eso no me llevaría a ninguna parte. Quizás matara a un guardia, pero seguiría habiendo un par más y yo seguiría encadenado a la pared. ¿Puedes adivinar cuál fue mi siguiente movimiento, detective?

Alonso desvió fugazmente su mirada de los ojos del Serbio a su mano protésica. No sabía explicar por qué, pero aquello le turbaba profundamente. En sus labios balanceaba un cigarrillo sin encender.

— Sí. ¡Bingo! Agarré bien la piedra con mi mano derecha y comencé a golpear la izquierda con todas mis fuerzas… Aunque el dolor me destrozaba no podía gritar, debía evitar llamar la atención de los guardias. Se me saltaban las lágrimas, sudé como nunca jamás. — El Serbio comenzaba a sudar — Golpeé y golpeé mi mano, rasgando la piel, partiendo huesos e incluso arrancando algunos dedos. No paré hasta que mi mano se convirtió en una masa sanguinolenta.

El Serbio hizo una parada, su mirada perdida en los nones del techo evidenciaba que se hallaba reviviendo el escalofriante hecho que acababa de relatar.

— Es terrible, realmente terrible, — dijo Alonso — pero nada de eso justifica sus actos posteriores.

Aquellas palabras hicieron al Serbio volver a la Tierra.

— Puede que no, pero me han hecho tal y como soy. Y ya no hay camino de vuelta.

La repetitiva música seguía sonando. Las luces habían pasado de azul a verde. En el escenario una chica ligera de ropa se contorneaba alrededor de una barra de acero. Y los clientes iban a lo suyo, bebiendo y riendo, penetrando con la vista, ajenos a la conversación que tres tipos serios mantenían en una mesa del fondo.

— ¿Sabe? Yo habré tenido una vida relativamente cómoda, — dijo Alonso, quitándose el cigarrillo de la boca— no me ha faltado nunca el pan sobre la mesa, ni techo donde cobijarme, y no, gracias a Dios no he tenido que sufrir una guerra. Capto el mensaje que me quiere transmitir. Lo capté ayer muy bien, sino no estaría aquí compartiendo mesa con el tipo que me corta un dedo y amenaza a mi familia. Tenía usted razón, nos une el mismo interés, si bien no creo que la misma resolución… No quisiera que a Julia le pasara nada malo, pero veo que eso está fuera de mi alcance ahora mismo…

— Y así seguirá. — intervino Vlad.

— Bueno, lo que sea. El caso es que, y tras la mala suerte que hemos tenido con la señora Benítez, para resolver este asunto necesito cierto grado de transparencia. — El detective carraspeó, se mesó el mentón — Me explico. Obviamente no me interesan para nada los negocios en los que ustedes estén involucrados. Eso ni es ni será asunto de mi incumbencia nunca. — Alonso hizo la señal de boca cerrada con cerradura — Sé lo que me juego, así que podéis estar bien tranquilos en ese aspecto. Ahora bien, necesito saber una serie de cosas acerca de Julia. Detalles que me hagan comprender mejor esta situación y me ayuden a dar con ella.

— Dispara, chaval. — dijo el Serbio.

— Vale. Ehm, el tipo este al que visitamos esta mañana…, Rober, dijo algo así como que usted se encaprichó de Julia y entonces la trajo a trabajar aquí. Cuénteme como la conoció.

— A ver. Antes de nada debo aclarar una cosa: Julia no trabajaba aquí. Ella nunca fue ni camarera, ni relaciones públicas, ni mucho menos chica de compañía, ¿entendido? — Alonso asintió — Yo jamás la usaría para eso… No, ella, ella es especial, ¿sabes? No es la típica chica mona cabeza hueca. Es una mujer lista, ingeniosa, con visión. Una mujer de los pies a la cabeza. Un ángel.

— También tengo entendido que es, o era, adicta. — añadió Alonso.

— Bueno, ¿y quién no lo es? — dijo el Serbio, señalando hacia el cigarrillo apagado con el que Alonso jugueteaba sobre la mesa — Tuvo sus momentos más delicados, y sus momentos mejores. Pero no era una yonki. Ella aspiraba a más, a mucho más. A demasiado, quizás. — Hizo una nueva pausa y se mesó los canos cabellos — La conocí aquí mismo, una noche lluviosa del pasado marzo. Me acuerdo de esto porque ella no llevaba paraguas, y era tal el torrente de agua que caía que solo del trozo del parking a la puerta acabó calada hasta los huesos. Yo estaba exactamente aquí, sentado con mi destornillador. La puerta se abrió y entró ella. He visto chicas hermosas en mi vida, y aquí hay unas cuantas, pero te digo que jamás vi ninguna como ella. Era tan hermosa porque no se esforzaba por serlo, no iba particularmente arreglada, ni maquillada. Su vestido era muy normalito, ya me entiendes, nada del otro mundo. No iba para nada de gala. Pero aún así quede como hechizado de sus ojos, sus cabellos… Su belleza serena, natural.

Alonso asentía levemente. Él, aún sin conocerla, sabía a qué se refería.

— Está hecho usted todo un poeta.

— En esta vida hay cosas que te inspiran poesía y cosas que te inspiran pesar. Curiosamente Julia comenzó siendo una cosa para transformarse en la otra…. — de nuevo, el gesto del Serbio se perdía en el aire durante unos segundos. — Pero como te decía, entró chorreando agua, se sentó en esa mesa de allí y fui a recibirla. Iba con ese Rober y otro par de chicas más. Les traje unas toallas, les invité a unas copas, charlamos. Lo típico. Una cosa llevó a la otra y finalmente acabamos solos. Era evidente que ella buscaba trabajo, sabía perfectamente que el negocio de Benítez iba de capa caída. Y por eso se acercó a mí. Pero eso no me importó, es más me gustó. Fui débil, y no me avergüenza admitirlo, porque si me ocurriera otra vez volvería a hacer todo tal y como lo hice.

— Entonces volvieron a verse…

— Así es. Cada noche enviaba a Vlad a recogerla y cenábamos por ahí, en sitios caros, lujosos. Nos divertíamos. Pero ella no solo quería pasarlo en grande, también quería proponer, crear algo. Tenía sus sueños, sus inquietudes. Fue entonces cuando surgió lo del comedor social de Cartagena. Negocio que aunaba sus necesidades y las mías.

— Ya me imagino la escena. — Alonso comenzó a elucubrar en voz alta — Al poco de comenzar con el comedor vio algo que no tenía que ver. Tal y como me ocurrió a mí… Entonces empezaron las preguntas, las sospechas. Se asustó. Se asustó mucho y trató de hacerle la Pascua.

— Sí. En teoría ella solo era la encargada de recibir a la gente y supervisar que todo estaba correctamente…— el Serbio miró hacia sus puños apretados encima de la mesa — Supongo que no fue culpa de nadie, tan solo de la curiosidad… Hay personas que siempre quieren más y más. Si te va bien, si eres feliz con lo que tienes, ¿por qué ir más allá?

— Y la curiosidad mató al gato. — dijo Alonso.

— ¿Cómo?

— Es un dicho popular, creí que le gustaban…

Amor. Así que al final era una jodida historia de amor, pensó Alonso. ¿Por qué no? Al fin y al cabo hasta el mayor psicópata que pisara la tierra era en el fondo un hombre. Y los hombres tienen necesidades, sueños, fantasías, sentimientos. Una relación atípica con un comienzo de lo más ortodoxo: viejo conoce a chica. O mejor, chica hace lo posible para conocer a viejo. Viejo queda prendado de chica. Chica le saca los cuartos. Y más, mucho más. Hasta que un buen día chica descubre que los turbios negocios de viejo son mucho más escabrosos de lo que tenía en mente. Zas. Todo se

evapora.

Alonso soltó una sonrisita nerviosa. Se sentía el tío más afortunado del mundo. El rey de los pringados.

— Bueno, ¿y qué más? — preguntó el detective.

— ¿Qué más de qué?

— De lo que sea. Cualquier cosa que nos saque de este atolladero.

— Vlad ya te ha contado el resto. Un buen día simplemente desapareció. La buscamos por todas partes, preguntamos a nuestros contactos, extendimos nuestras redes… pero nada de nada.

— Puff. Imagino que habréis sopesado la opción de que se encuentre lejos, muy lejos de aquí. Si tenía dinero y posibles quizás ande por Pernambuco o Venezuela. Si yo tuviera opción emigraría a la luna…

— Ni allí estarías a salvo. — gruñó Vlad.

— Apuesto a que no. — Alonso suspiró, el tipo que tenía delante era peor que un perro con un hueso. — Si por vuestra parte ya está todo dicho, me gustaría hacerle algunas preguntas al personal de por aquí. No sé, alguien que se llevara particularmente bien con Julia, una amiga…

— Nadia. — dijo el Serbio

— ¿Nadia? — repitió Alonso, como si no hubiera oído ese nombre en su vida.

— Nadia es…, bueno, era, una de nuestras chicas. Ahora, tras sufrir un desgraciado accidente se encarga de otras labores menos destacadas. El caso es que ella y Julia se llevaban muy bien, conectaron. Ya sabes cómo son las mujeres, se podían tirar hablando horas y horas y horas…

Alonso lo sabía bien, pero disimulaba mejor. En su cabeza bullían algunas ideas y muchas preguntas. Ideas y preguntas que, mal ejecutadas, bien podrían llevarle a la tumba. Nadia era en aquel momento la mejor opción, en realidad la única opción. Si sabía cuál fue su última dirección cabía la posibilidad de que supiera algo más. Algo a lo que ella quizás no le diera ni importancia, pero que para el oído experto significara mucho. Si alguien podía arrojar algo de luz en el aquel pozo sin fondo sin duda era ella.

El Serbio oteó el horizonte, echó una mirada en derredor. Quedó con gesto extrañado. Miró hacia la barra, alzó la mano, y meneó el dedo índice como diciendo “ven aquí”. Segundos más tardes ahí estaba la camarera.

— ¿Dónde cojones está metida Nadia? — le preguntó a la chica.

— Debe de estar en una de las habitaciones. — Contestó — Hace

un buen rato me dijo que estaba muy cansada, que se iba a echar un rato y que no la molestara.

El Serbio se puso en pie e indicó a Alonso que lo siguiera. Vlad permaneció sentado en su silla, de momento no había órdenes para él. El detective agarró su copa y se fue con ella tras el jefe.

Una gran puerta doble tipo salón de western daba lugar a un estrecho y largo pasillo escasamente alumbrado por un par de bombillas sobrevoladas por polillas con puertas a ambos lados. Anduvieron hasta la tercera puerta de la izquierda y llamaron. No oyeron ni respirar. El Serbio volvió a golpear la puerta con sus nudillos. Ni se oía ni se percibía movimiento alguno. Todo parecía en calma, desierto. Cansado de esperar, el mafioso profirió en su lengua lo que debía ser el equivalente del "a tomar por culo" español y procedió a abrir la puerta con su propia llave.

El chasquido de la cerradura y el quejido de las chirriantes bisagras fueron el preludio de una nueva imagen dantesca. Era un cuarto oscuro y desapacible, sin ventanas, casi sin muebles. Sin vida. La última vez que airearon esa habitación Franco debía de ser cabo. No tuvieron que esperar mucho para verla, dado lo pequeño de la estancia. El Serbio se quedó congelado, incrédulo, atónito. Alonso se asomaba por encima de su hombro con ese miedo de saber que estás a punto de ver algo horrible. Una lacerante sensación de deja vú, un escalofrío en las entrañas. ¡Otra vez no!

Tumbada boca arriba sobre el estrecho camastro se encontraba el cuerpo sin vida de Nadia. Sus ojos sin mirada se perdían por algún punto del amarillento techo. Su lengua mordida emergía unos centímetros de la boca. Los brazos en cruz. La falda ligeramente remangada mostraba el interior de sus blancos muslos. Aún llevaba los elegantes zapatos rojos de tacón de aguja puestos. También las bragas.

Silencio absoluto. Rabia contenida. Incredulidad. Certezas.

Pasaron y cerraron la puerta tras de sí. Delante tenían nada menos que el ejemplo gráfico de la frágil belleza del ser humano.

El Serbio se encontraba seriamente contrariado, más por lo que significaba este asesinato, y que hubiese ocurrido en sus propios dominios, que por la asesinada en cuestión. La sangre latía en sus oídos, presionando toda su cabeza, precisándole de un buen grito liberador, pero se contuvo. Debió de contar mentalmente hasta diez, rezar un mantra o recordar sus clases de yoga.

— ¿Qué te parece? — consiguió decir.

Alonso parecía el David de Miguel Ángel, solo que en vez de piedra sostenía el cubata cerca de la boca. No le daría ni un trago

más.

— Ha sido el mismo asesino de la Benítez. — Dijo al fin Alonso, saliendo de su estado petrificado. — El rictus es el mismo, y en el suelo, ahí sobre la moqueta, ¿ve?, en esa botella vertió el asesino el veneno… Apostaría todo lo que tengo a que no ha sido un suicidio. No hoy… Maldito bastardo.

El Serbio no decía nada. Estudiaba en silencio la escena con un sutil pero preocupante tic facial. Y una vena, la que surcaba su sien derecha, que bombeaba sangre a toda máquina. Alonso lo notó, se hizo discretamente a un lado y rezó porque cuando estallara él se encontrara lejos. Bien lejos.

25 - Presión.

Por supuesto que no iban a llamar a la policía. ¿Para qué? Aquellas cuestiones se solucionaban dentro de la organización. Y si, por casualidad, se tenía a mano a un investigador profesional al que explotar mejor que mejor. Aunque dicho investigador trabajara coaccionado y nunca jamás se hubiera enfrentado a un caso de asesinato.

Tuvieron cierta deferencia con él. No tocaron nada de la escena, le dejaron intimidad para analizarlo todo, leer en los objetos, en el cuerpo. Pero aquello le quedaba francamente grande, muy grande, y se le escapaba de las manos como una anguila de río.

Se acercó aún más a la cama, se puso en cuclillas y reprimió la nausea que le causaba la extrema cercanía del cuerpo sin vida. Pensaba en las palabras pronunciadas instantes antes por la camarera, según ella Nadia le dijo que "no quería que la molestaran". Pensaba en que nadie la vio entrar acompañada, aunque él sabía que Nadia poseía llave de la puerta trasera. Así fue como tuvo lugar su primera y única charla tres días atrás. Dichas evidencias le hacían pensar que Nadia conocía a su asesino, que incluso se podía afirmar que le tenía cierto aprecio. No permitió que la vieran con él, salvaguardó su identidad... Un tipo, o tipa, listo. Quedarían a una hora determinada, en un lugar determinado, probablemente la parte de atrás del club, en el amplio y desangelado aparcamiento, y por atrás entrarían a hurtadillas hasta la habitación. Sí, encajaba. Ya tenía el cómo, y, súbitamente, quizás también el por qué: alguien se estaba tomando demasiadas molestias para que Julia no fuese encontrada. Las dos únicas personas que podían aportar luz al paradero de la joven estaban ahora frías como el hielo.

Debía ser eso, otra explicación no había. Y si la había él no era capaz de dar con ella.

Ahora faltaba dilucidar el quién. ¿Qué persona, aparte de la propia Julia, estaría tan interesada en que no la encontraran? Uhm. Aparte de la propia Julia…, aquello era una auténtica locura. Se suponía que ella y Nadia eran íntimas, parecía improbable que Julia fuese capaz de asesinar a nadie. Ni hablar. No se arriesgaría a ir hasta allí, a la mismísima fortaleza, a matar. A matar a una amiga, nada menos.

El cemento que sentía que le cubría se espesaba más y más. Se endurecía a tal velocidad que dentro de nada estaría petrificado.

Dada su experiencia y escasez de recursos, Alonso decidió que no hallaría nada más allí dentro. Era hora de dar un paseo, hacer un par de visitas, volver a enfrentar a los ya interrogados. Indagar, indagar e indagar.

Salió de la lúgubre habitación, atravesó el pasillo y empujó las portezuelas del Salvaje Oeste. El Serbio y Vlad mantenían una seria conversación en su mesa. Una conversación que fue interrumpida.

— ¿Qué, has descubierto algo? — preguntó el Serbio.

— No mucho. Ya le he dicho que sin un equipo forense, y un experto en huellas, fibras y demás no se puede hacer gran cosa… No obstante, mi intuición me dice que el asesino debe ser un amigo común de Julia y Nadia.

— ¿Un amigo? ¿Ahora los amigos matan? — preguntó el Serbio algo contrariado.

— Supongo que si tienen un buen motivo sí. Es decir, no creo que exista motivo justificable alguno para cometer una atrocidad así, pero poniéndome en la mente de un asesino…. Cualquier cosa es posible. Debe de tratarse de un protector de Julia, un antiguo novio, un amante… ¡qué sé yo!

El rostro del Serbio se volvió más cenizo, rígido como una estatua de mármol.

— ¿Amantes? Ni se te ocurra pensarlo. Ella solo estaba conmigo. Era mía.

— Sí, hombre. Es que no encuentro otra explicación. Debe ser alguien que se preocupa por ella, que debe saber que vamos tras ella y se está encargando de deshacerse de todo aquel que supiera algo.

— ¿En quién piensas?

— Bueno, no estoy seguro. — Alonso miró al techo — La Benítez está muerta y el Rey es demasiado pringao como para hacer algo así. El tío raro de la nave okupa tiene también sus papeletas, pero no sé…. Podría ir a ver a sus padres a ver si han encontrado algo… ¡Ah! Y visitar también al profesor Sam, parece que…

— ¿Ese negro? — saltó el Serbio. — ¿Qué sabes de ese malnacido?

Aire, luz. ¿De verdad acababa de hacer esa pregunta?

— Perdone. Esto, yo… ¿le conoce? — Alonso se estaba quedando patidifuso.

— Claro que sí, estuvo acosando a Julia durante un tiempo. Al final tuve que darle un susto a ese hijo de puta.

— ¿Él venía aquí? — preguntó Alonso, cuyos ojos parecían estar a punto de saltar a la mesa.

— Vino un par de veces, sí. — respondió el Serbio. — Intentaba comerle la oreja a Julia cada vez que tenía ocasión. Hasta que, claro, tuve que…

— ¡Pues claro, joder! — exclamó Alonso, cuyos ojos parecían hacer chiribitas.

— ¿Cómo? — El Serbio se mosqueó.

— Es él. Ha sido él. — Alonso vibraba como una batidora haciendo merengue— El profesor Sam es el asesino. ¡Cómo no he podido caer antes! ¡Madre de Dios! No puede estar más claro, joder.

— Explícate chaval, porque me estás poniendo de los nervios.

Alonso se tomó su tiempo, sacó un cigarrillo de su chaqueta, lo puso en sus labios y lo encendió. Aspiró con los ojos cerrados e instantes después soltó dos espesas ráfagas de humo por la nariz.

— El profesor Sam regenta un dudoso consultorio de, digamos, magia curativa. Es un curandero de esos, un charlatán, uno que, admito, puede dar bastante mal rollo, pero obviamente no posee poderes mágicos ni chuflas de esas. — movió los dedos en plan fantasmal — Lo que más me chocó de él, aparte de la devoción que le profesaba a Julia, era su título de Licenciado en Medicina y Cirugía por la Universidad Cheki no sé qué de Senegal. ¿Qué diablos hace un médico sacándole cuatro cuartos a unas cuantas viejas? Supongo que será cosa de la crisis…, o quizás es que las viejas pagan bien ese tipo de servicios. Sea como fuere, el caso es que un médico bien podría saber, y quizás tener acceso, a ciertos medicamentos, pastillas, producto químico o vaya usted a saber, para envenenar a alguien con un trago. Uhm. — Alonso sonrió irónicamente. —Fue él el que me envió aquí. Le pregunté si había estado alguna vez y me dijo que no, que este no era lugar para él. Un mentiroso muy listo… Me enviaba sin yo saberlo a la boca del lobo. Quizás creyó que me asustaría y dejaría el caso. O que me pasaría algo peor… Después de todo no iba nada mal encaminado.

El cigarrillo se consumía a ritmo lento pero firme. La música, las luces, los fracasados y las prostitutas seguían ahí, como si formaran parte de un attrezzo de cartón piedra. La cosa se tornaba de un asunto personal a una cuestión de honor. El hecho de que un tipo entrara a escondidas en su local, matara a una de sus chicas, o lo que era lo mismo, eliminara parte de su propiedad, y se fuera tan ricamente sin ser visto constituía la mayor humillación que el Serbio había sufrido en años. No lo podía tolerar, necesitaba actuar, y hacerlo rápida y contundentemente. Las sospechas de Alonso le convencían, le encajaban, le convenían. Ese profesor Sam tenía todas las papeletas, pero aunque no tuviera ninguna, ya era el

cabeza de turco elegido.

— Encontradle y sacadle cuanto sepa. — ordenó el Serbio a Vlad y Alonso. — Luego llévalo al almacén, — esta vez solo miraba a Vlad — Quiero que vea la cara del tipo con el que ha jugado. Yo me encargaré de él, ¿estamos?

Vlad asintió, dio un golpe en el hombro derecho de Alonso y dirigió sus pasos hacia la salida. El detective se quedó un instante parado, obnubilado, alejado tanto de la realidad que el mundo no era más que una serie de imágenes borrosas. Pensó en sus seres queridos, le vinieron ráfagas, volátiles pedazos de vida. Ahí estaban Laura, su sobrino, su infancia, sus amigos, sus enemigos, los vecinos que le caían bien, los que le caían mal, los momentos importantes y los que jamás pasarían a la historia. Sentía que a cada minuto que pasaba cerca del Serbio y los suyos le separaban más y más de todo cuanto significaba ser Samuel Alonso, detective privado, un buen tipo. Bajo las órdenes-presiones-amenazas del Serbio no era más que un espectro oscuro y temeroso. Una pieza, un juguete que era usado sin permiso en beneficio del matón. Se había convertido en la marioneta forzosa de un mafioso y su banda de psicópatas. Miró y miró al suelo, pero la tierra no consentía en tragarle.

— Venga, ¡vamos!, ¡Espabila! — le exhortó Vlad.

— Ya voy, hombre, cómo se nota que tú no estás cojo.

26 - Una emergencia.

Siguiendo el procedimiento más natural, la primera parada de la nueva pareja de moda fue el consultorio del profesor Sam de la calle Torre de Romo. Como era de esperar, dadas las altas horas de la madrugada que marcaban los relojes, el consultorio se encontraba cerrado a cal y canto. Cerrado y vacío, como pudieron comprobar después de forzar la puerta. Vlad le preguntó a Alonso si sabía dónde vivía "ese mierda", a lo que Alonso respondió que no tenía "ni pajolera idea".

Comenzó entonces el registro. Vlad parecía un gorila desatado, abriendo y tirando cajones, destrozando con sus manos los estantes y todo cuanto contenían, revolviendo la estancia como si de un huracán se tratase. Alonso, por su parte, se dirigía a lugares más concretos. El escritorio, quizás se hubiera dejado alguna carta, algún papel del negocio (si acaso aquello estaba regulado y legalizado) en el que constara alguna dirección del interfecto. Nada. Nada de nada.

Alonso manipuló su iphone y trató de buscar al profesor Sam en Internet. Una dirección, un teléfono. Cualquier cosa. Pero de los múltiples y variados resultados que dio la búsqueda ninguno concernía a un mago africano afincado en Murcia.

Vlad soltó una retahíla de improperios en ruso.

— Esperaremos aquí hasta que abra. — dijo tras sosegarse un poco.

Eso no sonaba muy bien. Ese tipo de "conversaciones" a la luz del día no tenían mucho futuro. No con Vlad.

— Espera, tengo una idea mejor. — Alonso sacó su propia cartera de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta. La abrió. — Me la dio una señora el otro día, debo tenerlo por aquí… — Entre multitud de tarjetas, algunos billetes, recibos de compra y billetes de tranvía encontró una cuartilla doblada. — Aquí. Ajá, tenemos su teléfono.

— Ok. ¿Hay alguna forma de localizar teléfono? — preguntó Vlad con cierta ignorancia.

— Pues no. Ni soy policía ni tengo acceso a sus programas y archivos. Así que tendremos que echarle un poquito más de imaginación a la cosa… Atiende.

Alonso marcó el número de la cuartilla en su teléfono y puso el manos libres. Esperó. Un tono, dos tonos. Otro más. Un crujido, estática. Descolgó.

— ¿Diga?

— Buenas noches, ¿el profesor Sam?

— Sí, soy yo…

— Perdóneme por llamar a estas horas, no lo haría si no se tratase de una emergencia.

— ¿Emergencia?, ¿qué ha pasado?

— Soy Juan Sánchez, jefe de bomberos del distrito segundo. En el inmueble donde se encuentra su consulta se ha producido un pequeño incendio.

— ¿Un incendio? ¿Pero cómo…?

— Aún no conocemos el origen, pero es muy probable que se trate de las velas…

— Eso no es posible, yo siempre las apago antes de irme…

Silencio.

— ¿Puede venir aquí? Necesitamos levantar acta.

— Ehm. Sí, sí, claro, en seguida estoy ahí.

— Gracias.

Un chasquido. Vlad miró a Alonso de hito en hito. Aún estaba sorprendido de la actuación que acaba de presenciar.

— ¿Se va tragar eso? — preguntó.

— Tendrá sus dudas, pero apuesto cien pavos a que la curiosidad y la incertidumbre serán mayores. Vendrá.

Dicho y hecho. A los diez minutos, el profesor Sam caminaba decidido hacia su edificio. Desde la calle podía ver las luces encendidas, aunque no rastro alguno de humo. De todas formas le había dicho que se trataba de un “pequeño” incendio, así que tampoco esperaba ver el edificio derruido en cenizas. Siguió adelante.

Nada más poner un pie en el portón su mundo se convirtió en tinieblas.

Volvió en sí unos minutos después, encadenado al radiador de la pared. El revuelto consultorio estaba ahora casi a oscuras, apenas iluminado por un par de esas velas que supuestamente habían originado el pequeño incendio.

Sí, se la habían colado bien.

Tenía delante a dos hombres muy distintos aunque con algo en común: su gusto por una elegante presencia. A ambos los conocía. A uno solo de vista, al otro de una pequeña conversación sobre Julia Castro. Sabía que la había cagado. Ahora tenía que ingeniárselas para intentar salir de allí con la mayor parte de su cuerpo sano.

— Te ha salido el tiro por la culata. — le dijo Alonso. Fumaba, para variar. — Debo reconocer que has sido muy cuidadoso, que

has actuado con delicadeza. Pareces un tipo listo, así que no dudo de que hayas tomado las precauciones necesarias para no dejar pruebas en las escenas… Eso está bien, o mejor dicho, estaría bien si nosotros fuésemos la policía, ya que no tendríamos razón alguna para retenerte. Sin pruebas no hay culpabilidad, ¿no? Pero, como bien te habrás fijado ya, nosotros no tenemos nada de policía.

El rostro del profesor Sam era todo un poema. O era un gran actor o no tenía ni la menor idea de lo que le estaba hablando.

— Sa—Samuel, ¿verdad? Samuel Alonso, el, el detective. — Tartamudeaba, su tono evidenciaba cierto nerviosismo — ¿A qué viene todo esto?

— ¡Venga ya! ¿En serio vas a montar la escenita de "yo no sé un carajo"?

— Ya te dije todo cuanto sabía, ¿no te acuerdas? Esto no es para nada necesario. — el profesor señaló su mano esposada, acto seguido se fijó en el pie del detective — Tu pie, ¿qué te ha pasado?

— Nada, tuve un pequeño problema haciéndome la pedicura. ¿Vas a confesar o tengo que decirle a este tío que te pregunte él?

— No tengo nada que decir.

Un nuevo golpe, puño cerrado de Vlad, le provocó un pequeño corte en el labio inferior. Alonso cerró los ojos un instante y dijo:

— Ahorrémonos esto, ¿eh? Tú sabes que lo sabemos, lo has hecho bien, pero no contabas con esto. La policía no sabe nada, su gente — señaló hacia Vlad — ya se ha encargado de limpiar todo. El piso de la Avenida Europa, la habitación de La dalia rosa. Ya no hay nada. No se ha dado parte, y eso es malo, muy malo para la sociedad, pero es mucho peor para ti. Ahora estás en sus manos, yo no puedo ayudarte… A no ser que nos ayudes a nosotros.

— Mira, entiendo las palabras que pronuncias, pero no tienen sentido alguno para mí. No sé nada de esos lugares que mencionas, ni de nada que haya hecho yo para merecer esto.

Catapúm. Esta vez lo que le cayó fue una patada en el costado. Debió de dañar alguna costilla. Sam escupió un poco de sangre. Alonso sentía que esa patada le dolía casi lo mismo a él. No en vano, bien podría ser él el que estuviera atado al radiador. Por lo que sabía, podría ser el siguiente.

— Este no es el camino, Sam. Cuanto más te hagas derogar peor lo pasaras. Este tío es un psicópata, yo mismo lo he sufrido, y te digo que esto no es nada comparado con lo que te puede llegar a hacer. — Alonso enarcó sus cejas — Sabemos que estás protegiendo a Julia, eliminando a todo aquel que sabe algo de su paradero, así que habla, ¡dinos de una vez dónde coño está!

Una mirada desafiante, una peligrosa obcecación.

— ¡No lo sé, joder, hace meses que no la veo!

— ¡Mentira! — Exclamó Alonso — ¿Cómo puedes ser tan embustero? También dijiste que nunca habías ido al pub La dalia rosa, y no es así. Dijiste que tenías algo puro, místico pero no físico con Julia, ¿verdad? Rebuscadas palabras para decir que estás enamorado de ella. Y una persona enamorada protege a su amor por encima de todo. Hace todo lo que le pidan, porque el amor es la mayor fuerza del universo. ¿No te parece?

Sam asintió, ya estaba empezando a encontrarse bastante machacado.

— Hay fuerzas que nos hacen hacer cosas que no habíamos previsto. El amor es una de ellas, como también lo es el miedo. — el profesor hizo una pausa, tragó sangre, abrió bien sus redondos globos oculares y los clavó en Alonso — El mismo miedo que te ha convertido en la persona que tengo enfrente ahora mismo... Un torturador, un secuaz de un psicópata criminal. ¿Es así como te veías de pequeño? ¿Un mafioso de medio pelo?

El siguiente puñetazo fue tan fuerte que casi le arranca la cabeza. Alonso miró a Vlad con mirada suplicante, y este respondió desenfundando su célebre cuchillo finlandés. Pequeñitas gotas de sudor comenzaban a perlar la frente del detective el cual, aunque se esforzaban en no parecerlo, se encontraba repugnante y violentamente incómodo con la situación.

— Esto no va conmigo, Sam. No se trata de mí. Se trata de ti. Eres un asesino. — Alonso le señaló acusatoriamente con el dedo —. He atado cabos, que sigas negándolo todo solo es signo de estupidez. Estás enamorado de Julia y la proteges, aunque de un modo, digamos, moralmente incorrecto. Admito que fue una buena jugada enviarme al pub del Serbio a sabiendas de que si entraba allí estaba perdido. Pero claro, no podías, ni tú ni nadie, la verdad, prever que acabaría trabajando para ellos… El caso es que, aunque no lo pareciera, me iba acercando más y más a Julia, pero tú te encargaste de eliminar a las únicas personas que podrían darme más pistas de su paradero. Eso es, eres un asesino. Y eso no es nada ni honroso, ni digno ni encomiable.

El silencio flotó por la oscura sala.

— ¿Por qué haces esto? — Dijo Sam — Tú no eres así… Tú no.

Alonso tenía los ojos vidriosos. La presión era tal que apenas respiraba con soltura. No en vano, a aquel maldito mentiroso no le faltaba razón.

— Ni sabes cómo soy ni eso importa nada ahora mismo. — El

detective respiró hondo — Habla. Yo no soy el que te amenaza, solo el que quiere conoce la verdad. Por favor, acabemos con esto. ¡Habla de una vez!.

Desde arriba, la mirada del profesor Sam clamaba clemencia.

— Es tu palabra contra la mía. —Dijo — Yo no he matado a nadie en mi vida. Y como bien has dicho no hay ninguna prueba que me acuse de lo contrario. Esto no es la Inquisición, no obtendréis una confesión porque no tengo nada que confesar.

Un nuevo golpe, esta vez con la empuñadura del cuchillo, convirtió la nariz del profesor en un aspersor de jardín. Debido a la violencia del golpe, el retroceso del mismo hizo que su nuca chocara contra el viejo radiador al que se hallaba atado. El golpe sonó seco. La caída y la pérdida de conciencia sonaron a fatal.

Se quedó inmóvil, colgando como un muñeco de trapo a escasos centímetros del suelo. Alonso se temió lo peor. Se acercó y trató de reanimarle, le golpeó en las mejillas, observó sus ojos. Estaban fijos, las pupilas dilatadas. Un chorro de plasma emergía de la base de su cabeza. El detective dio un respingo hacia atrás. Bajo su zapato se formaba un homogéneo charco de sangre.

El horror le poseyó. El peso del mundo cayó inmisericorde sobre su espalda. Negó y negó. Maldijo, perjuró, bufó, blasfemó. Pretendía ahuyentar la realidad, alejarla lo máximo posible de su alcance, transfigurarla. No quería aceptar que aquello le estaba ocurriendo de verdad.

Se sentía con las manos ensangrentadas.

—¡Me cago en la puta! — Alonso se acercó con miedo, como un niño que trata de ver si un animal está o no muerto dándole con el pie — ¡Diosssss! ¡Te lo has cargado!

— No digas tonterías, yo solo…

— ¿Tú solo qué? Míralo, si está hecho un pájaro…

— ¡Qué va!

— ¡Que sí, joder! ¡Abre los ojos, imbécil!

La rabia invadió a Vlad. Una ira ciega, sin sentido. Como todo su ser. El máximo exponente de un hombre de sangre caliente y puño fácil.

Miró al muerto y miró al vivo. La realidad comenzó a expandirse y contraerse, expandirse y contraerse, deformada por una fuerza invisible que crecía y crecía en sus adentros. Miró al muerto nuevamente, y atacó al vivo. Golpeó a Alonso en la cara con su mejor gancho de derecha, le empujó contra la pared y lo agarró con sus dos enormes manos por el cuello. Apretó y apretó hasta que el rostro del detective se puso como un tomate y sus ojos parecían que

se le iban a salir de las órbitas.

El aire ni entraba ni salía de su vapuleado cuerpo.

Una narcótica sensación le invadía más y más. Se podría decir que incluso se dejó llevar por ella.

Bien podría ser el fin. Las luces se apagaban. Un descanso merecido. ¿El descanso eterno?

Entonces paró. Como si de repente recordara que tenía conciencia, como si la vocecita interior que se supone que todo hombre posee se manifestara, Vlad aflojó las manos y Alonso cayó al suelo como un saco de patatas.

Tardó un tiempo indefinido en volver a ser consciente de la realidad y poder ponerse en pie. Su cabeza daba vueltas, sentía el metálico sabor de la sangre en su boca. Su cuello estaba tatuado de cardenales.

Al fin consiguió recuperar por completo la verticalidad.

— Esto no es…,cof, no es culpa mía. — Dijo Alonso todavía jadeando — Haz lo que se suponga… que tienes que hacer, pero yo he acabado por hoy. Haz el favor y no me jodas más.

Alonso limpió sus suelas en la alfombra del centro de la habitación y abandonó el edificio procurando no ser visto. No le fue difícil dada la hora que era.

Vlad permaneció inmóvil cual estatua de cera. La oscilante luz de las velas danzaba en sus perdidos ojos. No era tarea fácil taponar los demonios del interior.

27 - Perdón.

Alonso anduvo cojeando desde la consulta hasta su piso-oficina. Hacía años que no cogía un taxi, y esa noche no se iba a romper el record. No tenía prisa alguna, solo quería pensar, tratar de resolverlo todo, salvar la vida, encontrar a la chica y detener a los malos. ¿Pero cómo? Quizás no era tan listo como pensaba, quizás no tenía lo que hay que tener para salir victorioso de una situación tan peliaguda como aquella.

Su rostro le ardía, palpitaba, podía sentir como se hinchaba la zona cercana al ojo izquierdo. No quiso ni mirar su reflejo en los escaparates, solo rezaba por no encontrarse a nadie al que asustar con semejante pinta. Definitivamente no estaba siendo una buena semana para su supuesta cara bonita.

Las calles estaban húmedas, los coches cubiertos de relente. No se oía un alma, ni el menor ruido perturbaba el silencio. Era demasiado tarde para el camión de recogida de la basura y muy pronto para el servicio de limpieza de calles. Era casi como estar en un sueño. O tal vez una pesadilla.

Tres cadáveres en un día. Tres personas muertas, asesinadas. Tres losas sobre su magullada espalda. Y un silencio frente a las autoridades que le convertía en cómplice de todo. Se repugnaba, pero no era capaz de hallar otra manera. Estaba jodido, física y mentalmente, quizás más jodido que nunca. Aquel día rivalizaba encarnizadamente con hacerse con el dudoso premio al peor día de toda su vida. Su contrincante era una ventosa tarde de abril, dos años atrás. El viento silbaba en el rellano. Apoyada en la puerta nombrada con una “C” de la planta tercera del edificio donde habían vivido los últimos tres años había una maleta azul con ruedecitas en cuya cremallera colgaba una etiqueta con la dirección y número de teléfono de un tal Samuel Alonso Serra.

Estaba destrozado, consumido, deshecho. Miraba la maleta y miraba la puerta. Maleta y puerta, maleta y puerta. Era obvio lo que significaba, pero era igualmente obvio que no se iba a ir sin luchar. Apartó a un lado la maleta y golpeó la puerta con energía. Golpeó y vociferó. Volvió a repetir su nombre una y otra vez hasta la luz que traspasaba la mirilla se oscureció. Acto seguido se oyó una cadena deslizándose por su pasador. La puerta se abrió solo unos centímetros, los que permitía la cadena echada.

Por el hueco apareció un apagado rostro con un pañuelo verde en la cabeza.

— Gracias por abrir, Laura. Tenemos que hablar…

— No, no tenemos que hablar. Ya está todo dicho.

— Por favor, no seas así.

— ¿Así cómo?

— Así de fría. Me matas.

— No se te ocurra echarme la culpa. En esto es en lo que me has convertido… Tu egoísmo me ha llevado aquí, no ha sido cosa mía.

— Lo sé, y quiero enmendarlo. Escucha, quita esta estúpida cadena y déjame entrar. — Alonso se acercaba, casi metía su cabeza por el filo abierto del umbral — Lo arreglaremos, siempre lo arreglamos.

— Ese es el problema, Samuel. Siempre hay algo que arreglar. — Laura miró al suelo, luego a los ojos de su marido — ¿No te das cuenta? Así no es cómo queremos vivir, ni tu ni yo. ¿Crees que es bueno para mí, en mi estado estar continuamente preocupándome por nuestra relación?

Alonso no respondió. El aire continuaba silbando y arreciando contra las persianas.

— No, no puedo. De verdad, estoy agotada. No tengo energías para lidiar con esto. Dios… casi no tengo energías para lidiar con nada. No soy lo que tú quieres, lo veo. No quiero ser tu cárcel. Yo… — su voz se quebraba — ya sabes que no soy feliz. Es absurdo que sigamos haciéndonos daño más tiempo.

— Pero yo te sigo queriendo…

— Ya no es lo mismo.

— Pero, puede que…

— No insistas más. Ahora te necesito lejos de mi vida, no puedo seguir adelante si estás aquí. Respétalo.

Alonso retrocedió un paso. Sus ojos estaban vidriosos, sus labios temblaban, su corazón se marchitaba.

— Adiós, Samuel. — La cadena que mantenía el filo de puerta abierto se iba destensando.— Cuídate mucho y no olvides nada.

La puerta se cerró completamente. Al otro lado un profundo suspiro dio inicio a un llanto que se alejaba. Por aquel entonces Alonso no era plenamente consciente de lo que acaba de suceder. Lo creía irreal, como un sueño del que se acaba uno de despertar. Su cuerpo flotaba, su mente volaba. No parecía ni que hubiera vivido aquello, solo que hubiese sido una especie de testigo de excepción. Tardaría un tiempo en asumir la verdad, la dolorosa y tajante realidad. Pero nunca, jamás, se lo pudo perdonar.

El perdón hay que ganárselo.

El perdón hay que merecerlo.

28 - Defecto de fábrica.

Oblicuos haces de luz incidían sobre los párpados de Alonso. Los rayos de sol eran cada vez más intensos. No tardaría en abrir sus ojerosos y morados ojos. Remoloneó, se estiró, bostezó rugiendo como el león de la Metro Goldwyn-Mayer y se incorporó del sofá. ¿Qué hora sería? La anaranjada luz indicaba que el día estaba ya pasando de largo. La boca le sabía a cenicero sucio. En realidad, sentía como si toda la garganta estuviera repleta de arena y, al tragar, hecho que constituía casi una odisea, rascara sus paredes con el férrico sabor a sangre.

Y Otra vez había dormido con la ropa puesta.

La venda del pie seguía en su sitio, testimoniando que todo cuanto recordaba era completamente cierto. Para su desgracia. La mandíbula le dolía a rabiar, tampoco aquel gancho de derecha había sido un sueño.

Qué asco de vida. Al menos había dejado de llover.

Un clásico ringtone sonaba como lejos, enlatado. Bajo la manta y un par de cojines su teléfono móvil sonaba a pleno pulmón. Un número desconocido, aceptó la llamada.

— ¿Diga?

— El otro día vi un documental muy interesante en la tele. Ocurría en Yakarta, Indonesia. — acento eslavo, cadencia en la voz, historias extraordinarias, no había duda, se trataba del Serbio.

— Sé dónde está Yakarta.

— Bien por ti. No esperaba menos. — el Serbio hizo una pausa, incluso por el teléfono se podía oír cómo se humedecía los labios con la punta de la lengua. — Resulta que en esas tierras dejadas de la mano de Dios tienen uno de los mayores índices de población del planeta. Vamos, que viven como chinches.

— Ajá.

— Y algunos, como siempre los más necesitados, los que menos tienen, se ven obligados a vivir en lugares donde prácticamente puedes ver el rostro al diablo a diario. Resulta que decenas, quizás cientos de personas, de familias, han establecido sus chabolas, sus hogares, a lo largo de la vía del tren de la ciudad. Es alucinante, escasamente a un metro, tanto a un lado como al otro de la vía, los niños juegan, las madres lavan y tienden la ropa, los mayores descansan… todos viven, comen y sueñan. Un mal paso, un despiste, un resbalón, un pequeño accidente y ¡zas!, un mercancías puede hacerte picadillo en un segundo. Vivir ahí debe ser como

estar las 24 horas del día en la cuerda floja, manteniendo el equilibrio para no caer. Algo así es lo que ocurre contigo. ¿Entiendes?

— Me hago cargo. Una metáfora muy bonita.

— Se te nota muy tranquilo para la cantidad de mierda que flota sobre tu cabeza.

— Sobre *nuestra* cabeza. — Matizó Alonso —No estoy solo en esto… es más, no soy yo el que lo complica todo una y otra vez. ¿Me entiende?

— Entiendo. No voy a… ¿cómo se dice?... sí, escurrir el bulto. Es obvio que la actuación de Vlad no fue la adecuada. Se excedió, perdió el control y la pequeña luz que atisbamos se ha apagado.

— Bonita forma de decirlo… Por eso debe dejarme seguir a mi manera.

Segundos de silencio alterados por la estática.

— Te escucho.

— He pensado volver al principio, resetear el caso y empezar en el punto de partida. Iré a casa de los padres de Julia y les haré unas preguntas, husmearé un poco por allí haber si encuentro alguna pista y veremos si saco algo en claro. Es lo único que se me ocurre ahora. — Alonso carraspeó — Por supuesto debería ir solo. Lo último que necesitan esos pobres ancianos es al psicópata de Vlad estampándoles botellas en la cabeza o entrevistándoles cuchillo en mano. O lo que sea.

— Ya… Supongo que ayer fue todo tan desastroso que no puedo negarte hoy que lo intentes a tu modo. Solo espero que utilices el cerebro y no intentes jodernos…

— Estamos en el mismo barco. Usted es el Capitán y yo soy un esclavo a los remos, pero tenemos un destino común. Me tiene atado en corto, no debe preocuparse por mi lealtad.

Un chasquido y el mensaje “llamada finaliza” en la pantalla del teléfono dieron por terminada la charla. Dispondría de unas horas, quizás un día, para poder llevar la investigación a su aire. A su maldita manera. Una investigación cada vez más cuesta arriba, cada vez más sucia y macabra. No perdía nada visitando a los padres de Julia, quizás debió hacerlo antes, pero eso ya no importaba demasiado. Lo verdaderamente importante era lo que pasara a continuación, el pasado ya nadie podía corregirlo, y el futuro, tanto suyo como de su familia, estaba en juego. Y el de Julia, por supuesto. Eso era lo que le privaba de sueño, el trabajar oficialmente para sus padres, pero extraoficialmente para un asesino traficante de órganos.

Solo de pensarlo se le ponía el vello de punta.
Y el corazón en un puño.

Tras revisar la prensa (y no hallar noticia alguna relacionada con el asesinato de un mago africano ni de nada relacionado con su caso) en el kiosco de la esquina, justo delante de una pared grafiteada con el curioso lema "otro desalojo, otra okupación", Alonso se armó de valor y rompió su particular tradición *antitaxi* tomando uno que le llevó hasta un bonito barrio residencial al norte de la ciudad, en Churra. Vigilancia privada, barreras de seguridad, rectilíneas calles perfectamente distribuidas, perfectamente limpias y cuidadas. Una serie de chalets adosados, pequeños jardines previos a cada entrada, garajes incluidos y casetas para perros. Aquel parecía un gran lugar donde vivir. Seguro y tranquilo, en paz.

Tras una puerta marcada con el número 13 aparecieron los amables padres de Julia. Un par de apretones de mano y una mini conversación casual sobre lo loco que estaba el tiempo últimamente llevó a Alonso y sus clientes hasta el salón principal. Una estancia parca en mobiliario (un sofá con orejeras blanco frente a unos módulos que sujetaban la televisión LCD y un aparato de reproducción de dvd o blu-ray) pero no en recuerdos. Sobre dicho mueble modular, y enmarcando al televisor, uno podía encontrar más de una docena de cuadros y marcos con diversas fotografías. Casi como un altar, un santuario, en el que la indiscutible protagonista era Julia. Y es que de ella eran la inmensa mayoría de instantáneas que conformaban una especie de película de su vida: fotos de bebé en la cuna o tomada en los brazos de su madre, dando sus primeros pasos, de niña (asombrosamente tenía la misma cara) soplando las velas de una tarta, jugando con otros niños o con equipo de escalada en plena naturaleza. Otras fotografías la mostraban en edad adolescente con un grupo de amigos, en la puerta de una discoteca y en el parque. Y presidiendo aquello la foto de la que Alonso tenía copia. La foto de la mirada ambigua y el sosiego del alma.

Había más detrás, pero la voz de la señora le hizo volver al presente.

— Siéntese por favor, — indicó la señora con amabilidad— ¿le apetece tomar un café o algo?

— No, no, gracias. No se moleste. — Alonso tomó asiento — Llevo unos días con el estómago cerrado.

Esposa y esposo se sentaron frente al sofá en sendas sillas de madera pintadas de blanco que habían traído de la zona de

comedor.

— ¿Es que ha tenido usted alguna especie de… accidente? — dijo la señora mientras sus ojos rodeados de arrugas se clavaban en el vendado pie del detective.

— Ehm, ¿esto?, bueno sí, mi sobrino me pilló un poco el pie con la moto.

— ¡Dios bendito!

— Es más de lo que parece, en realidad ya estaba prácticamente frenado. Fue culpa mía. Una estupidez. No tiene importancia.

La anciana carraspeó mientras esbozaba una especie de tensa sonrisa. Su marido aún no había abierto la boca. Guardaba celoso silencio mientras escrutaba a Alonso de arriba abajo. No hacía falta que dijera una maldita palabra, sus impacientes ojos demandaban ya cualquier tipo de explicación. Cualquier avance, por nimio que fuera, que pudiera calmar su agónica espera.

— Siento no traer demasiadas noticias. He hecho todo lo humanamente posible, todo cuanto mis limitados recursos me han permitido, pero los resultados, por el momento son muy escasos. He entrevistado a todos los amigos, compañeros y conocidos con los que Julia ha tenido contacto en el último año. He ido de un lugar a otro pero sin demasiada fortuna. A día de hoy no les puedo decir mucho, pero tengo la certeza de que su hija está viva.

La tensión que agarrotaba los hombros del padre pudo al fin relajarse, las manos que tan fuerte entrelazaba la madre se distendieron.

— ¿Qué ha descubierto? Díganoslo sin rodeos, por favor. — suplicó la madre. — Ya imaginamos que Julia anda metida en cosas muy malas, ahora queremos saber.

— Está bien, esto es duro pero tienen todo el derecho del mundo a oírlo. Para eso me pagan. — Alonso tomó aire — Su hija estuvo trabajando para un hombre que regenta, digamos, negocios no demasiado limpios.

— ¿Qué quiere decir con eso? ¿Se refiere a drogas? — preguntó la madre.

— En efecto, me refiero a drogas, pero no solo a eso. Este señor maneja varias… inversiones, por así decirlo. Es como una especie de mafioso de película: drogas, prostitución, juego, tráfico de mercancías…

— Prostitución.

— Sí, pero a ese respecto pueden estar tranquilos. Según mis fuentes Julia nunca estuvo implicada en ese negocio. Es más, las pistas me han llevado hasta Cartagena, a un comedor social para los

más desfavorecidos que se llama “Los desamparados”. Lo último que sé es que se estuvo encargando de dicha organización hasta que, un buen día, desapareció.

— ¿Y por qué? — preguntó la madre, que entrelazaba sus dedos como en una plegaria.

— Mi teoría es que en algún momento, por razones que aún desconozco, — mintió — debió tener ciertas desavenencias con sus superiores. Y tuvo que huir. Huir bien lejos.

El matrimonio comenzó a negar al unísono con la cabeza.

— No, ella no… — afirmó la señora — Quiero decir, de seguro que se metió en algún lío como usted dice y tuvo que esconderse, pero ella nunca abandonaría este lugar. Está enraizada aquí, ama Murcia, su gente y todo lo que representa. No podría vivir en otro sitio aunque quisiera… Sencillamente sería incapaz.

— Entiendo, pero, ¿y si se viera obligada? Al menos por un tiempo… No sé, ¿a dónde cree que se iría?

La señora proseguía negando con la cabeza.

— Ya le digo que no, ella no conoce más hogar que este. Nunca nos dejaría.— la señora juntaba sus manos con fuerza, hizo una mueca para evitar el llanto — ¿Sabe? A veces, en el súper, me quedo como hechizada mirando a la gente, más de una vez me ha parecido ver a mi Julia, aunque siempre era alguien que se le parecía, solo alguien que se le daba un aire... — en sus ojillos comenzaba a aflorar una película acuosa — Ella es mejor de lo que parece, señor Alonso, mucho, mucho mejor persona. Todo lo que hacía era por los demás. Nunca se guardaba nada para ella. Todo lo que tenía era para compartirlo.

— ¿Y por qué entrar en ese mundo? — Preguntó Alonso — ¿Por qué arriesgarse con gente de esa calaña? Necesito comprender sus motivaciones, porque lo cierto es que estoy cada vez más perdido…

— A eso no puedo responderle. — La señora sacó un pañuelo de tela y se secó las incipientes lágrimas — Nosotros hicimos todo cuanto estuvo en nuestra mano por educarla de la mejor manera posible, le dimos todo, nos sacrificamos para no le faltara de nada… Pero llegado el momento no pudimos evitar que se torciera. Como le he dicho su corazón es puro, amable, generoso. ¿Por qué arriesgarlo todo? No lo sé.

Un chasquido.

— Defecto de fábrica. — dijo de pronto el marido, sobresaltando tanto a Alonso como a su mujer, que ya casi habían olvidado que se encontraba allí. — Todos nacemos con algún defecto de fábrica. Aunque lo tengamos todo a nuestro alcance algo en nuestro interior

nos obliga a hacer cosas que están más allá de toda comprensión, incluso del sentido común. Nadie es perfecto, por eso a veces hacemos daño a aquellos que más nos quieren, o sentimos la necesidad de robar, de mentir, o, algunos, hasta de matar.

El hombre se llevó instintivamente la mano a su oreja derecha. Se hurgó el interior de la oreja y el lóbulo con visible nerviosismo. Alonso sintió un intenso escalofrío que recorrió toda su anatomía.

— Si no fuera así no existiría el crimen, no habría castigo, ni dolor ni penurias. — el señor paró, chasqueó su lengua y continuó hablando mientras se acariciaba el lóbulo. — Si nuestra conducta fuera inmaculada, intachable, no habríamos salido nunca del Edén, ¿verdad?

Pasó la mano a la otra oreja y miró a Alonso de una manera que, para el detective, fue más reveladora que una confesión firmada.

Alonso sintió levitar, sus ojos parecían los faros de un camión. Estaba sufriendo una compleja y mística revelación. En un segundo su rostro cambió tanto que nadie diría que era la misma persona.

— Todos viviríamos en paz y felicidad para siempre. Pero creo que eso solo ocurre al final de los cuentos. — Concluyó el señor — Lamentablemente la vida no es así.

Cerró la boca y la mano con la que acariciaba su oreja bajó hasta apoyarse sobre el muslo.

A este aparentemente nimio hecho le siguió un periodo indeterminado de silencio. De silencio y reflexión por parte de Alonso. El escalofrío de aviso dio paso a cierta actividad eléctrica en su interior. Encajaba piezas, ensamblaba estructuras, sopesaba factores, hilaba teorías. De pronto todo le cuadraba. Sintió la revelación. Durante un instante creyó tocar las nubes con la punta de sus dedos. Sintió como un rayo divino le alcanzaba de pleno otorgándole la sabiduría.

¿De vedad había resuelto el enigma? Debía controlar sus sentimientos, calmar sus ansias y pensar, pensarlo todo muy bien. Disponer de sus siguientes movimientos como si una partida de ajedrez se tratase.

No podía cagarla. No debía cargarla. Entonces se dio cuenta de que estaba temblando.

Y aún había lugar para la propina. Es verdad aquello que dicen de que hay días y días. Este tenía toda la pinta de ser uno de los buenos, de los provechosos y de los triunfales.

— Bueno, aquí tenemos lo que nos pidió que buscásemos… — la señora alargó la mano hacia la mesa y cogió un paquete de fotografías. Alonso no podía dejar de mirar a su marido. Sacó de su

bolsillo unas fotografías— Son fotos de Julia y su grupo de amigos de hace un par de años. Las encontramos anteayer limpiando su habitación… bueno, más que limpiando, registrando. — La señora entregó las instantáneas al detective — En la última sale con un novio que tuvo por entonces. Bueno, novio o noviete, que sepamos apenas estuvieron juntos un par de meses. Es este de aquí.

La anciana señaló con el dedo índice una fotografía de Julia y un joven acostados sobre la hierba de un parque. Por el ángulo se veía que había sido tomada por ellos mismos.

— No sabemos quién es, ni de donde…, quizás sea una tontería, pero como nos dijo que cualquier detalle de su pasado podría ser vital… Esto es todo lo que hemos encontrado.

Ni más ni menos.

Su piernas temblaban, no podía dejarlas quietas.

No era hora de rapapolvos, aunque bien los merecían, era hora de agradecer lo que tenía, de dar las gracias a esa parejita de sufridores ancianos, al cielo, al infierno o a todos a la vez. El corazón de Alonso se agitaba con violencia, el bello de su nuca se erizaba.

Lo tenía. Lo tenía todo. Tanto sufrimiento, tantos pasos en falso y ahora, de repente, en apenas un minuto, todas las respuestas se abrieron ante él.

— Es—está bien. Creo que ya tengo bastante. — Alonso se puso en pie y extendió su mano hacia la pareja. Entonces se percató de que también tenía las manos sudadas. Todo su ser exudaba. — Me, me han dado buenas pistas para continuar… Esto, ¿les importa si me quedo con esta foto de aquí?

Alonso separó la fotografía de Julia y su supuesto noviete y entregó el resto a su madre.

— Por supuesto. — Respondió la señora— Si hay cualquier cosa que podamos hacer, háganoslo saber. Por favor, no escatime en esfuerzos ni en gastos. Seguiremos ingresándole sus honorarios semanales, como está mandado.

Un nuevo apretón de manos y Alonso salió escopeteado de la casa. Por un rato hasta olvidó que el dedo del pie le dolía a rabiar (ya estaban pasando los efectos de las pastillas) y que caminar en tal estado era una faena de las gordas. Olvidó que llevaba días sin dormir bien, sin comer como Dios manda. Lo olvidó todo porque esas pequeñas chorradas no importaban lo más mínimo. Ahora todo eso era secundario, lo primordial era tomar el tranvía que le llevaría hasta el centro de la ciudad. El tranvía que le llevaría hasta Julia.

29 - Kinesia.

La oscuridad ganaba terreno al día de forma galopante. El panel luminoso JCDecaux de la Plaza Circular alternaba la temperatura, 11 grados, la hora, las 18:13, y la fecha, martes 19 de noviembre. El tráfico estaba cortado por una serie de vallas policiales estratégicamente colocadas. Alonso anduvo a su cojo paso desde la parada del tranvía de Juan Carlos I hasta la cárcel vieja. Una vez allí, en las enormes y casi centenarias puertas, se detuvo y esperó.

Las luces de las farolas se encendieron, el cielo adoptaba un color azul oscuro casi negro. Por la vacía calzada paseaba la gente como en un día de fiesta previo a un desfile. Un par de cigarrillos después comenzó a oír el murmullo de la muchedumbre. Gritos y salvas, chirriantes silbatos, alguna sirena lejana de policía. Se acercaba la manifestación de esa semana.

Una compacta columna humana bajaba desde la avenida Constitución y giraba a la izquierda en dirección Ronda Norte, pasando justo delante de la cárcel vieja. Justo delante del hombre del día. Aunque para conseguir dicho título aún serían necesarias unas horas.

En la cabeza de la manifestación una enorme pancarta que prácticamente ocupaba todo el ancho de la calle decía: “NO MÁS DESAHUCIOS. Quieren arruinar el país: HAY QUE IMPEDIRLO”. Tras ellos, entre cientos y cientos de cabezas se podían leer también otras pancartas individuales con variados y reivindicativos eslóganes: “NO MÁS PARO”, “NO MÁS RECORTES”, “NO MÁS PRECARIEDAD”, “NO MÁS CORRUPCIÓN”, “NO MÁS MUERTE”. Empuñando éste último se hallaba un joven un tanto escuálido, con una pequeña cabecita rubia rapada al uno, ojos grandes, nariz aguileña, gruesos labios hinchados y mentón prominente. Lo que más llamaba la atención de ese rostro eran de el par de cicatrices en sus pómulos.

Alonso echó un vistazo en derredor y se adentró entre la muchedumbre en dirección hacia el joven. Ayudándose de las manos y de la inaudible palabra “perdón”, Alonso se fue internando entre los hombres y mujeres de variada edad y condición que encontraba a su paso. Hombres y mujeres tristes, indignados, pero con una lucecita en sus ojos que indicaba muy a las claras que no se iban a rendir. Por más que la vida los voltearan ellos siempre procurarían volver a ponerse en pie. No podían, no debían, hacer otra cosa.

Ya lo tenía a escasos dos metros. Unos pasos más y podría tocar su hombro, podría hablarle, podría asegurarse de la estrafalaria teoría que transitaba por su mente. A pesar de la sudadera con capucha colgando, aquel cuello fino y estilizado debía pertenecer definitivamente a una mujer.

Un suave toque y unas palabras le hicieron salir de dudas.

— Hola, Julia.

El joven de la cabeza rapada se dio instintivamente la vuelta, clavando sus enormes ojos azules en los castaños del detective. Tardó unos segundos en reaccionar. Se podía sentir la presión en su lacerado rostro, una presión de las que crecen y crecen adentro, aplastada por la fuerza de la conservación.

— Tú.

— Sí, yo.

— Ya te dije todo cuanto sabía sobre Julia… — otra vez esa voz rota, definitivamente forzada. Otra vez su lengua chasqueando contra su paladar.— No tengo nada más que añadir, además, este no es momento ni lugar.

— Ya, me dijiste la parte que te interesaba para lograr deshacerte de mí… Pero eso aún no ha pasado, resulta que soy más persistente de lo que pensabas. Y de lo que yo mismo pensaba, la verdad. Estoy aquí. Y te he encontrado. Ya no es menester que pongas la voz tipo Duque…

El joven trató de zafarse de la presencia de Alonso. Anduvo unos pasos avanzando un par de filas hacia adelante entre la marea humana. Alonso, bien como pudo, trató de seguirle con cuidado de que no le pisaran su monstruoso pie.

— Es tontería que trates de huir, sé dónde encontrarte. — A Alonso le podía el resuello — Sé lo del profesor Sam, o mejor debería decir, Doctor Sam.

El joven se detuvo y bajó la pancarta que sostenía. Para la baja temperatura que hacía no eran nada normales los gotones de sudor que perlaban su frente.

— Estoy solo, no pretendo hacerte daño. Yo no soy como ellos. Solo quiero hablar.

De pronto la muchedumbre avanzaba esquivando a los dos pinochos que se habían quedado clavados al asfalto.

— Hazlo por tus padres.

Los últimos reductos de manifestantes pasaban a su lado, justo antes de los dos coches patrulla de la policía.

— Vamos— dijo el joven, indicando con el dedo hacia una de las calles que cortaban la avenida. — Salgamos de aquí.

Alonso le siguió. Ya era prácticamente de noche. Las calles estaban como siempre, viandantes de un lado y del otro, gente con cartones escritos pidiendo en las esquinas, algún violinista, algún acordeonista, gitanas en la puerta de una Iglesia, top manta y ceniceros caseros fabricados con latas de cerveza o refresco. El típico discurrir callejero de una tarde cualquiera.

Al fin llegaron a su destino: un típico bar con cartel verde de Estrella de Levante, con su par de fieles parroquianos privando en la barra, máquina tragaperras y cuatro mesas de publicidad cervecera. En un pequeño televisor colgado de un soporte en una esquina tras la barra la MTV emitía una serie de videoclips de artistas internacionales.

Se sentaron y pidieron un par de coca—colas. Ninguno abrió la boca hasta que el camarero, un tipo con cara graciosa y patillas pobladas, les hubo servido.

— ¿Cómo lo has sabido? — su registro de voz cambió, ahora sonaba dulce, decidida. Una voz de mujer — Como ves me he tomado enormes molestias para desaparecer.

— Bueno, creo que los estudios en el campo de la kinesia lo llaman herencia gestual. O algo así.

— ¿Qué? — el joven se echó instintivamente la mano al lóbulo de la oreja. Lo acarició con nerviosismo una y otra vez.

— ¿Ves? A eso me refiero. Esa ha sido la clave. Cuando te pones nervioso, bueno, nerviosa, te acaricias la oreja derecha. Le das un buen sobeteo. — Al oír aquello el joven bajó automáticamente la mano hacia la mesa — Tu padre hace exactamente lo mismo. Hurga en su oído, acaricia el lóbulo. Y para cuando deja de hablar. Luego está la cadencia en la forma de hablar, matices, leves chasquidos que hacéis con la lengua… No son fáciles de captar, pero están ahí si te sabes fijar bien.

— ¿En serio?

— Ya sé que suena algo descabellado, pero es un tema científico, ¿sabes? Hay ciertos gestos, ciertas reacciones que se heredan, bien genéticamente, bien por imitación. He leído en Internet que hasta un 55% de la comunicación humana corresponde al lenguaje no verbal, es decir, a gestos, expresiones corporales, ademanes… Un 55%, más de la mitad. El resto son las palabras y el tono de voz. Curioso, ¿eh? Bueno, hasta hace unos minutos solo era una teoría, pero ahora que te tengo delante no hay duda alguna… Tu nariz es distinta, al igual que tu mentón, y las cicatrices frescas del rostro despistan aún más si cabe, pero tus ojos no mienten. Aún no se pueden cambiar los ojos. Los ojos de tu padre, son los ojos de la

chica de la foto. Eres tú, eres Julia.

El joven/Julia pareció emocionarse. Quiso ocultarlo desviando la mirada al suelo, pero en este caso, las lágrimas que cayeron sobre la mesa tampoco mintieron.

Pasaron unos segundos en silencio tan solo interrumpidos por un sordo sollozo. Alonso no sabía muy bien que decir, nunca creía que cuando encontrara a Julia, si es que la encontraba, sería así. De aquella guisa, en aquellas extraordinarias circunstancias. Y siendo vigilado por una mafia internacional de tráfico ilegal. Era demasiado fuerte, demasiado extraño. Demasiado increíble.

En la televisión el barbudo líder de los Foals cantaba: *So I walked into the haze*

and a million dirty ways, now I see you lying there…

— Bueno, yo… supongo que la primera pregunta es ¿por qué?

— ¿Por qué el qué? — respondió ella con otra pregunta. Ella. Era difícil pensar en ella como una chica con esa pinta.

— Por qué todo. — De pronto Alonso se había vuelto un tipo muy gesticulante — ¿Por qué esta… transformación? — La señalaba con los manos abiertas — Este plan tan, y perdona que lo diga, absurdo, para no ser encontrada… ¿No hubiera sido más fácil irse a Bangkok o un sitio de esos?

— ¿Y qué se me ha perdido a mí en Bangkok?

— Bangkok, Zurich, Lisboa, ¿qué más da?

— Estoy dispuesta a muchas cosas, pero no a abandonar mi hogar, mi familia y la vida que quiero.

— Bueno, eso es relativo… —Alonso pasó su dedo por el labio inferior — Mírate, es obvio que ya no llevas la misma vida de antes. Joder, se supone que eres un hombre…

— En realidad eso solo lo dice mi aspecto, esta… máscara, este armazón que he creado para protegerme. Solo es ropa y cuatro retoques en la cara… No fue fácil, nada fácil, pero sigo siendo tan mujer como siempre, si te refieres a eso…

Leave the horror here, forget the horror here, forget the horror here…

— Pero te escondes tras todo eso, y has perdido a tu familia, tu identidad. — Alonso trataba de comprender.

— De eso nada, por ahí sí que no paso. —Las cejas de Julia se pusieron en V —Lleve el pelo teñido de negro, rojo o lo tenga rapado, mi nariz sea más grande o más pequeña no cambia para nada cómo soy. — A cada parte del cuerpo que pronunciaba, Julia la señalaba con su dedo —Y cómo quiero seguir siendo. Todo esto es secundario, ha sido un sacrificio, pero peor era largarme y hacer

borrón y cuenta nueva. No podía empezar de cero. — Julia dio un largo trago de su refresco, aguantó el gas de forma elegante — Simplemente no puedo. ¿He perdido a mi familia? Los veo cada semana haciendo la compra, paseando por el parque, yendo a la farmacia… Evidentemente ellos no me ven a mí, no podría hacerles eso, he de protegerlos, veo el sufrimiento en sus rostros y eso me destroza, pero por el momento no puedo hacer más. El solo ver sus rostros es algo que ya me llena de vida…

— Entiendo eso… y es muy comprensible que no les expongas. Yo estoy en las mismas, también ando de mierda hasta el cuello. Probablemente por la misma razón que tú. — Quitó parte del sudor de su vaso con el dedo — La cámara frigorífica.

Julia alzó una ceja. Asintió. Ahora tenía a alguien con quien compartir sensaciones. Aunque era su culpa, y de nadie más, que aquel pobre hombre con el pie destrozado y cara de no haber dormido bien en días se encontrara en tamaño lío.

— No espero que me creas, pero cuando te envié al comedor social no era con la intención de que te hicieran daño… — afirmó Julia, Alonso no podía evitar fijarse en esos relucientes y ordenados dientes. ¿Sería tan peligrosa como en aquel sueño en el sofá? — De verdad, yo pensé que quizás contigo tendría una ocasión de volver a mi vida, de que de alguna forma pudieras solucionarlo, no sé, ¿eres un detective, no? Igual tenías contactos con la policía… O igual eras un tipo duro capaz de quitar de en medio a el Serbio y sus secuaces.

Now the waves they drag you down, carry you to broken ground…

— Pues para nada, no soy ni un tío duro, ni un héroe, ni tengo ningún colega en el Cuerpo de Policía. Lo que ves es lo que soy. Un pobre desgraciado que apenas tiene con qué pagar las facturas al que un buen día le cayó un caso demasiado gordo en las manos… Y ahí sigo. Tratando de salir del agujero en el que me ha hundido.

El detective pensó que mataría por poder fumar un cigarro. Bueno, en realidad, poder podía, otra cosa es que apenas sería capaz de darle un par de caladas antes de que el dueño del bar, un tipo que parecía latinoamericano, le pidiera amablemente que lo apagara, le echara a la calle o incluso le denunciara.

— Háblame del célebre profesor Sam. — dijo Alonso, que no deja de vigilar la entrada con el rabillo del ojo. Toda precaución es poca en esas circunstancias.

— ¿Sam? — otro chasquido.

— ¿Ves? Lo has vuelto a hacer. — Alonso trató de imitar ese sonido.

— Vale, lo pillo… ¿Qué pasa con Sam? En realidad hace un par

de meses que ni le veo ni hablo con él…

— ¿Cómo? — Alonso se inclinó más sobre la mesa.

— Pues eso, hace tiempo que no sé nada de él.

— ¿Me estás diciendo que actuaba por su cuenta y riesgo?

So God damn this boiling space, Spanish sahara the place that you´d wanna leave the horror here…

— ¿A qué te refieres?

— Uhm… — no existía vaselina posible en el mundo ni eufemismos para decir lo que tenía que decir — Verás, el profesor Sam ha muerto.

Julia se sobresaltó, su cicatrizado rostro cambió drásticamente. Súbitamente se llevó las manos a la boca. Estaba aterrada. No daba crédito. Su cabeza comenzaba a imaginar posibles opciones.

— Yo estuve ahí cuando murió… — admitió Alonso— Fue Vlad, la mano derec…

— ¡Sé quién es Vlad! — los parroquianos del bar no pudieran evitar mirar hacia la mesa, Alonso disimuló tomando las suaves manos de Julia. —… ¿Por qué? ¿Por qué hizo tal cosa? Es decir, ya sé que es un tío impulsivo, de sangre caliente y tal pero…

Alonso trataba de poner el tono adecuado, suave, neutro.

— Julia, no pretendo excusar lo más mínimo a ese Vlad, pero lo cierto es que el profesor Sam era un asesino. Hace un par de días ha asesinado a dos conocidas tuyas: Benítez y Nadia. A ambas las envenenó con algún tipo de medicina o droga….

Forget the horror here, forget the horror…

— No, no puedo creer en todo eso que me dices, yo… — respondió Julia, soltando las manos del detective para secarse las lágrimas que caían por su rostro. — es demasiado.

— Es la pura verdad, Julia. Supongo que quería protegerte… Y a toda costa, aunque en su camino se llevara a inocentes por el medio.

Julia aspiró profundamente y terminó de enjugarse las lágrimas.

— Nunca creí que fuera capaz de algo así… ¿Sabes?, yo nunca le pedí nada, él solito se ofreció a ayudarme. Yo necesitaba un lugar donde refugiarme, y él me ofreció que ese lugar fuese mi propio cuerpo. — de nuevo se puso a acariciar su oreja, ya hacía rato que no lo hacía. — Lo sé, es de locura, pero me dijo que si lo pensaba bien no era para tanto... Resulta que el cuerpo humano tiene 200 huesos, 600 músculos y ocho metros de tripas. De todo eso apenas un 1% es lo que cambiaría en mi cuerpo. Un par de retoques y sería otra persona. Era imposible…bueno, casi imposible que dieran conmigo…

— Me sigue pareciendo una barbaridad… — convino Alonso — pero entiendo lo que dices. Te ofrecía una salida cercana, estar en contacto, si bien de forma unilateral, con tus padres, saber de ellos, y protegerlos en la medida de lo posible.

— Eso es. Como te decía, a Sam no le pedí nada más allá de la intervención quirúrgica. Una vez estuve mejor abandoné su casa y cambié de teléfono móvil. Por lo mismo, por alejarlo de todo. Ya había hecho suficiente… — se secaba las lágrimas con las palmas de sus manos — yo, no puedo creer que asesinara a Rosa y Nadia… mi pobre Nadia.

— A mí también me dolió, llegué a conocerla. Un poquito al menos. Era muy buena persona, no merecía ese final.

— No entiendo cómo pudo hacer semejante barbaridad. No doy crédito. Sam fue muy bueno conmigo, me cuidó como si fuera su…

— ¿Novia?, ¿esposa, ¿amor?

Julia asintió.

Cause I am, I'm the fury in your head, I'm the fury in your bed…

— Es obvio que estaba perdidamente enamorado de ti. Era algo más que físico, como él mismo decía, más allá de vuestras almas, o de vuestras esencias. Tienes que perdonarme, pero yo pienso que ese tipo estaba loco. Por eso no tuvo reparos en… bueno, en hacerte lo que te hizo en tu hermoso rostro.

Julia enrojeció.

— Aprecio tu cumplido, pero entiende que ahora mismo eso lo único que me hace es daño.

— Lo siento, el tono de tus mejillas no dice lo mismo.

I'm the fury in your head, I'm the fury in your bed…

— Tienes algo… algo que ni toda la cirugía del mundo podría borrar. Lo noté la primera vez que vi tu rostro en una fotografía, lo noté también aquel día en la casa okupa… y por supuesto lo siento ahora. Y veo que no soy el único. Lo tuyo es un poder de atracción más allá de lo normal. Eres especial Julia, muy especial. No entiendo por qué tuviste que meterte en este mundo de drogas, prostitución, crimen… ¿Para qué necesitabas todo eso?

— Dinero. — La mirada de Julia bailaba, evidenciaba una profunda vergüenza — Asqueroso y condenado dinero. No tenía otra forma de conseguirlo, no al menos de forma tan rápida, tan potente. No tardé mucho en darme cuenta de que la gente, en especial los hombres, se mataban por llenarme los bolsillos de dinero. Era fácil, ¿éticamente estaba bien? No, pero no pretendía enriquecerme, no quería vestidos caros ni joyas ni esas banalidades. La mayor parte de mis ganancias iba para los más necesitados. Para

los pobres, los niños, los parados, las familias que eran obligadas a vivir en la calle…

I'm the ghost in the back of your head.

— ¿Crees que todo esto es una pose? — Prosiguió Julia — ¿Qué quería llenarme la cartera para irme a vivir a una isla tropical y olvidarme del mundo? No, yo no olvido. Yo no miro a otro lado. Hago lo que haga falta, aunque no sea la mejor opción. Aunque me equivoque y salga dañada. Pero si por el camino he ayudado a mil, pues mejor que si ayudo a cien. Resulta que él, el Serbio, usaba a esas personas a las que yo intentaba ayudar para enriquecerse… Dios. ¿Sabes? Los containers vienen de África. Deben secuestrar a gente o cazarlos como a animales. No sé, es horrible. Por eso, cuando descubrí su atroz negocio mi mundo se hizo añicos. O me quedaba bajo sus condiciones o huía antes de que me mataran. ¿Entiendes?

Choir of furies in your head.

Choir of furies in your bed.

I'm the ghost in the back of your head.

Alonso suspiró, agarró su vaso y se lo empinó hacia los labios. Tres tragos después lo volvió a dejar sobre su posavasos. Miró a Julia, se encogió de hombros y resopló.

— Supongo que da un poco igual que lo entienda o no. La cuestión ahora es cómo salir de ésta… Porque no sé tú, pero a mí no me gusta vivir con la soga al cuello y temiendo por la vida de mis seres queridos.

La bella mirada de Julia, que no encajaba para nada con su nuevo y demacrado rostro, se perdía en algún punto tras la barra. Asintió mordiéndose el labio inferior. Aquello no era libertad, nunca lo es cuando debes ocultarte para vivir. Ser otra persona para vivir.

— ¿Has pensado en algo? — preguntó la joven.

— He pensado en algo. — respondió Alonso. — Tengo un plan, que no es más que eso: un plan. Puede salir bien o puede salir mal, pero al menos lo habremos intentado. Si funciona no tendrás que volver a esconderte…. Si funciona podré volver a dormir por las noches y dedicarme a echar fotos a parejas que se ponen los cuernos. ¿Acaso pretendes pasar toda la vida durmiendo con un ojo abierto, poniendo trocitos de cristales en la entrada de tu casa, mirando siempre de reojo allá a dónde vayas? Y lo que es peor, ¿pretendes pasarte lo que te queda de vida portando esa "máscara" que oculta todo lo que eres? No, yo creo que no se puede seguir así. Hay que hacer algo y hacerlo ya. Es la única manera de que todo

vuelva a la normalidad y esos carniceros hijos de puta no nos condicionen la vida nunca más.

Alonso hizo una pausa, tragó saliva, se mesó los cabellos hacia atrás. Era un momento crucial, y debía elegir las palabras adecuadas para que no se le fuera todo al traste.

— Eso sí, debes confiar plenamente en mí, de lo contrario mañana no estaremos aquí para contarlo. Eso sí que te lo puedo garantizar.

— No sé si puedo confiar en nadie… Creo que he perdido esa cualidad por el camino.

— Hay que arriesgarse, no conformarse. En el fondo somos los buenos, sí, unos buenos con muchas comillas, con muchos peros, pero los buenos al fin y al cabo.

Se habían quedado solos en el bar, incluso el camarero había desaparecido, probablemente buscando algo en el almacén.

— Déjame que te cuente mi plan, — pidió Alonso — sí te convence sígueme. Si no tendremos que atenernos a las consecuencias.

Los vasos estaban vacíos. El videoclip ya había terminado.

Todo estaba consumado.

30 - El momento.

Llegaron al despacho de la Agencia de Detectives Aloser antes de lo esperado. Con la emoción, los nervios y la incertidumbre de si conseguiría estar vivo por la noche a Alonso se le olvidó la cojera, y el dolor fue mitigado por los analgésicos. Julia no quiso preguntar, no hacía falta, ya conocía a Vlad y sus métodos.

El detective no podía dejar de mirarla, a veces fijamente, a veces de reojo. Trataba de disimular pero era del todo inútil. No podía creer que alguien en su sano juicio hubiese llegado a tal extremo, a tal delirio de mutilar su propio rostro, transformarlo para sobrevivir. Sin duda era una acción que requería de un gran valor, bueno, un gran valor o una pérdida completa de juicio. En esas estaba Alonso, tratando de dilucidar qué era lo tenía que Julia en su corazón. Valor o locura, ¿por qué no una mezcla de ambas?

Ella se despojó de su chaqueta y quedó con una holgada camiseta blanca. Alonso le invitó Julia a sentarse, pero ella declinó, "estaba menos incómoda de pie", dijo.

El detective cerró por completo su veneciana, encendió un pequeño flexo que tenía sobre la abarrotada mesa-escritorio y apagó la luz principal. Se sentó en su silla. Tenía frío.

Julia le pidió que le contara una vez más el plan. Creía que a fuerza de escucharlo una y otra vez éste se haría menos peligroso. Pero no era así.

No le acaba de convencer. Demasiado retorcido quizás… demasiado caprichoso. ¿Y si…?

"No hay otra salida", decía Alonso. "Si se te ocurre algo mejor dilo". Pero nada dijo porque nada se le ocurría.

Tiempo y tensión, espera y nervios. Las tripas acogotadas, las uñas al rape.

Un silencio denso.

Ya habían pasado unos diez minutos, era hora de llamar.

"Un cigarrico antes", dijo Alonso, cuyas manos temblaban leve pero incansablemente. Julia aceptó esta vez el ofrecimiento.

Aspiraron y soltaron humo. Cerraron los ojos, imaginaron un lugar mejor. No era tarea difícil, pero lo intentaron.

Las colillas terminaron de morir aplastadas contra el cenicero. El ambiente estaba ya caldeado, nocivo, anticuado. Alonso alineaba compulsivamente los bolígrafos y demás objetos sobre el escritorio. Ya no podía esperar más, era hora de llamar.

Se tomó su tiempo. Cogió el móvil y marcó el número de la

última llamada recibida. Un tono, dos tonos. Julia acariciaba su oreja abiertamente, el pastel había sido descubierto, ya no tenía motivos para cortarse.

Tres tonos. El Serbio descolgó.

— ¿Qué?

— La he encontrado.

Silencio.

— ¿Es una broma?

— No.

— ¿Estás seguro?

— La tengo aquí conmigo, en mi despacho. Ven y hablamos.

Silencio de nuevo. Un quedo suspiro.

— No se te ocurra moverte de allí. Vamos para allá.

"Vamos", la palabra que Alonso quería escuchar con todas las fuerzas de su alma.

Dejó el móvil sobre la mesa y trató de relajarse. Su espalda estaba tan rígida que parecía que le habían metido un palo de escoba por el orificio de salida.

Cerró los puños, los ojos y todo lo que podía cerrar. Trataba de autoconvencerse de que lo que estaba a punto de hacer era lo mejor. Era lo que había que hacer.

Pero, aunque tratara de pisotearlas, las dudas afloraban por doquier.

Mierda. Mierda. Mierda.

Julia se le acercó por detrás, posó con suavidad sus manos sobre los hombros de él. Al principio pareció una simple caricia, un gesto de complicidad, un "de acuerdo, estamos juntos en esto". Pero entonces comenzó a apretar, apretar y aflojar, a pasear sus dedos del cuello a la clavícula, bajando por la espalda.

Le parecía algo extraño, pero Alonso se dejó llevar. Trató de relajarse mientras Julia proseguía con su improvisado masaje. Arriba y abajo, descongestionando una espalda tan dura como una roca.

En otras circunstancias, ¿podría haber algo entre ellos dos? En otras circunstancias, sin mafiosos serbios ni cirugía plástica tercermundista, ¿acaso se habrían conocido? Y lo más importante, si así fuese, ¿habrían durado mucho dos cabezas locas como ellos? Estas y otras estupideces del estilo circulaban por la cabeza de Alonso a la par que sus músculos se iban relajando.

En otras circunstancias se habría quedado dormido. En aquellas le dio por pensar en cómo hacía una persona para soportar lo que soportaba Julia. En cómo una mujer, una bella y deseable,

desfiguraba su rostro y pasaba a ser otra persona. Otra cosa.

Demasiado raro para entenderlo, demasiado fuerte para asumirlo. Pero el caso es que ahí estaban. Tenían un trato, un plan, estaban juntos en eso.

Ya faltaba poco, la llegada de los dos hombres que les habían estado jodiendo la vida en los últimos tiempos era inminente. Era inútil ponerse nervioso, también inevitable. Era improcedente dudar, aunque también tenían todo el derecho del mundo. Y ya era tarde, muy tarde, para echarse atrás.

Alonso invitó a Julia a sentarse en su silla tras el escritorio. Ella echó sus brazos atrás y él ató sus manos tras la silla con un trozo de cable de un antiguo transistor. No había nudo alguno, no se podía llamar siquiera amarre pues ella podría liberarse cuando quisiera. Pero daba el pego, y eso era lo importante.

La obra estaba lista para su representación. El show daría comienzo en breves instantes, mientras Alonso y Julia compartían una última mirada de complicidad. Los labios de él dibujaron la palabra “suerte”, mientras que los de ellas esbozaron una sonrisa de aprobación. Quizás fuese la última

Un puño golpeó con decisión la puerta. Alonso tragó saliva, hizo algo parecido a santiguarse (aunque no era para nada un tipo muy religioso) y abrió. Vlad entró con la decisión y falta total de modales que le caracterizaba, el Serbio iba justo detrás. No hicieron falta las palabras. Antes de cerrar la puerta, Alonso hizo un ademán con su mano señalando hacia el extraño joven delgado y de cabeza rapada que tenía “atado” en su silla. El Serbio miró al joven y luego a Alonso. Paseó su mirada del uno al otro, frunciendo el ceño, escudriñando, tratando de discernir si lo que tenía enfrente era quien le había dicho que era o tan solo se trataba de una broma macabra.

Avanzó unos pasos por el anticuado y nada limpio suelo de losas blanquinegras buscando un gesto, un brillo, una indudable señal. El abanico azul de su iris se la proporcionó.

— No… no puede ser… — dijo el Serbio, cada vez más cerca de la mesa

Alonso balbuceó, continuaba impertérrito en la entrada. Expectante ante el inevitable desencadenamiento de acontecimientos.

— Yo tampoco daba crédito…, pero fíjese en sus ojos, ahí está la clave, esos hermosos ojos azules. También en su cuello, sus hombros… Son de mujer. Además, ha confesado, ¿verdad, Julia?

Julia le miró con ojos suplicantes, sabía que aquello iba a ser

duro, pero estaba resultando lacerantemente insoportable. La presión golpeaba su pecho, respiraba con dificultad, tenía la boca tan seca como si se hubiera comido un plato de esparto. El hecho de llevar las manos supuestamente atadas a la espalda le hacía la escena aún más insoportable.

Nada. No podía articular palabra.

Vlad se acercó como un rayo, la cogió de la mandíbula y la miró con odio a los ojos. Unos ojos firmes que estaban prestos para luchar.

— ¡Habla! ¡Di quién eres! — exclamó Vlad, cuya saliva salía disparada hacia el rostro de Julia. — No puedes ser tú… no puedes ser tú.

Alonso asentía a Julia con la cabeza, debía decir algo, y debía hacerlo en aquel instante.

— Sí… — dijo ella al fin con un hilo de voz —… Soy — su mirada se perdió en el suelo, abochornada —… Yo.

Vlad retrocedió un par de pasos con una mueca entre asco y asombro. El Serbio sintió un huracán revolver sus tripas. El shock era tan fuerte que no podían aceptar la verdad que tenían delante de sus ojos. Necesitaban pararse, coger un poco de aire y dejar drenar al cerebro.

Esa voz, era su voz.

Pasado un tiempo indeterminado, el Serbio se acercó con tiento a Julia haciendo a su subordinado a un lado. Sus ojos se hallaban abiertos de par en par, el labio inferior le temblaba débilmente. A cada segundo se convencía más y más.

Su mirada, era su forma de mirar.

Rodeó con sus manos el cuello de Julia. Alonso continuaba parado cual maceta en la entrada. Vlad parecía listo para iniciar él solito la Tercera Guerra Mundial si se lo ordenasen. La tensión era palpable a cada segundo, a cada paso, a cada mirada, a cada palabra. Como quien camina sobre un lago congelado cuyo hielo comienza a resquebrajar.

— ¿Por… qué? — Preguntó el Serbio, cuyas dedos, los de carne y hueso, subían lentamente del cuello al rostro, dibujando sobre las cicatrices, la extraña mandíbula, la horrible nariz — ¿Tanto miedo tenías que optaste por esto? ¿Borrar tu belleza para escapar de… mí?

Julia guardó silencio.

— ¿Quién te hizo esto? Quién se atrevió a deformar tu hermoso rostro…

La joven continuaba siendo una tumba.

— Fue el prof… el negro. Ese negro que ya anda un par de metros bajo tierra. —Respondió Alonso.

El Serbio hizo un mohín, se creyó escuchar un hondo suspiro. Todo era muy extraño, jodidamente extraño. El Serbio, ese fiero ex —soldado cuyos escrúpulos quedaron olvidados en un cajón de Belgrado, parecía ahora un tipo sensible, afectado, con sentimientos.

Era como ver al Diablo afligido.

— Esto es impensable… lo siento, me duele mucho verte así, apenas te reconozco. — continuó el Serbio, escrutado cada nuevo rasgo de julia, o quizás rememorando los antiguos — Me duele que pensaras que yo sería capaz de…, y tuvieras que hacerte esto. Dios mío… Debes creerme Julia, nunca te haría daño, yo nunca… ¡Lo arreglaremos! ¡Sí, eso es! Conozco a gente, no será un problema… Dios, volverás a ser la de antes. Te prometo que todo volverá a ser como antes…

Alonso hizo la señal. Un doble carraspeo que no tenía porqué significar nada para Vlad y el Serbio, pero que constituía el pistoletazo de salida para Julia. Era hora de sacar toda la artillería, apostar a todo o nada. Ganar o perder. No había otra que jugársela. Julia y Alonso iban a probar si era cierto aquello que supuestamente dijo Alejandro Magno: que la fortuna favorecía a los audaces.

Las palabras salieron de su boca como arrastradas por unos grilletes que aprisionaban su lengua, su voluntad. Debía tragarse el temor, actuar, de lo contrario no saldría de aquella habitación con vida.

— No. No puedo volver a ese infierno…

El Serbio soltó el rostro de Julia, dio un paso hacia atrás, su rostro cambió del auto convencimiento a la incredulidad.

— ¿Infierno? ¿Cómo puedes decir eso?… — sus ojos se abrían más y más — Te di todo cuanto soñaste. Y más, mucho más. Te convertí en el centro de mi existencia… Nunca tuviste que descubrir lo que descubriste, sé muy bien que es horrible, pero ya te dije que tan solo soy un intermediario, un eslabón más de la cadena, mi labor es mover la mercancía de un lugar a otro, sin preguntas, sin ensuciarme las manos. No soy un santo, lo sé muy bien, pero tampoco un monstruo. Tan solo soy un hombre de negocios.

Julia suspiró. No dijo ni media palabra, tampoco debía hacerlo. La tensión escalaba y escalaba. La tensión y el miedo.

Era el turno de Alonso.

— ¿Y qué pasará con Vlad? — preguntó el detective.

Un trueno resonó en el interior de los cuatro. Al poco se verían iluminados por su rayo.

— ¿Vlad? — Preguntó el Serbio, cuyo rostro comenzaba a sufrir una peligrosa transformación — ¿Qué pasa con él?

— Bueno, él y Julia… — comenzó Alonso.

— ¿Qué? ¿Él y Julia qué?

— ¡No! — Exclamó Julia— No le escuches…

— Debo decirlo, Julia, no has de temer. Debe saberlo.

— ¿Saber qué? — el Serbio comenzaba a ponerse nervioso de verdad, tras él, Vlad parecía estar descifrando un enigma — Será mejor que hables y lo hagas ya.

El gran momento había llegado. Alonso sentía que apenas le salía la voz del cuerpo. Hizo un esfuerzo sobrehumano para pronunciar las cinco palabras que lo desencadenarían todo. La victoria o el fracaso, la vida o la muerte. Un juego peligroso al que, al fin y al cabo, había elegido jugar.

— Vlad y Julia estaban liados.

La bomba de neutrones detonó a las 20 horas y 22 minutos de la tarde. La onda expansiva no tardó en abrasar a cuantos se hallaban en su radio de acción. Pero aún era pronto para hacer una memoria de daños.

— ¡Mentira! — exclamó Vlad, a la par que casi saltaba hacia la puerta. — ¡Te mataré!

— ¡Quieto! No des un paso más. — Ordenó el Serbio deteniendo el firme avance de Vlad hacia la posición del detective.— No se te ocurra moverte. ¿Me oyes? No— te— muevas.

Julia aguantaba un mar de lágrimas en sus ojos. Sus enormes globos oculares estaban llenos de finitas venas rojas. No aguantaría mucho más sin probar su sal.

— ¿Es eso cierto, Julia? — El Serbio la miraba con una mezcla de dolor y furia en sus ojos — Mírame, ¿es eso cierto? Será mejor que no me mientas.

— Miente, jefe, ¡ese cabrón nos la quiere jugar! — exclamó de nuevo Vlad, que a duras penas lograba contenerse. — ¡Voy matarte, cabrón!

— ¡He dicho que te calles! — Ordenó el serbio alzando sus manos hacia Vlad — Después iré contigo, ahora solo quiero oírla a ella. Vamos, Julia…Habla.

Su mirada se perdía en el suelo, como si cada párpado le pasase una tonelada.

— Yo no…,— un par de lágrimas surcaron las mejillas de Julia. — No…

¡Ahora!

— Una imagen vale más que mil palabras. — dijo Alonso de pronto, captando súbitamente toda la atención del Serbio y su hombre — Te gustaban los dichos, ¿verdad?— introdujo lentamente dos dedos en el bolsillo exterior de su chaqueta y sacó una fotografía — Es curioso, dicen que la cabra siempre tira al monte. Dijiste que era un "busca cuernos", pues tenías razón. Aquí tienes la prueba.

Alonso lanzó la fotografía, la cual se deslizó suavemente sobre el escritorio, quedando en franca vista para los tres que se hallaban al otro lado. Julia y Vlad se besaban en primer plano recostados sobre la hierba. Los cabellos de ella refulgían al sol, el musculado brazo de Vlad sujetaba la cámara. Una bonita instantánea de un tiempo pasado, pero que para el Serbio, en aquel momento de fuertes sacudidas y nublada emoción, constituía la peor de las traiciones.

— Déjame explicar. —Inició Vlad — Foto esa es vieja, todavía no…

— ¡Cierra la boca, traidor! — gritó el Serbio fuera de sus cabales. — ¡Calla, calla! Eres un bastardo y sufrirás por ello. No, no te imaginas el daño que me haces…

— ¡No! ¡Debes escuchar! — insistió Vlad, quien, despacio, aproximaba su mano derecha a la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinto. El Serbio se percató.

— ¿Qué vas a hacer, eh? ¿Piensas sacar ese cuchillo, es eso?

— Si tengo que sacar, sacaré.

— Entonces más vale que seas rápido.

Y lo fue, pero no lo suficiente.

La escena que tuvo lugar a continuación ocurrió de forma tan rápida que habría sido precisa una de esas cámaras *slow motion* para poder apreciarla en todos sus detalles. Para Alonso y Julia no fue más que un choque, unos ágiles movimientos de brazos, un grito y una cascada de sangre. Para los contendientes, en su acalorado interior, aquello tuvo que valer por una vida entera. Vlad desenvainó como un rayo y lanzó una cuchillada que el Serbio consiguió parar con su mano protésica, rajando a su paso el plástico y haciendo caer al suelo un par de dedos, mientras que con el otro brazo golpeaba la muñeca con la que Vlad blandía el arma. La llave provocó que Vlad soltara momentáneamente el "finlandés", el cual giró en el aire sin llegar a caer al suelo. El Serbio lo tomó en el aire y con un estilizado y veloz movimiento lo clavó en la garganta de Vlad, provocando un chorro de sangre que fue a parar a la impoluta camisa blanca del mafioso balcánico.

Un chisporroteo y una lenta caída. El cuerpo de Vlad se vacío literalmente.

Tras la brutal escena se sucedieron los treinta segundos más largos de la vida de Alonso. También los de Julia.

Mientras el cuerpo de Vlad se escurría por la pared y caía al suelo despidiendo sangre como un geiser, el Serbio se daba la vuelta, apuntando a Julia con la ensangrentada hoja del cuchillo.

A veces es difícil responder cuando la línea que separa la vida de la muerte la separan unos escasos segundos. Otras, es directamente imposible.

La joven se encontraba petrificada, totalmente paralizada por el miedo, tanto que incluso olvidó que no se hallaba atada de verdad. Cerró los ojos, rezó para sus adentros, imploró, deseó poder volar a un lugar más feliz, en realidad a cualquier otro lugar, a cualquier otra época, hasta le daba igual el planeta al que fuera a parar.

Alonso sentía como el nudo de su estómago se apretaba más y más. Sus piernas se encontraban igualmente paralizadas, su mente abotagada. Pensó que había fracasado, que la sociedad le había fallado, y que él había fallado a la sociedad una vez más.

Fracaso, fracaso, fracaso. Después de todo no era más que un inútil con un negocio heredado. Debería dedicarse a poner copas y ver la vida pasar. Sí, eso era lo mejor, sin presiones, sin responsabilidades. Sin tener que pensar más de la cuenta.

El Serbio avanzó un paso más, se inclinó sobre la joven que se hacía pasar por un joven y rasgó su holgada camiseta, dejando sus pequeños y simétricos pechos al aire.

Alonso iba a gritar, o a lo mejor a saltar. O gritar mientras se arrojaba hacia el otro lado del escritorio en un desesperado intento por salvar a aquella loca. Entonces oyó un crujido, después otro. ¡Sí! No había duda, eran unos pasos aproximándose. ¡Dios existía! Alonso abrió súbitamente la puerta y dos policías de uniforme entraron al despacho.

El impactante panorama que presenciaron les hizo desenfundar rápidamente sus armas reglamentarias.

— ¡Quieto ahí, señor! — ordenó el policía más joven, alto y atlético, con perilla, apuntando con su arma a la zona del pecho del Serbio.

— ¡Vamos, suelte ese cuchillo! — exclamó el compañero, un policía cuarentón y con algún kilillo de más. — ¡Tire el cuchillo al suelo!

El Serbio les miró fuera de sí, con el rostro ensangrentado y los ojos desorbitados. Su pecho se llenaba y vaciaba a gran velocidad.

Subía y bajaba, subía y bajaba. Se encontraba en uno de esos momentos, quizás el momento con mayúsculas, en el que un acto u otro marcarían el resto de su vida. Entonces vino la luz. Quizás se pensó si hacer o no una estupidez. Precisamente ahí estuvo la clave, fue capaz de pensar, de alejar la sombra de la enajenación. De aceptar la derrota.

El "finlandés" tintineó al precipitarse contra el suelo. El Serbio elevó sus manos, la real y la falsa. Los agentes avanzaron con tiento por el despacho, tratando de no pisar el ensangrentado piso. Sacaron las esposas. Su metálico brillo chispeó en la mirada del criminal balcánico.

Julia pudo al fin respirar. Se cubrió el torso con la chaqueta que había en el respaldo de la silla. El frío impregnaba sus huesos.

Una última miradita atrás, un último vistazo a una mujer que lo había sido todo y nada. Y que ahora era incapaz de reconocer. Julia había pasado a la historia para el Serbio. Nunca la olvidaría, mas nunca más la reclamaría como suya.

Los agentes hicieron su trabajo, optaron por esposar al detenido a uno de ellos, ya que esa mano ortopédica generaba muchas dudas de seguridad. Era hora de llevarlo a comisaría. Allí tendrían lugar las numerosas explicaciones que sin duda precisaban.

— Esto no ha acabado. — Amenazó el Serbio, deteniéndose un instante a escasos centímetros del detective— Aún no.

— Claro que no, qué más quisieras. — contestó Alonso, apartándose de la puerta — En realidad no ha hecho más que empezar. Inicias una nueva vida en un hotel sin estrellas, húmedas literas y amor homosexual. Espero que lo disfrutes.

El Serbio mostró una sonrisa de circunstancias mientras los agentes se lo llevaban escoltado hacia afuera. Una última y desafiante mirada que decía tanto o más que todas las palabras del mundo. Un "no me rendiré", un escalofriante "nunca olvidaré". "No descansaré hasta acabar contigo y todo lo que te importa". De pronto sintió una punzante sensación en el pecho. Se había dejado algo más que unos dedos de plástico en aquel despacho. Se había dejado cosas que no se regalan ni se compran en las tiendas. De pronto sintió que había perdido su orgullo.

En unos minutos acompañarían a la policía a comisaria. En unos minutos deberían dar largas y pormenorizadas explicaciones. En unos minutos soltarían la liebre símbolo de un escándalo de tráfico ilegal. Pero eso sería en unos minutos. En ese preciso instante, un único y efímero momento previo, Julia abrazó al detective como si se tratase de la boya que le salvaría de la inmensidad del océano.

“Gracias”. Susurró a su oído. “Gracias”.

Le abrazó tan fuerte que sintió como si una serpiente le estrangulara dulcemente.

Entre el sollozo y las lágrimas Alonso creyó entenderle decir “me has devuelto la vida”.

31 - Es lo que hay.

— Dicen que pasan cinco minutos desde que salta la alarma hasta que un coche patrulla se persona en tu domicilio. — Alonso se metió un chicle de nicotina en la boca, ¿de verdad iba a dejar de fumar? — Mentira, al menos tardaron nueve. Y casi se va todo a la mierda… Con perdón.

A su derecha el sinuoso relieve de los montes recortados sobre las nubes, a su izquierda una maraña de cables por las que estaban unidas las gigantescas torres metálicas de una central eléctrica cercana. Frente a él decenas, cientos de tumbas sobre las que predominaba la cruz cristiana. Tras de sí una serie de mausoleos de idéntica estructura pero distinto material (ladrillo, mármol o piedra) con enrejadas puertas y placas identificativas con los nombres de cada familia sobre las mismas.

A Alonso no le gustaban nada los cementerios. Siempre le invadía una extraña sensación de pesadumbre, de vacío. Quizás también de miedo. El silencio sepulcral, el viento bamboleando los cipreses, cientos de ojos observando. Cuando caminaba entre sus estrechas calles no podía evitar mirar las fotografías que adornaban la mayoría de tumbas, casi todas de gente ya mayor, pero también otras de más jóvenes (por fortuna nunca de niños). Mirando esas caras, esas instantáneas eternas, no podía evitar pensar que, tarde o temprano, él acabaría compartiendo el mismo destino.

Afortunadamente, aquel día no se encontraba solo. Hecho que hacía mucho más llevadera la estancia allí.

— Ya, ¿y por qué no llamaste a la policía antes de que llegasen esos tíos a tu despacho? — preguntó el pequeño Luís mientras jugueteaba con la patilla de sus gafas de concha. — No sé, así no os la habríais jugado tanto.

— Piensa un poco. — Respondió su tío, poniéndose un dedo en la sien — ¿Y con qué cargos los habrían detenido? ¿Entrar a mi despacho después de que yo les hubiera invitado a hacerlo? No, eso no llevaba a ninguna parte. Tenía que precipitar que ocurriese un delito grave de verdad, debía asegurarme de que la poli les echara el guante por algo gordo y, sobre todo, demostrable. De ahí el numerito con la foto y la inevitable escena de celos que desembocaría en asesinato. Fue entonces cuando pulsé la alarma silenciosa y esperé.

— Puf. Fue muy arriesgado, tito. ¿Cómo sabías que iba a matar primero a su hombre y no a Julia?

— No lo sabía, solo puse en marcha mi arma letal, ¿recuerdas? — Tap, tap, de nuevo dio dos toquecitos sobre una de sus sienes con su dedo índice. — Todos mis análisis de previsión de la situación me decían que así sería. El Serbio es un tipo listo pero pasional, un celoso patológico, esa fue su perdición. En todas nuestras charlas se mostraba como un hombre posesivo, Julia era suya y de nadie más. Pareciera que hasta que le jodía que otros simplemente la miraran. Así es él. Lo tenía todo bajo control, o al menos eso creía. Al final ha sido el amor, la pasión por una mujer, la que lo ha condenado. Curioso, ¿eh?

— Vaya…

— Todo hombre tiene su debilidad, Luís, no importa lo fuerte o lo inteligente que seas ni lo forrado que estés. Si observas bien, si escarbas, siempre encuentras algo, un resquicio, un talón de Aquiles. Ninguno estamos libres de eso. — mascaba el chicle de una forma bastante escandalosa — En fin, con un poco de suerte le caerá más condena. Eso espero…

La tumba que tenían justo enfrente era de brillante mármol blanco y estaba presidida por una cruz de esas con un manto encima. Tenía esculpida la frase "Familia Alonso Serra". No había foto alguna, ni fecha, ni flores, ni velas.

Alonso sintió un leve pinchazo en el pecho. La conciencia le estaba dando por saco, y sabía muy bien que lo merecía.

— Hacía mucho que no venía por aquí… — dijo Alonso con la mirada fija en la tumba. — Demasiado.

— ¿Por qué?

— Quién sabe… lo vas dejando, el tiempo pasa. — Alonso miró al cielo mientras negaba con la cabeza. — Además, no me gustan los cementerios. Es de un tópico que resulta ridículo, pero es cierto. Me dan un no-se-qué…

Inevitablemente pensó en su supersticiosa madre.

— Bueno, yo antes venía mucho más, casi todas las semanas con mamá. Pero también lo hemos ido dejando… — Luís posó afectuosamente su mano sobre la espalda de su tío. — Pero eso no significa que no le recuerde siempre.

— Lo sé, lo sé. Yo también le tengo presente a diario. — Alonso le devolvió el gesto a su sobrino— Tu padre era un gran hombre, ya lo sabes. Y fue el mejor hermano mayor del mundo: me defendía en el cole de los macarras que me llamaban empollón, tapaba mis trastadas a los abuelos y siempre, siempre trataba de ayudar a todo el mundo. Era una persona especial, Luís, de esas que, por desgracia, no abundan… Fue una suerte cada segundo que

disfrutamos de él. Puedes estar bien seguro de que nunca le olvidaremos.

Tío y sobrino se fundieron en un sentido abrazo.

— ¿Sabes?, siento que, de alguna manera, os he fallado. — Alonso acarició en la cabeza despeinando a su sobrino. — Ya sé, todo ha salido bien al final, pero también es cierto que os he expuesto demasiado, tanto a ti como a tu madre, habéis estado en verdadero peligro sin siquiera saberlo… Y eso me jode mucho, me quema por dentro. En serio, lo siento tanto.

Comenzó siendo solo emotivo, pero el silencio que vino a continuación pronto se convirtió en incómodo.

— Pero no nos ha pasado nada, castigaste a los malos, protegiste a los buenos. — dijo Luís — A mí, a mi madre, a tu familia… Y los señores Castro han recuperado a su hija. En eso debes pensar, lo demás ya no importa, tito.

Alonso asintió visiblemente emocionado, aclaró su garganta, tragó saliva y sintió la suave brisa invernal en su rostro.

— Gracias, Luís, oírte decir eso me ayuda, me ayuda mucho. Llevas razón, al final todo se ha arreglado. Las cosas están empezando a cambiar… Sabía que podía hacerlo, que aunque fuese complicado podía encontrar a Julia, que estaba capacitado para ello… pero algo muy, muy adentro me decía que no, que volvería a fracasar, que en un momento u otro la cagaría. Afortunadamente no fue así, ver a los señores Castro reencontrarse con su hija fue muy emocionante… También raro, dadas las circunstancias, pero sobre todo muy emotivo. Fue auténtico.

— Ya imagino… por cierto, ¿sabes algo de ella últimamente?, ¿seguís en contacto?

— Bueno, hace un tiempo que no sé nada de ella. Al principio hablábamos un poco más, pero con el paso de las semanas se ha ido enfriando la cosa, las aguas vuelven a su cauce y todo eso. Lo último que me dijo fue que sus padres habían hablado con uno de los mejores cirujanos plásticos de España…, que sería difícil, pero que iban a intentar reconstruir su rostro tal y como lo tenía antes. Deseo que lo logren.

— Y yo. Estaba bastante buena en la foto esa que me enseñaste…

— Sí, sí que lo estaba… — tío y sobrino rieron con complicidad — Pero aparte de por fuera debe arreglarse también por dentro. Julia necesita más que una simple capa de pintura para arreglarse. Su problema o problemas están enraizados bien adentro, no es normal casi nada de lo que ha hecho esa chica en los últimos

tiempos. Tiene un largo camino por delante aún… Como todos.

Un grupo de esponjosas nubes se desplazaban hacia el norte, tapando momentáneamente al sol. En un momento todo se oscureció para volver a brillar con más fuerza segundos después, cuando las nubes siguieron su camino. Alonso quedó casi convencido de que aquello era una metáfora de la vida.

¿Dios le trataba de decir algo o eran solo delirios? Poco importaba la respuesta, el caso es que debía partir, había quedado con alguien. Y por nada del mundo quería llegar tarde.

— ¿Cómo es trabajar para la poli? — preguntó Luís, cambiando radicalmente de tema. — ¿Te han dado ya placa, pipa y esposas?

— Sí, y en la guantera del coche llevo la licencia para matar, no te jode… Ya te he dicho mil veces que solo estoy colaborando en un caso, echando una mano. Asesor externo, lo llaman.

— Lo que tú digas, agente. — Luís arqueó las cejas por encima de la montura de sus gafas ante el resoplido de Alonso — ¿Y de qué va la cosa?

— Top secret, listillo. —Alonso hizo el gesto de cremallera en boca. — No puedo decir ni esta boca es mía.

— ¡Venga ya! ¿Me vas a dejar con toda la intriga?

Alonso se encogió de hombros.

— Es lo que hay.

Salieron del cementerio y se dirigieron hacia el recuperado Opel Kadett rojo. Una ristra de gotas secas de sangre que la lluvia no había conseguido borrar decoraban el parabrisas. Tras varios intentos fallidos el coche arrancó. Sonaba como si estuviera a punto de desatarse el fin del mundo. Quién sabe, quizás no andaba lejos.

32 - El epílogo.

Estaba en uno de esos extraños bancos de piedra decorados con pequeños azulejos azules y blancos tipo Park Güell. Justo a su espalda se levantaba el curioso depósito de agua de estilo andalusí, punto más alto del complejo del antiguo Cuartel de Artillería. Antaño recogió toneladas de armas, pólvora y también soldados, pero desde hacía unas décadas el edificio había quedado para distintas sedes administrativas y una biblioteca pública. Y no sequé más. Al otro lado de la rectangular plaza se aproximaba una mujer de cabello negro, delgada figura y bolso de piel al hombro. Alonso se puso de pie. La duda, esa lacerante incertidumbre, apenas duró un instante, era ella. Hacía tanto que no la veía que no pudo evitar una pequeña alarma que se encendió en su interior, un pálpito que crecía y crecía de forma desmesurada. A medida que la mujer se acercaba pudo confirmar el peinado hasta el cogote estilo Victoria Beckham, vaqueros ajustados, una chaquetilla torera de la última colección de Stradivarius y una camiseta verde oliva que no podía disimular una sorprendente evidencia.

Ya estaba ahí, al alcance de la mano. No era un recuerdo, no era otro pensamiento inoportuno. Estaba de verdad allí, pero ya nada era igual. Absolutamente nada.

— ¡Hala! — exclamó Alonso boquiabierto.

Laura sonrió sin enseñar los dientes y acarició su redonda tripa.

— Te lo iba a decir por teléfono, pero pensé que sería más impactante *in person,* ¿verdad? — confesó ella.

— ¡Y tanto! — El detective no conseguía sacudirse su asombro y cara de bobalicón — ¡Vaya! Esto es… ¡enhorabuena!

Se dieron dos besos, Alonso no podía dejar de echar miraditas a la barriga de Laura, era instintivo.

— Menuda sorpresa. — Alonso sopló — Debes estar muy contenta… Joder, me alegro un montón por ti, Laura.

— Ya ves. Muchas gracias, Samu. Para toda mujer esto es un regalo del cielo, pero en mi caso creo que es hasta un poquito más que eso. — En su mirada se leía el dolor pasado — Hace un par de años creí que me iba al otro barrio y ahora…

La emoción le impidió terminar la frase. Las lágrimas no llegaron a salir de sus ojos. Alonso la abrazó con cierto cuidado, sin la confianza necesaria para ello, como si se tratase de una mujer de cristal. Una vez entre sus brazos tuvo una extraña emoción, sintió por un segundo que nada había cambiado. Si cerraba los ojos podría

creer que aún se encontraba en aquella terraza bajo el infinito manto de estrellas titilantes, que el amor aún les unía, que eran uno.

Pero no. Aquello solo duró un suspiro.

Laura secó sus ojos y sonrío, ésta vez sí, dejando al descubierto sus bonitos y pequeños dientes. Confesó que se sentía tonta por aquel arrebato, avergonzada, culpaba a su estado de su hipersensibilidad, a lo que Alonso quitó hierro diciendo que era normal y comprensible. Que no se preocupase, que en su presencia nunca debería sentir vergüenza. Más bien al contrario.

Se sentaron en el banco y dejaron que el cálido sol iluminara sus huesos.

¿Cuántos momentos habían compartido? ¿Cuántas alegrías, caricias, penas, discusiones, gritos, paseos, disgustos, cafés, cervezas, tapas, baños, viajes, noches? Ninguno podía calcularlo, había tanto que retener, tanto que olvidar…tan inabarcable es la vida.

— ¿Cómo está Juan, tu marido? — preguntó Alonso con cortesía.

Laura tardó unos segundos en responder, como si aquella pregunta le hubiera pillado totalmente por sorpresa.

— Bien, bien. Ya te puedes imaginar, mucho lío en la Consejería…

— Ajá. ¿Sabe él que estas aquí?

Otro silencio, esta vez más largo, definitivamente más violento. Un grupo de palomas sobrevolaba la zona, cayendo de tanto en tanto al suelo para llevarse una miga de lo que fuera a la boca. A su derecha se encontraba un tipo vestido de chándal fumando apoyado en una de las paredes del Cuartel. Por su izquierda se aproximaba un niño a toda la velocidad que podía impulsando su patinete de plástico amarillo.

Sí, la vida no se había detenido.

— Perdona, yo no…, no debí preguntarte eso. No me importa, no es de mi incumbencia. Yo…

— Tranquilo, no pasa nada. Esto es, bueno, un poquito… no sé, extraño, pero no pasa nada. — Laura posó momentáneamente su mano sobre la de Alonso. Algo la hizo quitarla rápidamente. — Uhm, veo que aún llevas el anillo.

— Esto, sí, sí. Ya sé que puede parecer un poco raro, seguramente porque lo es, yo… lleva tanto tiempo ahí que es como si fuera un hueso más del cuerpo. — Alonso se detuvo un instante, iba a coger otro chicle de nicotina de su bolsillo, pero cambió de

idea. No era el momento.— Lo cierto es que llevarlo me ayuda. De alguna manera me sirve para verlo todo en perspectiva, ¿sabes?, lo dulce, lo amargo, lo mejor, lo peor y lo regular. No sé. Significa que he vivido, nada más. Supongo que el día menos pensado me lo quitaré…

Laura asentía mientras se humedecía el labio superior con la punta de la lengua.

— Perdona que sea tan brusca, créeme, no es que no me alegre verte, de hecho me gustó verte en las noticias. Sentí que al fin habías conseguido lo que querías. Sé lo importante que es para ti tu trabajo, e imagino que te debes sentir muy bien ahora mismo.

— Así es. Te lo agradezco. Sigo un poco en un nube con todo aquello.

— No me extraña, ahora eres casi famoso.

Alonso rió de buena gana.

— Bueno, en esta vida o se es famoso o no. Ser casi famoso es igual que no serlo en absoluto. Pero se agradece el gesto.

Laura rió también. Esa era la risa que buscaba. Sincera, genuina. La de siempre. No duró mucho. El presente dio un codazo al pasado, relegándolo a su justo lugar.

— La verdad que me sorprendió mucho tu llamada, no sé, fue un poco… ambigua. — Laura parpadeaba en exceso, seguramente por los nervios — No me malinterpretes, estoy aquí porque quiero estar, pero entiende que me pregunté por qué. Por qué llamarme. Por qué en este momento.

— Sí, claro, no te preocupes. Llevas razón. Toda la razón. Yo… — Alonso se quedó como en blanco, hacía años que no le pasaba. O al menos eso recordaba. —Joder, esto es a la vez tan incomodo y a la vez tan… ¿íntimo? Un segundo tengo la sensación de que nada ha cambiado y al siguiente es como si no te conociera en absoluto. Es tan raro… ¿Me estoy volviendo loco?

— No lo creo. Yo también siento algo así. Es como una mezcla de sentimientos opuestos, ¿verdad?

Alonso asintió con la cabeza, si continuaba mirando tan fijamente esos ojos lo iba a pasar mal en un rato. Aclaró su garganta y tragó saliva.

— Bueno, voy al lío. Te mereces una explicación y es lo que te voy a dar, quizás te parezca una patochada, pero es la única que tengo.

— Estás creando una gran expectación, espero por tu bien que sea una buena explicación. — dijo Laura con cierta sorna.

— Está bien, en serio. Te llamé y estás hoy aquí porque…,

porque no quería que nuestro último recuerdo juntos fuese una discusión con una puerta y una cadena de por medio. No sé, puede parecer una gilipollez, pero siento que fuimos demasiado importantes el uno para el otro como para que todo acabara así. Así de mal, así de devastador. Así de feo.

La mirada de Laura, que buceaba atenta en el suelo, fue paulatinamente ascendió hasta entrar en contacto con los castaños ojos de Samuel.

— Ya sé, ya sé. Aquello terminó, escarbar en el pasado es cosa de fracasados… Y patatín patatán. Lo comprendo, me hago cargo. No pienses que he venido a tratar de recuperar nada, tampoco a disculparme. Lo cierto es que no creo que merezca tu perdón. No me lo he ganado, ni lo haré jamás. — El tono de Alonso era decidido, uniforme, daba la sensación de que hubiera estado ensayando esas palabras decenas y decenas de veces — Fue mi egoísmo el que acabó con nuestra relación. Si hubiera estado a tu lado, si te hubiera dado mi apoyo total e incondicional, mi cariño, mi amor… quién sabe, igual estarías hoy a mi lado, iríamos juntos al médico a tus revisiones y decoraríamos con ilusión la habitación del niño. Todo eso se desvaneció por mi culpa y no tiene vuelta de hoja… y lo que es peor aún, lo que más me ha dolido todo este tiempo: te dejé sola, en la estacada, cuando más me necesitabas. Fui un miserable y lo estropee todo, te dejé colgando de un hilo, pero no te soltaste. No, no te soltaste. Gracias a Dios has podido recuperarte, has rehecho tu vida y pareces feliz.

— Lo soy.— su voz se quebró.

— Y no imaginas cuánto me alegra oírlo. A eso iba. Llevo años culpándome en silencio por todo lo ocurrido, y no solo yo, lo sé muy bien… Es obvio que todos piensan que soy como mínimo un hijo de puta. Y no les culpo. Yo pienso igual. Entonces, hace unas semanas, todo cambió. El caso de Julia y el Serbio lo cambió todo. Pensé que si ese malnacido me hubiese cortado el cuello en lugar de un dedo hubiera sido con total merecimiento…, una cuestión de justicia. Pero no sucedió así. Y quiero pensar que es por algo. Que algo o alguien, quizás el Cielo, quizás la puta casualidad, quieren que siga aquí, haciendo lo que se supone que hago. Respirando, comiendo, durmiendo, amando. Y no puedo hacer todo eso si no deshago el nudo que oprime mi estómago desde aquella noche… Desde que destroce una posible vida juntos en la puerta de tu piso.

Laura no decía nada. Permanecía rígida, escuchando con atención cada palabra, no perdiendo detalle de cada gesto, cada expresión.

— Ahora lo veo todo de forma diferente. Todo hecho tiene múltiples interpretaciones, múltiples puntos de vista, a veces algo malo trae después algo bueno. Simplemente te he traído hasta aquí para comprobar una cosa, y la sorpresa ha sido mayor aún de lo que esperaba. — Alonso señalaba a la tripa de Laura — He sido y siempre seré un egoísta, supongo que eso no lo puedo solucionar, siento que por más que me lo proponga será algo que nunca me saldrá de forma natural. Y ha sido ese propio egoísmo también el que me ha hecho pensar durante todo este tiempo que te jodí la vida por el mero hecho de no estar contigo. Ahora que te tengo delante puedo afirmar que, aunque doloroso, sobre todo en el delicado momento en el que ocurrió todo, separarnos fue el mayor regalo que te podía haber hecho. Lo veo, lo noto. Es eso lo que me llevas transmitiendo desde que te vi aparecer al otro lado de la plaza. Bajo esa emoción lógica del momento te ves segura, radiante, como si al fin hubieras encontrado tu lugar en el mundo. Eres mucho más feliz ahora de lo que nunca fuiste conmigo. ¿Me equivoco?

Laura respiró hondo. Traba de asimilar toda esa cascada de información, de sentimientos hechos palabras. Sentía que por primera vez desde que lo conocía le estaba abriendo su corazón. Se estaba vaciando de todo. Tenía lógica después de todo, se estaba vaciando para así tener la ocasión de volver a llenarse. Laura le miró a los ojos y le respondió.

— No, no te equivocas. Sea por lo que sea, la verdad es que estoy en el mejor momento de mi vida.

Alonso sonrió. Pero no fue una sonrisa amarga, ni forzada. Tampoco la más genuina de su vida. Fue una sonrisa de alivio, de refutación de una hipótesis. Todo ocurre por algún motivo, le decía su madre cuando era un crío. Si dos personas no están destinadas a seguir juntas no lo estarán, aunque el punto y final llegue en el peor posible de los momentos. Entonces no lo podía comprender pero ahora, con la perspectiva del tiempo y al calor de los recientes acontecimientos, lo veía todo tan claro como el agua.

El amor no se acaba, se transforma. La vida siempre sabe como encauzar eso. El destino siempre se las apaña para salir a flote.

— Es todo lo que quería oír. — afirmó Alonso. — Te deseo lo mejor, que seas siempre tan feliz como lo eres ahora. O incluso más. Nunca se sabe.

— Lo mismo te digo, Samu. A pesar de todo nunca te guardé rencor.

El detective tomó las manos de su ex esposa y las besó. Sus

miradas temblaban, dibujaban un abrazo que no tendría lugar. En el cielo no había ni una nube. Los rayos de sol herían sin compasión los coloridos azulejos de la fachada.

— Ahora lo entiendo todo. Este es el epílogo. No creo que pudiera ser un buen padre, ni un buen esposo. Ni tan siquiera un buen vecino. Parece que lo que mejor se me da es zambullirme en el fango, rastrear entre la basura, tratar a las peores personas del mundo. Mi cometido no es hallar la felicidad, ni el amor verdadero ni la paz… Esas cosas os van bien a la mayoría, pero yo no soy como vosotros. No. Supongo que yo también nací con un grave defecto de fábrica.

# # #